

CUBA: CLAVES PARA UNA CONCIENCIA EN CRISIS

CARLOS ALBERTO MONTANER

1982

Cuba: Claves para una conciencia en crisis es un asedio original a cuestiones fundamentales de la historia contemporánea de Cuba (el nacionalismo, la debilidad de la cultura cubana, Martí, la «antillanidad», etc.), pero con especial énfasis en el análisis de las complejas y siempre problemáticas relaciones entre la Isla y los Estados Unidos.

ÍNDICE

CUBA: LOS ESTADOS UNIDOS: UNA NUEVA PERSPECTIVA PARA UN VIEJO CONFLICTO

I. Revisión y desmitificación del nacionalismo cubano	
Un nacionalismo con un solo adversario	7
La victoria sin arco de triunfo	8
Estados Unidos como poder moderador	10
II. La imposible soberanía	
El fin del nacionalismo adversario	14
III. Cubanos, americanos y cubano-americanos	
El reconocimiento de unos hechos	16
La paradoja esencial del castrismo	17
IV. Anexionismo y americanización	
El marco cubano para la anexión	19
El marco histórico norteamericano para la anexión	21
El anacronismo de los neoanexionistas	24
La americanización posible	25
V. La imposible soviétización de Cuba	
La dependencia cultural de Cuba	28
Sustituir a los norteamericanos	30
El empobrecimiento del espíritu	32
Las consecuencias políticas	33
La «esperanza» del castrismo	34
Apéndice. Cronología básica de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba hasta 1959	
.....	35
LAS RAÍCES DE LA CATÁSTROFE	
I	52
II	54
III	57
PROYECTO PARA UNA NUEVA UTOPIA	
Una visión en escorzo	61
La piedra angular de un proyecto utópico	64
ASUMIR LA HISTORIA, RESCATAR LA REPÚBLICA	
Comenzar en cero	69
La odiada república	70
Asumir la república	72

EL PENSAMIENTO DE JOSÉ MARTÍ

La estructura	77
Cosmovisión martiana	78
La idea religiosa	80
La religión del patriotismo	81
Ideas político-religiosas de Martí	84
Idea jurídica de Martí	89
Ideas estéticas de Martí	89
Idea de la frontera	91

IDEA DE LA ANTILLANIDAD

La frontera en Hispanoamérica	94
En el principio era Canarias	95
La sociedad «puente». La encrucijada	97
Dependencia e independencia	99
La antillanidad como fórmula política	100
Aparece el yanqui	102
La antillanidad hoy	104
Destino de la antillanidad	104

LOS MALES OCULTOS DEL CASTRISMO

La percepción pesimista del destino nacional	107
La percepción negativa del prójimo	108
El estado enemigo	109
La destrucción del pasado	111
La orientalización de Cuba	111
Un país asincrónico	114
El encogimiento del entorno	116

Prólogo

El ensayo con que comienza este libro lleva un subtítulo que resume la intención del autor a lo largo de toda la obra: *Una nueva perspectiva para un viejo conflicto*. He tratado de enfrentarme a la historia de Cuba con una mirada novedosa. Creo que era necesario estrenar ideas, interpretaciones y análisis, porque el castrismo ha significado no sólo la quiebra de un sistema político y social, sino además la absoluta bancarrota de nuestro habitual repertorio ideológico. Hay, pues, que pensar al país de nuevo. Hay que construirle carriles para que afronte su futuro con un mínimo de confianza. Sé, sin embargo, que estos ensayos son sólo un pequeño aporte frente a la enorme tarea que mi generación tiene por delante, y, me conformo, humildemente, con repetir y apoderarme de un párrafo de Arthur Koestler, consignado en el prólogo de *The Act of Creation*: «No abrigo ilusiones sobre las perspectivas de la teoría que propongo; sufrirá el destino ineluctable de verse refutada en muchas o la mayoría de sus detalles por los nuevos progresos del conocimiento. En lo que sí confío es en que se hallará portadora de un vago esbozo de la verdad».

C. A. M.

Madrid, verano de 1982

**CUBA Y LOS ESTADOS UNIDOS: UNA PERSPECTIVA PARA UN VIEJO
CONFLICTO**

I

REVISIÓN Y DESMITIFICACIÓN DEL NACIONALISMO CUBANO

Entre los problemas que acosan a la conciencia cubana, ninguno ha sido más tenaz y difícil que el de las relaciones con los Estados Unidos. Por más de dos siglos, desde el minuto en que Estados Unidos proclamó su independencia, la gran nación del norte ha sido una fuente de inspiración para los cubanos, pero también ha sido el origen de no pocas frustraciones. Esa ambivalencia subsiste hasta hoy día y en cierta forma ha contribuido a moldear el destino actual de la Isla. Castro es un heredero directo de la corriente antiyanqui, sector que no ha dejado jamás de existir en el país, primero a la derecha, durante la colonia, como expresión del españolismo católico más amargo, más tarde como reivindicación de los grupos de veteranos nacionalistas, y por último, y a partir de Julio Antonio Mella, como la ideología medular, ya teñida de análisis marxista, que sustentaron todos los radicalismos de izquierda cubanos. Ese antiyanquismo ha coexistido, y coexiste hoy en día, con una corriente proyanqui que también surge en el período colonial, producto de la admiración que despierta la gesta norteamericana de independencia en 1776, y se mantiene a todo lo largo del XIX, unas veces alentando la simple anexión de Cuba a los Estados Unidos, otras propiciando la guerra hispano-americana en beneficio de la independencia de Cuba, y otras más, ya dentro de la era republicana, celebrando los vínculos comerciales entre los dos países y la presencia de un poder tutelar que impidiera que los problemas políticos cubanos se encauzaran por la sangrienta vía insurreccional.

Un nacionalismo con un solo adversario

Esto es muy significativo, porque la primera observación que hay que hacer con relación al nacionalismo cubano, es que éste surge como un perfil propio en contraste con el del español, del cual quería diferenciarse, pero cuando ese objetivo se logra, el nacionalismo de los cubanos, como un arco agresivo, se tensa amenazante frente a una sola diana: los Estados Unidos. Sólo había, entonces, que marcar unas distancias, sólo había que clarificar un aspecto y señalar unas diferencias en la búsqueda de la propia identidad: qué *se era con*

relación a los Estados Unidos. Los nacionalismos, más que posiciones, son siempre oposiciones, posturas adversarias a unas entidades que se identifican como extrañas, como ajenas al grupo al que se pertenece. El nacionalismo cubano no podía ser antimexicano, antifrancés, o antibritánico, porque no existía la menor base para ello, y ni siquiera podía ser antiespañol, porque después de 1898 las posibilidades de entrar en conflicto con España eran prácticamente inexistentes. Sólo quedaba, pues, en el horizonte de las hostilidades probables, esas que se necesitan para recortar la propia silueta nacional, un país, los Estados Unidos, al que, irónicamente, se le debían en gran parte, la independencia política y la relativa prosperidad económica. De ahí la debilidad y la ambivalencia del nacionalismo cubano: sólo un adversario posible, y ese adversario, a lo largo de la historia, había resultado singularmente benéfico para el país. No surgió, entonces, en Cuba, un nacionalismo erguido contra un secular enemigo del campo de batalla, sino surgió un nacionalismo debilitado por la contradicción de oponerse al aliado en la guerra y al asociado en cuestiones económicas. Era, por lo tanto, un nacionalismo impostado, esencialmente falso, que nunca tuvo muchos adeptos en las capas populares del país. Ese nacionalismo sólo fue el paradójico sentimiento y el ejercicio retórico de ciertas élites políticas, hasta que el castrismo lo convirtió en la equivocada razón de ser de su gobierno.

La victoria sin arco de triunfo

La primera manifestación organizada del antiyanquismo cubano comienza a incubarse en las filas del ejército mambí. Era natural que esto ocurriese. Para la gran mayoría del pueblo cubano, que recibió con vítores la expedición norteamericana, esas tropas extranjeras eran las fuerzas definitivas de la redención nacional, pero para los miembros del ejército cubano, los yanquis, además de ser los aliados prepotentes, eran los indirectos usurpadores de una gloria por la que ellos habían luchado denodadamente a lo largo de casi treinta años. Esto debe entenderse con absoluta claridad: todo soldado, pese a las coartadas políticas, ideológicas o económicas que se procure, lucha, fundamentalmente, por poder desfilar bajo algún arco de triunfo. Ese es el *leit-motiv* de los guerreros, y los guerreros cubanos se vieron privados de la inmensa recompensa espiritual de los símbolos de la victoria. Era cierto que sin el concurso de los Estados Unidos la guerra podía haberse prolongado por varios años, o aun podría

haberse perdido; era evidente que la intervención de los Estados Unidos había logrado fulminantemente el objetivo básico de la guerra, esto es, sacar a España de Cuba, pero esta ayuda inestimable la pagó el ejército mambí con la frustración de no haber disfrutado nunca la victoria definitiva.

Esa frustración original luego se hizo extensiva a otros aspectos de la vida cubana. Se ha dicho hasta el cansancio, por ejemplo, que la no participación cubana en el Tratado de París afectó negativamente el futuro de la Isla, por cuanto las disposiciones del pacto –en el que no se oyó la voz cubana– dejaban intacta la estructura económica de la Isla, y todo el comercio permanecía en manos de peninsulares. Sin embargo, visto desde la perspectiva de varias décadas, esta circunstancia resulta más bien loable. Cuba debía afrontar la reorganización del estado y de la hacienda, la reconstrucción de los ingenios y de los campos de caña, el relanzamiento, en síntesis, de su devastada economía. Si a ese esfuerzo descomunal se le añadía, además, la dispersión de la clase empresarial española, el éxodo de los cuadros administrativos, y, en suma, la cubanización de las estructuras comerciales, probablemente la tarea de reconstrucción hubiera sido muchísimo más difícil. Por el contrario, una de las más benéficas consecuencias de la intervención norteamericana fue la de tender un puente entre la colonia y la república para que el tránsito institucional se hiciera sin revanchismos y sin ahuyentar a la enorme masa de españoles que daba vida a la economía del país, aunque el precio de ello fuera dejar sin botín de guerra o sin recompensas económicas al ejército mambí. Si en el primer cuarto de siglo se produjo una poderosa y estimable corriente migratoria de España hacia Cuba –la mayor de toda la historia del país– fue, precisamente, porque las capitulaciones del Tratado de París garantizaron la vida y la hacienda de miles de españoles laboriosos que habitaban en la Isla. Y porque esas garantías luego fueron incorporadas en el texto constitucional cubano mediante la aceptación de la Enmienda Platt. Por otra parte, en el caso cubano, trazar la raya entre criollos y peninsulares, unos como nativos y los otros como extranjeros, era siempre riesgoso, porque se perdían los infinitos matices del asunto. Más bien podría hablarse de criollos-cubanos y de españoles-cubanos, que de unos y otros como etnias distintas y hostiles. Este rico mestizaje criollo/europeo, al que quizás se deba el relativo despegue económico del primer cuarto de siglo, se vio decisivamente favorecido por la amortiguadora presencia de Estados Unidos.

Estados Unidos como poder moderador

En cierta forma ese papel de amortiguador, de freno de las pasiones políticas, fue el que le tocó jugar a Estados Unidos en Cuba durante el primer tercio del siglo XX, rol que los norteamericanos no asumieron de una manera inconsciente, guiados «por la ciega naturaleza de las cosas», como suelen decir los británicos, sino en función de una reflexión política de McKinley proclamada ante el Congreso de su país: «No importa el resultado debemos lograr que una Cuba libre sea una realidad, no un nombre, una perfecta entidad, no un experimento a la ligera que lleve dentro de sí mismo los elementos de su fracaso. Nuestra misión, por la cual nos enfrascamos en una guerra, no se cumple soltándole las amarras, para que se enfrente a las vicisitudes que aquejan a aquellos estados cuyos recursos naturales y natural riqueza son minados por las incongruencias de su organización política, y sus fuerzas y energías disipadas por rivalidades intestinas».*

O sea, que cumplir con el espíritu de la doctrina Monroe y eliminar la presencia española de suelo cubano era sólo una parte de la tarea que Washington entendía que debía realizar en Cuba. Había otra, mucho más delicada, que consistía en dotar al país de una economía razonablemente sólida y de un sistema político «en el que las fuerzas y energías no se disiparan en rivalidades intestinas». Eso quería decir, en el lenguaje de los hechos, que Estados Unidos se convertía en el pacificador de la Isla y en el obstáculo perenne a cualquier movimiento revolucionario de carácter insurreccional. Esa gestión apaciguadora quedó formalizada, durante la ocupación: en el segundo párrafo del primer artículo del Tratado de París: «Los Estados Unidos se comprometen, mientras dure la ocupación, a cumplir las obligaciones que, por el hecho de ocuparla (a Cuba), le impone el derecho internacional, para la protección de vidas y haciendas».

Luego esta función tutelar de los Estados Unidos fue impuesta a los cubanos a través del artículo tercero de la Enmienda Platt, epígrafe por el que «el gobierno de Cuba consiente en que los Estados Unidos puedan intervenir para la conservación de la independencia cubana, el mantenimiento de un gobierno adecuado para la protección de vidas, propiedad y libertad

* *Cuba y su historia*, Santovenia y Shelton, Miami, pág.345.

individual y para cumplir las obligaciones que, con respecto a Cuba, han sido impuestas a los Estados Unidos por el Tratado de París y que deben ahora ser cumplidas por el gobierno de Cuba». Fueron estas obligaciones, en peligro de ser incumplidas, las que invocó el presidente Estrada Palma en 1906, cuando solicitó la segunda intervención norteamericana tras el estallido de la primera revolución insurreccional que conoce la República (1906). Aunque en la letra de la Enmienda Platt no había consideraciones ideológicas, sino jurídicas, que autorizaban la intervención norteamericana ante una revuelta interna, tanto en el espíritu de la Enmienda, como en el Tratado de París, se contemplaba ese papel activamente *contrarrevolucionario* de unos Estados Unidos empeñados en evitar a toda costa la anarquía y el caos.

Puede argüirse –como se ha hecho repetidamente– que esa limitación a la soberanía cubana era una afrenta a la condición de independiente que Cuba proclamaba desde 1902, pero la incapacidad mostrada por los cubanos para negociar serenamente sus diferencias, daba la razón a quienes celebraban la existencia de un poder tutelar que impidiera el sangriento desbordamiento de las pasiones. Ya el presidente McKinley, cuando se produjo la expedición contra Cuba, había advertido que aquellos valerosos cubanos, tan diestros en el arte de la guerra irregular, carecían de semejante pericia en el arte del autogobierno, por la sencilla razón de que España jamás había adiestrado a los criollos en esos menesteres. A esa reflexión podía añadirse otro hecho inocultable, todavía más definitivo: aun cuando España hubiera querido adiestrar a los cubanos en las tareas de una administración eficiente y en unas costumbres tolerantes y democráticas, seguramente no hubiera podido hacerlo, porque ni la administración eficiente ni las costumbres tolerantes y democráticas eran virtudes encontrables en el panorama político español. España transmitió a Cuba la única forma de gobierno que sabía ejercer, el despotismo, y transmitió, además, el ademán crispado e intransigente con que lo ejercía. Por eso no andaban descaminados quienes apoyaban la limitación de la soberanía. La Enmienda Platt pudo considerarse una humillante mutilación de la soberanía, pero al mismo tiempo resultaba un práctico mecanismo para contener las convulsiones políticas que amenazaban la existencia misma de la República. Esto era lo que dolorosamente declaraba Estrada Palma en una carta conmovedora: «... es preferible cien veces para nuestra amada Cuba una dependencia política que nos asegure los dones fecundos de la libertad, antes que la

República independiente y soberana, pero desacreditada y miserable por la acción funesta de periódicas guerras civiles... »*

II

LA IMPOSIBLE SOBERANÍA

A principios de siglo, reviviendo el viejo razonamiento de los autonomistas, pero ahora aplicándolo a la metrópoli norteamericana, Estrada Palma descubría la paradójica antinomia: independencia versus libertad. Una negaba la otra. Una se oponía a la otra. La independencia sin limitaciones, manejada por espíritus violentos e intransigentes, ciegos herederos de la mentalidad social española, traería aparejada la desaparición de la libertad y la catástrofe económica del país. Pero había otros argumentos aún más poderosos. Un análisis profundo de la realidad cubana le hubiera mostrado al anciano estadista otra faceta rigurosamente comprometedora: la soberanía, aun bajo un régimen totalmente independiente, no era más que una vaga falacia, puesto que Cuba comenzaba una era de absoluta «americanización» de su modelo social. No me refiero a la penetración económica de que la Isla era objeto –fenómeno más o menos superficial–, sino al total sometimiento espiritual a que el país voluntariamente se entregaba. No podía ser de otro modo, porque Cuba carecía de impulsos culturales autónomos. Toda la praxis de pueblo civilizado, desde la fabricación de calzados hasta los regadíos agrícolas, desde la administración de correos hasta la instalación de prótesis, eran saberes adquiridos primero en España, y luego, a sorprendente velocidad, en los Estados Unidos. Todas las ideas y abstracciones que poblaban la imaginación de los cubanos –el sensualismo aprendido por Varela en Condillac o el positivismo bebido por Varona en Spencer y en Comte– eran creaciones ajenas al solar cubano. El ser cubano, en suma, se perfilaba y configuraba tomando del extranjero todo su quehacer y todo su saber, definiéndose no como una criatura aportadora y original, modificadora autónoma de su entorno vital y transformadora de su propia naturaleza, sino como un ser culturalmente desvitalizado e inerte que recibía del exterior toda la savia civilizadora y la puntual

* *Historia de Cuba*. Herminio Portell Vilá, Mnemosyne Publishing Inc., Miami, Tomo IV, pág. 569, Miami, 1969.

dirección de su destino. Esta *desgraciada* característica –compartida con el 90% de los habitantes del planeta– nada tenía que ver con el régimen de relaciones jurídicas que pautaba los vínculos entre Cuba y los Estados Unidos, y no ha podido alterarla la supuestamente radicalísima revolución cubana. Todavía hoy, y quizás con más fuerza que nunca, la mutación científica que genera la ciencia yanqui –la era, por ejemplo de las computadoras– determina el ritmo y el signo de ciertos aspectos del vivir cubano, aun cuando el señor Castro sostenga la superstición de que ordena y manda en una Isla independiente. Esa supuesta independencia no ha podido librar a la Isla del polyester, de los lentes de contacto o de ciertos fungicidas capaces de detener el moho azul. Esa proclamada independencia ha sido incapaz de eliminar los profundos efectos que en la demografía del país han tenido las píldoras anticonceptivas o los antibióticos. Cuando Castro defiende, celoso, la soberanía de Cuba frente a cierta injerencia extranjera, no hace otra cosa que jugar con antiguas abstracciones jurídicas absolutamente vacías. Cuba no era y no es más que una entidad inerte moldeada al antojo de los centros creativos del planeta, a cuya cabeza, claro, están los Estados Unidos. Cualquier enérgica reclamación de «soberanía» no tiene otra explicación que la de la pereza intelectual de quien la hace y la vieja fatiga del lenguaje político. La soberanía, en la medida que se entiende como el derecho de cada pueblo a decidir su destino, perdió todo contenido razonable a partir del súbito encogimiento del planeta bajo la dirección de unos pocos centros generadores de civilización, esto es, centros exportadores de los quehaceres y saberes fundamentales que rigen la vida de las naciones. ¿Cómo puede ser soberano un país al que se le dictan cosas tan esenciales como la edad promedio de sus habitantes, la forma de comunicación, los medios de traslación, o el modo de curarse las enfermedades? ¿Qué autonomía política puede reclamarse, cuando, consciente o inconscientemente, se han rendido toda la autonomía espiritual y el ritmo y la dirección de los cambios más trascendentes, a los líderes de la civilización planetaria? En 1906 Estrada Palma no tenía la perspectiva dolorosa, pero clara, que tenemos los cubanos de la década de los ochenta. En aquel entonces el viejo patriota esgrimía oscuras sospechas de orden moral para preferir la limitación de la independencia si ello traía aparejada la preservación de la libertad y la seguridad económica. El razonamiento era válido, pero había otros más contundentes que surgían ante la arrolladora evidencia que nos traía el siglo XX: la soberanía es un mito, un modo de hablar, un vicio del lenguaje. La independencia es sólo una ilusionada quimera. Un país de las características sociales y culturales de Cuba no es otra cosa que un apéndice

mimético de los centros creativos del planeta. La nación cubana no es más que una masa húmeda y dócil, a la que los líderes de la civilización, sin proponérselo, le van confiriendo un contorno y entorno grotescamente parecido al modelo que ellos van desarrollando en sus propios perímetros nacionales. Esto es así, aunque contradiga la voluntad de soberanía y el orgullo de pueblo independiente de los cubanos. Esto es así, porque la terquedad de los hechos es mucho más poderosa que la ensoñación ideológica.

El fin del nacionalismo adversario

Esta perspectiva tiene sus consecuencias inmediatas: la manera inteligente de servir a la nación, hoy, a pocos años del siglo XXI, consiste en abandonar cualquier forma primitiva de nacionalismo. En primer lugar, porque sólo hay una clase de nacionalismo coherente, y éste es, por una punta, suicida, y por la otra, imposible: me refiero al nacionalismo que cierra las fronteras a cal y canto, que impermeabiliza a la sociedad y la enclaustra en una campana neumática. Soberano fue el Tibet, independiente, anterior a la invasión china, o el Japón adormilado que aún no sospechaba la visita del comodoro Perry. Esos eran pueblos que diseñaban de una manera autónoma sus quehaceres y saberes. Pueblos soberanos que elaboraban su propia historia a partir de sus propios ingredientes. Eso, hoy, evidentemente, no es posible. Los medios de comunicación han construido un espacio cultural planetario que tiende a la homogeneidad en el sentido y la dirección que marcan los centros creativos y del cual no es posible la evasión. Cuba es prisionera de esta realidad y es inútil intentar ignorarla. Lo sensato, pues, es contar con ella y levantar un razonable presupuesto político.

Los cubanos, como medida general, deben desterrar el nacionalismo adversario de su repertorio ideológico, y más concretamente, deben desechar cualquier forma de antiyanquismo. Ser antiyanqui es una forma de ser anticubano, porque ya todos, en algún fundamental sentido –el sentido de los antibióticos, las computadoras o los viajes supersónicos– somos yanquis. El nacionalismo posible en las últimas décadas del siglo XX, el único nacionalismo benéfico que pueden suscribir los cubanos sin perjudicar sus propios intereses, es el nacionalismo partidario, no el adversario. O sea, un sentimiento que identifique y profundice los rasgos que Cuba comparte con Estados Unidos, en la medida en

que ese país es el centro creativo del planeta y la isla cubana uno de sus más próximos apéndices culturales. Espero que ningún lector cometa el tosco error de suponer que estoy proponiendo alguna forma cubierta o encubierta de anexionismo o una puertorriqueñización de Cuba. No: el anexionismo es una mera fórmula de vinculación político-jurídica, producto de un cierto momento político totalmente impensable en la realidad cubano-americana, mientras que el fenómeno de Puerto Rico, es, a todas luces, irrepetible. Me refiero a otro tipo de relación, tal vez más seria y profunda, que habrá que diseñar desde sus cimientos, entre Estados Unidos, organismo básico de la civilización planetaria, y Cuba, uno de sus segmentos apendiculares más próximos y dependientes. Los cubanos deben renunciar a golpear su propia fuente de savia civilizadora y –al contrario– deben intentar descubrir las más imaginativas formas de colaboración. La única posibilidad que tienen los cubanos de influir en el diseño de su propio destino, esto es, de ser nacionalistas, en el sentido real del término, está en relación con la habilidad que tengan para integrarse a algunas de las tareas creativas que se desarrollan en los Estados Unidos y que determinan la naturaleza profunda de la sociedad cubana. La batalla no debe plantearse por vencer a los centros creativos, destrozando nuestro propio cerebro y atascando el motor de nuestra propia civilización, sino por sumar nuestro esfuerzo a los aspectos donde la colaboración resulte posible.

Sería beneficioso para Cuba y para la *intelligentsia* cubana liberarse de la superstición de que Cuba, para ser una nación digna y libre, debe ser culturalmente autónoma, políticamente independiente y económicamente autárquica. Todas las grandes naciones de Occidente se caracterizan, precisamente, por haber abandonado esos absurdos sueños decimonónicos. Esas pretensiones son deseables, pero no posibles, y es muy saludable no confundir deseos con probabilidades. La realidad cubana está hecha de dependencia, parasitismo cultural y pobreza ignorante de la técnica extranjera. Ese sombrío panorama sólo podrá aliviarse en la medida en que los cubanos puedan y sepan utilizar la vecindad con Estados Unidos en provecho de Cuba.

III

CUBANOS, AMERICANOS Y CUBANO-AMERICANOS

Desde hace dos siglos Estados Unidos es parte de la circunstancia nacional cubana. El admirable ejemplo de la independencia norteamericana, el tráfico comercial entre las dos naciones –más importante que el de Cuba con España a lo largo de todo el XIX–, la débil pero permanente corriente migratoria de cubanos hacia Estados dos Unidos –multiplicada por mil en los últimos años–, las vinculaciones entre los esclavistas sureños y los de la Isla, la guerra hispano-cubano-norteamericana, las intervenciones norteamericanas en Cuba, las inversiones en azúcar, industrias ligeras y servicios, la formación yanqui de la alta burguesía cubana, la enorme influencia en Cuba del modelo de sociedad norteamericano, el perfil del debate político e ideológico de los cubanos, sus mitos deportivos y cinematográficos, los ademanes de la clase media, prácticamente todos los elementos claves que contribuían a dibujar el contorno del ser nacional cubano, de uno u otro modo se vinculaban al accidente geográfico de ser los vecinos de una nación enorme, poderosa, creativa, orientada hacia el comercio y en fase de creciente expansión. Era imposible desde una isla pequeña, pobre, atrasada, mayoritariamente poblada por personas escasamente instruidas, escapar de lo que también –pero por otras razones– los cubanos pudieron llamar su modesto y subsidiario *destino manifesto*: moverse arrastrados por la estela del gigante que comenzaba a liderar el planeta.

El reconocimiento de unos hechos

Tal vez una sobria aceptación de estas realidades físicas, geográficas y sociales les habría ahorrado serios contratiempos. Existía entre los cubanos –y me temo que existe– una desmesurada apreciación de la potencialidad de la Isla y de su destino en el concierto de naciones. España le asignaba a Cuba un papel de baluarte militar, de llave del golfo frente al asedio de otras potencias europeas. Martí, heredando en cierta forma la percepción hispana, pero cambiando el adversario, creía ver en las Antillas la primera trinchera para frenar la expansión norteamericana sobre América Latina. Castro se ha empeñado en convertir a Cuba en brazo armado de la insurrección leninista en cualquier región del planeta que necesite sus

tropas. De alguna manera el castrismo es el *sumum* del mesianismo histórico, la fase más avanzada del crónico delirio de protagonismo que con frecuencia ha lastrado los proyectos nacionales de los cubanos.

Probablemente –y ojalá así ocurra– con el fin del castrismo terminará la desproporcionada percepción de esas potencialidades. Ese minuto de humildad colectiva, ese instante de racional inventario de los bienes reales, tal vez sirva para permitir reexaminar el inesquivable hecho de la casi promiscua vecindad entre Cuba y los Estados Unidos, las servidumbres y ventajas que de ello se derivan y el posible papel internacional que le es dable jugar a Cuba dada su población, su riqueza, su tamaño, su insularidad y el escaso aporte cultural, científico y tecnológico de Cuba a la cultura de Occidente. Convendrá, tras la aventura delirante del castrismo, una severa cura de humilde realismo. Esa es la condición *sine qua non* que exigirá cualquier proyecto nacional que no quiera –otra vez– terminar en la frustración, la amargura y el fracaso.

La paradoja esencial del castrismo

Desde hace más de un siglo, la debilidad cubana frente a la pujanza norteamericana, o esa necesidad de adversario que requieren los nacionalismos, parecen haber aconsejado en determinados cubanos ciertas actitudes de infantil antiyanquismo, con las que probablemente se intentaba robustecer una entidad nacional supuestamente en peligro. Castro es el último y más notorio de los cubanos antiyanquis, pero sin proponérselo es quien más ha hecho por vincular la suerte de Cuba a la de los Estados Unidos, porque antes de la dictadura castrista, pese a las afirmaciones de los escasos grupos antiyanquis, existía la opinión generalizada de que el destino económico de la Isla dependía de sus relaciones con los Estados Unidos, pero después de dos décadas de práctica castrista, ese extendido criterio se ha transformado en una absoluta certeza. Antes de la experiencia castrista el lazo migratorio que unía a la Isla con los Estados Unidos se reducía a unos cuantos millares de cubanos. Veintiún años más tarde un millón de cubanos se ha trasladado de Cuba a Estados Unidos o ha nacido en el exilio. Miami es la segunda ciudad cubana, y su enorme y próspero gueto hispano parece estar en fase de expansión, no de asimilación. (La semiautarquía económica de *Little Havana* y las

aventuras tipo Mariel o Camarioca le auguran una difícilísima digestión al legendario *melting-pot* norteamericano).

Ese millón de cubanos, o de «cuban-americans» –como ya suelen llamarlos– es y será un factor importantísimo en la historia cubana de los próximos años, y si los dirigentes de esa «comunidad» se lo proponen, es probable que esta masa humana pese decisivamente en la dirección que tomen los acontecimientos en Cuba, y seguramente constituirá el elemento económico y social más significativo en la etapa del poscastrismo. Ya pudo verse cómo la rápida y azorada visita de unos cuantos millares de exilados creó dentro de la Isla un tenso estado de opinión, detonante acaso del episodio de la Embajada del Perú y del total descrédito del castrismo dentro y fuera de Cuba. Ese es sólo el primer ejemplo del tremendo peso específico que esos «cuban-americans» tendrán en la historia de Cuba durante muchísimos años. Si en el curso de dos siglos Cuba recibió grandes dosis de influencia norteamericana sin otro acicate que el estímulo comercial, hoy el castrismo ha puesto en marcha una gigantesca correa de transmisión, compuesta por un millón de hombres, que aumentará notoriamente la influencia de Estados Unidos en la Isla, y que se hará sentir en absolutamente todos los aspectos relevantes de la vida social, económica y política del país. En el reino de Serendip –como se sabe– todas las acciones del ofuscado príncipe producían un efecto contrario al que se buscaba. Fidel Castro padece el efecto de Serendip. Posee esa irónica cualidad de lograr los objetivos opuestos. Cuando en el siglo XXI se escriba la historia de estos fatigosos años es probable que la biografía de tan discutido personaje comience por una patética definición: aceleró, más que ningún otro cubano, el proceso de americanización cultural de su país.

Nada de esto, por supuesto, aconseja intentar una fórmula anexionista o vinculaciones políticas de carácter orgánico. Eso pertenece a un pasado absolutamente liquidado.

IV

ANEXIONISMO Y AMERICANIZACIÓN

En la década de los '80 como si se tratara de un *flash-back* cinematográfico, existe un grupo de cubanos emigrados que sueña con la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Lo primero que hay que hacer es subrayar que se trata de un grupo de cubanos respetables, con tan ilustres precedentes en la historia del país como Narciso López, Cirilo Villaverde, Domingo Goicuría, Betancourt Cisneros, Domingo del Monte o Rafael María Mendive. En cierta medida la Guerra del '68 fue el producto de la imposibilidad de la anexión a Estados Unidos en las dos décadas precedentes. Y esa guerra fue llevada a cabo con el concurso de los anexionistas, transformados en separatistas por la descorazonadora actitud de los Estados Unidos. De manera que no es razonable despachar el neanexionismo con una soez andanada patrioter. Quien eso haga ignora los aspectos más elementales de la historia de Cuba. Quien suponga que el patriotismo sólo puede encarnar dentro de un esquema nacionalista, no tiene la más remota idea de lo que es y ha sido el Caribe a lo largo de los siglos.

El marco cubano para la anexión

No, los tiros no van por la retórica hueca, sino por el análisis sereno. Al neanexionismo, primero, hay que rechazarlo porque en nuestros tiempos existe, perfectamente perfilado, un personaje de no tan clara definición en 1840: el cubano. Son observaciones de Pero Grullo pero hay que hacerlas: en 1840 los habitantes blancos, negros y mestizos de Cuba, no eran exactamente cubanos. Eran españoles, criollos, negros (esclavos y libertos) y mulatos, súbditos todos de España y habitantes de la Siempre Fiel Isla de Cuba. La cubanidad, como inequívoca entidad de todos los habitantes del país, apenas existía y era especialmente débil en las provincias occidentales, zonas en las que se concentraba un fuerte número de españoles y de negros esclavos. La cubanidad de aquellos tiempos parece circunscrita al pequeño núcleo de criollos blancos ilustrados, económicamente poderosos, y al reducido grupo de intelectuales formados en torno a Luz y a Saco. No había mucha más cubanidad por aquel entonces, y la que había –después de los fracasos conspirativos de los años veinte– no

demandaba de España la independencia, sino libertades públicas, representación en las Cortes madrileñas, disminución de los arbitrarios impuestos, acceso de los criollos al control del gobierno local, comercio internacional libre y supresión de la ilegal trata de esclavos. Supresión de la trata, no de la esclavitud, institución que los padres de la patria cubana, casi sin excepción, no querían abolir súbitamente, sino que deseaban ver extinguirse gradualmente, mediante compensación a los propietarios de esclavos, y con el simultáneo incremento de la inmigración blanca, para evitar «el-desastre-de-la-africanización-del-país». Precisamente uno de los acicates de la idea anexionista en ese momento histórico fue la amenaza española de suprimir de un plumazo la esclavitud, amenaza fundamentalmente dirigida contra los hacendados criollos, cada vez que estos enarbolaban las reivindicaciones liberales autonomistas. Aunque en nuestra época sea difícil de entender, en los tiempos de Saco y del Conde de Pozos Dulces la cosmovisión liberal y progresista era perfectamente conciliable con la posesión de negros esclavos.

Fue en ese contexto y en ese grupo –exceptuando a Saco y a otros pocos liberales– en los que surgió la idea del anexionismo. Los criollos blancos no querían exactamente fundar una nación, sino se conformaban con habitar cierto tipo de modelo de sociedad que España y los españoles que vivían en Cuba no estaban dispuestos a permitir. Ese modelo de sociedad podía encontrarse, precisamente, en los Estados Unidos, y especialmente en el Sur de los Estados Unidos, donde la esclavitud de los negros y la libertad y el autogobierno de los blancos coexistían sin aparentes contratiempos. Los Estados Unidos eran la democracia, el voto, el progreso, el libre comercio con todas las naciones, la prensa libre, la riqueza... y la esclavitud sobre la que se sustentaba la prosperidad de las plantaciones. Visto desde la perspectiva de un hacendado criollo y liberal de 1840, casi con toda probabilidad poseedor de esclavos, el modelo de sociedad del Sur de los Estados Unidos era el que mejor se ajustaba a sus intereses e ideología. En cambio, ¿qué podía esperar de España un criollo liberal blanco? España había sido devastada en la guerra de independencia contra las tropas napoleónicas, había perdido las colonias continentales en América, sufría las consecuencias de la primera guerra carlista y había pasado a ser una potencia de tercer orden. Las enormes rentas cubanas, extraídas en gran parte de las utilidades de los criollos, se utilizaban para financiar las guerras de una metrópoli menesterosa y prácticamente en bancarrota,

governada por monjas milagreras, militares golpistas y frailes reaccionarios. Tampoco eran previsibles sustanciales cambios de gobierno en Madrid que mejoraran las relaciones entre Cuba y España. Un criollo liberal muy poco podía esperar de los absolutistas partidarios de Fernando VII o de sus herederos, pero tampoco podía esperar mucho de los liberales españoles –como se pudo comprobar desde las Cortes de Cádiz (1812)–, puesto que en el siglo XIX, tanto los absolutistas como los liberales españoles, estaban de acuerdo en evitar el posible separatismo cubano gobernando a la Isla con mano férrea. La independencia, pues –acariciada dos décadas antes–, no parecía una buena solución en los cuarenta. Tres razonamientos contribuían a fortalecer ese criterio. Primero, las vecinas repúblicas independizadas de España se debatían entre el caos y la guerra civil. Segundo, prevalecía cierto pesimismo –del que Luz y Caballero fue el más angustiado vocero– en cuanto a la capacidad del cubano para actuar solidaria y responsablemente. Y tercero, ¿cómo podría evitar la población blanca de una Cuba independiente un estallido revolucionario de los esclavos, semejante al que había ocurrido en Haití en torno a 1800 y ya apuntado en las rebeliones negras de 1844? Tal vez era esto último lo que con mayor vigor frenaba el indeciso ideal separatista: el miedo de los criollos blancos a la población negra. La anexión a Estados Unidos, parecía, pues, desde la perspectiva «cubana» –o sea, blanca e ilustrada– el único camino transitable. Veámoslo ahora desde la perspectiva norteamericana.

El marco histórico norteamericano para la anexión

Durante el siglo XIX, y concretamente cuando se produce la tendencia anexionista entre los cubanos, Estados Unidos pasa por un período de dinamismo imperial que le hace quintuplicar su territorio en pocas décadas. Las antiguas Trece Colonias avanzan incontenibles hacia el Oeste, Noroeste y Sur del continente, a expensas de México, España, Francia, Inglaterra, Rusia o los pueblos autóctonos. Unas veces –las más– compran el territorio. Otras, lo ocupan con oleadas de inmigrantes luego solicitan la anexión a la Unión. Otras, simplemente, lo invaden militarmente. Estados Unidos ya no es un conglomerado de humildes peregrinos vinculados en torno a un culto religioso, sino es una nación altiva que ha derrotado a Inglaterra –entonces el poder más importante del planeta–, ha «inventado» la república moderna y se atribuye el manifiesto destino de hacer prevalecer su bandera y sus

instituciones dentro y fuera de sus fronteras. En 1823 el presidente Monroe deja en claro este propósito: ha terminado la hora de Europa en América, porque los Estados Unidos no permitirán que España ayudada por Francia, intente la reconquista de las colonias perdidas, o que Rusia se apodere de la costa del Pacífico norteamericano, o que Inglaterra sustituya a España en el control de las islas del Caribe hispánico. Estados Unidos es la gran potencia del Nuevo Continente y no tolerará retos a esa supremacía. Este vertiginoso dinamismo imperial, por supuesto, es aplaudido con fervor por todos los liberales y progresistas de la época. Ese imperialismo no tenía entonces la mala prensa que hoy padece, y Marx, desde Francia, podía aplaudir sin reservas la conquista del norte de México por los Estados Unidos. Los Estados Unidos, pese a la institución de la esclavitud –en la que muy pocos observadores reparaban con ira– eran la vanguardia democrática y progresista frente a las caducas monarquías europeas o la torpe gestión de gobierno de las repúblicas hispanoamericanas. A cada palmo de tierra legítima o ilegítimamente ocupado por los Estados Unidos, tarde o temprano llegaban el arado, el juez, el tren y la escuela. Cada exitosa aventura expansionista provocaba mayores apetitos imperiales y aumentaba el ejército de aventureros deseosos del poder y la gloria. El hecho de que la oficialidad y la tropa del general anexionista Narciso López estuviese compuesta por húngaros inmigrados a los Estados Unidos no sorprendía a nadie, como tampoco nadie se escandalizaba porque el procedimiento elegido por los patriotas anexionistas cubanos para eliminar el poder español en la Isla, fuera contratar un ejército mercenario dirigido por el general norteamericano Quitman y fundamentalmente formado por veteranos de la guerra contra México.

Ese era el punto de mira de los anexionistas cubanos y la perspectiva de los elementos progresistas de Europa e Hispanoamérica. No sólo se apreciaba como un hecho positivo el «crecimiento» de la nación norteamericana, sino que los liberales de distintas partes del planeta ansiaban, voluntariamente, sumarse a la patria yanqui. Hubo anexionistas en la península de Yucatán, en Nicaragua, en Santo Domingo y hasta en la española ciudad de Cartagena, cuyos sublevados dirigentes cantonalistas pidieron la anexión a la Unión norteamericana (1873). Con el mismo criterio que muchos liberales europeos de principios de siglo contemplaban las invasiones de Napoleón como una beneficiosa expansión de las ideas revolucionarias, muchos liberales hispanoamericanos apreciaban la expansión

norteamericana como una forma de diseminar los avances del progreso y los ideales de la revolución democrática de 1776. En aquel entonces pesaba más la ideología que el nacionalismo geográfico.

Cuba, por otra parte, era un apreciado objetivo para los expansionistas norteamericanos. Lo era por razones estratégicas y lo era por razones económicas. A mediados del XIX, si se juzga por los patrones de la época, Cuba no sólo era enormemente rica, sino además constituía uno de los principales mercados exteriores de los Estados Unidos y el flanco crítico en la defensa del sureste norteamericano, toda vez que la Unión, con la adquisición de la Florida y de la Luisiana, se había abierto paso hasta el Golfo de México. España, ciertamente, no era un especial peligro para los Estados Unidos, pero los estrategas de Washington temían que los ingleses se apoderaran de la Isla y la utilizaran como base para un hipotético ataque al poco guarnecido sur. De manera que a mediados del siglo XIX incorporar Cuba a la Unión parecía un proyecto perfectamente congruente con la política exterior, los intereses económicos y las tendencias expansionistas de la sociedad norteamericana, especialmente de la sociedad esclavista del sur de los Estados Unidos. Luego, por diversas razones, la anexión no se produjo, y las dos más obvias fueron, primero, la negativa de España a vender la Isla a los Estados Unidos, pese a las presiones diplomáticas de un Washington empeñado en reincidir en su favorito procedimiento de expansión; y segundo, por la imposibilidad norteamericana de invadir a Cuba sin provocar una violenta reacción de Francia e Inglaterra, también poderes caribeños. En 1861 estalló la guerra civil norteamericana y el presidente Lincoln proclamó la abolición de la esclavitud, circunstancias que trasladaron a un segundo plano el proyecto norteamericano de anexionar a Cuba, y que a la vez enfriaron los entusiasmos anexionistas de los cubanos. La derrota del Sur significaba la desaparición de una sociedad que conjugaba la democracia liberal de los blancos con el sometimiento de los negros. Tras el triunfo yanqui la anexión carecía de sentido para los hacendados esclavistas, aunque sirviera para convencerlos de que la abolición también era inevitable en la Isla.

En 1868, cuando los cubanos se fueron a la manigua, ya el anexionismo había muerto, y treinta años más tarde, cuando ocurre la intervención de Estados Unidos en Cuba, realmente

no le interesa a los cubanos ni a los norteamericanos. En ese período se había desacelerado notoriamente el dinamismo imperial de la Unión, y proporcionalmente se había reducido la importancia económica de Cuba ante el descomunal crecimiento de la economía norteamericana tras el fin de la Guerra Civil. Hoy, cuando algunos emigrados reivindican la idea anexionista ignorando las coordenadas históricas en que ese movimiento se produjo, incurren en el más burdo anacronismo.

El anacronismo de los neoanexionistas

En los ochenta han desaparecido absolutamente todas las circunstancias que alumbraron el anexionismo. Existe un tipo nacional, universalmente reconocido como «cubano», con una identidad raigalmente perfilada, fuertemente adscrito a una tierra y a una historia, que si bien ha sido trágica, a él se le antoja como suya. Ese «cubano» ya no es el criollo blanco de mediados del XIX, sino ahora es blanco, negro o mestizo, porque las guerras de independencia y las leyes de la república contribuyeron a integrar las diferentes etnias en torno a una común nacionalidad. Ese cubano ni es asimilable ni quiere ser asimilado por los Estados Unidos. De la misma manera que el anexionismo de Domingo Goicuría en 1845 era absolutamente lógico y razonable, el anexionismo de un emigrado de los ochenta es totalmente absurdo. Pero si no bastara la total falta de interés por parte de los cubanos en ser anexionados por Estados Unidos, habría, por lo menos, que tomar en cuenta la total falta de interés por parte de los Estados Unidos en anexionar a la Isla de Cuba. No creo que exista un «tax-payer» norteamericano lo suficientemente altruista como para pedir que cuelguen del presupuesto federal un ancla del peso y la gravedad de la economía cubana. Si Puerto Rico, tras setenta años de presencia norteamericana y de creciente prosperidad, necesita subvenciones del orden de seis mil millones de dólares anuales, ¿qué costaría mantener a los cubanos por encima del umbral norteamericano de pobreza? Tras comprobar las manifestaciones de desagrado de la sociedad norteamericana ante varios millares de exilados cubanos, ¿cómo puede un neoanexionista esperar la voluntaria disposición de esa sociedad a incorporar a diez millones de cubanos? El neoanexionismo no es otra cosa que un ingenuo ejercicio de *wishfull thinking*, surgido de la admiración por la sociedad norteamericana y de

la desconfianza en el destino de Cuba. Ambas actitudes tal vez sean razonables, pero no lo es extraer de ellas la conclusión de que Cuba debe ser norteamericana.

La americanización posible

Sin embargo, sí es posible y deseable otro tipo de americanización, totalmente ajena a la anexión política. Tal vez la mayor riqueza potencial de esa Isla sea la de contar en su vecindad con la sociedad más rica y creativa del planeta. En una Cuba libre de la pesadilla castrista, la más urgente y patriótica tarea es la de propiciar la penetración económica, científica y tecnológica de los Estados Unidos, básicamente porque no hay otra alternativa disponible para el desarrollo económico de la Isla y su vinculación a la vanguardia científica de la civilización. Se ha probado hasta la saciedad que el nacionalismo económico no es otra cosa que el romántico trayecto hacia el empobrecimiento y el atraso. Cuba, con un mínimo de mercado interior de diez millones de depauperados habitantes, sin capital, sin *know-how*, sin centros propios de investigación, sin tradición científica, pendiente hoy, como hace un siglo, de los volubles bandazos de los precios azucareros, ni puede ni debe aspirar a la autarquía. A esa frágil sociedad sólo le es dable insertarse en un circuito económico y cultural poderoso, e intentar beneficiarse de estas relaciones. Las preguntas que con gran prevención debieran hacer los economistas cubanos no es qué grado de penetración poseen los intereses extranjeros en la Isla, sino cuántos cubanos no tienen trabajo, cómo se visten, qué techo los cobija, qué libertades ejercen, cuán pacífica y voluntariamente eligen a sus gobernantes, cuántas calorías ingieren, cuántos libros leen, qué nivel tecnológico poseen, cuánto se divierten, qué grado de aprecio les merece la sociedad en que viven, etc. Esas son las preguntas reales, «el-grado-de-penetración-extranjera» pertenece al reino de las abstracciones ideológicas, no a la vida de carne y hueso.

Todas las campañas revolucionarias de nuestra convulsa república, encaminadas a «nacionalizar» la economía, eran, esencialmente, perjudiciales y anacrónicas, porque en el siglo XX las economías han dejado de ser nacionales. Cuando los obreros norteamericanos les piden a los fabricantes de televisores y automóviles japoneses que se instalen en el territorio de su país, cuando les exigen que *penetren* la economía del país, actúan movidos

por el más coherente sentido común. Una Cuba alejada de la empobrecedora experiencia castrista debe jugar sin miedo la carta de la radical americanización e internacionalización de su economía. En un planeta promiscua e instantáneamente comunicado por ondas de radio y televisión, teléfono, satélites y teletipos de agencias, es irreal y contraproducente escapar a la poderosa atracción del modelo de civilización desarrollado en los Estados Unidos, Japón y otros pocos centros creativos. Nadie –nadie en Nepal, en Mongolia y mucho menos a noventa millas de las costas americanas– puede escapar de la televisión, los antibióticos o los transistores. Nadie, en nuestro intercomunicado planeta, puede escapar de los hallazgos que acaban por determinar el tipo de sociedad en que vivimos; pero cuando los cubanos proclaman como objetivo común una suerte de nacionalismo económico, en rigor no se están negando a incorporar los hallazgos norteamericanos ni a encaminar a la Isla en la dirección que esa ciencia y tecnología señalan, sino se están negando a participar en la emocionante aventura de la búsqueda. Se están negando a contribuir al diseño de su propio destino. Porque insertarse en el circuito económico, social y cultural de los Estados Unidos y de las naciones líderes del planeta, como ya se ha dicho en este ensayo, es la única forma de participar, aunque sea parcialmente, en la creación de nuestro propio futuro. Esto no sólo quiere decir abrirle las puertas a la ITT o a la General Electric, sino, por ejemplo, vincular la facultad de Economía de la Universidad de La Habana a las de Princeton, Wharton o Berkeley, los capitanes de industria a la escuela empresarial de Harvard, y el organismo que rija el uso y desarrollo de la energía a los centros creativos norteamericanos que se ocupan de esos menesteres. La habilidad de unos cubanos conscientes de la real estatura de la sociedad que habitan consistiría en precisar cuáles son los motores de la civilización norteamericana, percibir la dirección en que esa gran nación se mueve, predecir las tendencias futuras y vincular a ese dinámico esquema la actividad y el quehacer nacionales. Esa es la única forma en que los cubanos no sólo pueden beneficiarse, sino que pueden, además, contribuir al desarrollo y el bienestar de la humanidad en la modesta medida al alcance del país. Ningún estado debe conformarse con habitar parasitariamente un modelo de civilización totalmente, importado. Los «casos» de Finlay o de Reynoso no deben ser fenómenos aislados, casi inexplicables, sino el resultado de un consciente esfuerzo por contribuir al perfeccionamiento del futuro planetario. Hace unos años, antes de la revolución cubana, estos objetivos no hubieran sido realistas, pero como consecuencia del castrismo una décima parte de la población de Cuba se ha trasladado a los Estados Unidos, se ha formado

en sus universidades, ha vivido la experiencia norteamericana y parcialmente ha adquirido su cultura. Parte de esa enorme masa humana puede acabar siendo la correa de transmisión de esa saludable «americanización», desarrollando un vigoroso circuito de transferencias tecnológicas y científicas y creando en Washington un poderoso *lobby* que defienda los intereses de la Isla. como la comunidad judía, por ejemplo, defiende los del estado de Israel. Es a esta «americanización», y no una fantasmal anexión, a lo que pueden aspirar los cubanos.

V

LA IMPOSIBLE SOVIETIZACIÓN DE CUBA

Sin embargo, al hilo de estas reflexiones podría erguirse una objeción pertinente: en cierto sentido Castro, convirtiendo a Cuba en satélite de la Unión Soviética, también ha buscado la sombra protectora de una formidable potencia, y también ha intentado insertarse en el modelo social de uno de los (aparentemente) centros creativos del planeta. Pero en rigor, como se verá más adelante, esa es una falsa equivalencia. De todos los errores del castrismo ninguno me parece más perjudicial para Cuba que el deliberado esfuerzo que hace el gobierno revolucionario por arrancar la cultura de la Isla de sus raíces occidentales con el objeto de situarla a remolque de la cultura soviética, operación que continuarán pagando los cubanos mucho tiempo después de la desaparición del castrismo. El castrismo se propone hacer una Cuba a imagen y semejanza de la U.R.S.S., pero no sólo reproduciendo el modelo administrativo de la burocracia estatal, o la organización política y militar, lo cual, a fin de cuentas, sería epidérmico, sino calcando servilmente todas las manifestaciones sociales y culturales de la gran potencia del Este. La obsesión por «desamericanizar» a los cubanos, insensiblemente va llevando al castrismo a la grosera manipulación de intentar «rusificarlos». El castrismo –que es, entre otras cosas, una forma equivocada de entender la historia– se ha propuesto borrar de la memoria colectiva las influencias occidentales de que se ha nutrido el ser cubano desde su origen. Estos papeles pretenden ahondar en este asunto doloroso y delicado.

La dependencia cultural de Cuba

No creo que Castro y sus allegados se hayan planteado alguna vez qué es Cuba o cómo llegó a serlo. La más exasperante característica de esa revolución es su total ausencia de voluntad de reflexión. Durante más de veinte años ese país ha sido gobernado por «intuiciones» del líder carismático que luego se ejecutaban al ritmo de pareados estúpidos, «Fidel, seguro / a los yanquis dales duro», sustituyendo cualquier indagación inteligente por consignas revolucionarias, actitud que ha conducido al país a la crisis más larga y peligrosa de toda su historia. Crisis de la que un castrismo primario y elemental no tiene conciencia. Crisis, me temo, insospechada en toda su honda dimensión por una oposición estrictamente visceral.

En 1961 Castro logró su anhelada ruptura con los Estados Unidos. La buscó con persistente insistencia durante dos años. Romper con Estados Unidos era su fórmula mágica para saltar a la celebridad y la singularidad política planetarias. Rechazar y prescindir de los Estados Unidos le parecía entonces al Comandante el hecho revolucionario más significativo al alcance de un líder político latinoamericano. Para Castro, como para tantos cubanos de aquel raquítrico panorama político, los Estados Unidos eran sinónimo de compañías explotadoras, hegemonía política y arrogancia proconsular. Es a esa ruptura, tan celebrada por las izquierdas irresponsables, a lo que se suele llamar «liberación». En aquella agitada fase de la ruptura, Castro no se daba cuenta que los Estados Unidos eran la forma de hacer o disfrutar del cine y la televisión. Eran la técnica para trasplantar la córnea o eliminar las cataratas. Eran el diseño de la autopista, el motor que por ella circulaba o el tendido eléctrico que la escoltaba a trozos rítmicos. Los Estados Unidos eran la contabilidad de los negocios, la forma de edificar o de demoler, la conducción de los residuos, la potabilización del agua, la terapia medicinal, la manera de vestir, la textura del vestido, su estampado y diseño. Los Estados Unidos eran el modo de extraer un diente enfermo o de corregir una miopía. Los Estados Unidos, en suma, le daban forma, contenido y dirección a la frágil y subsidiaria sociedad vecindada en la isla de Cuba a unas escasas noventa millas de sus costas. Había otras influencias, qué duda cabe, pero en un avasallador porcentaje de su quehacer cotidiano, Cuba no era otra cosa que una expresión de la cultura española, profunda, constante y radicalmente remodelada por la influencia norteamericana. De las relaciones entre Cuba y los

Estados Unidos, lo menos importante era la insolencia de los embajadores yanquis o el monto de la penetración financiera, precisamente los únicos aspectos al alcance de la corta visión del castrismo. Lo que resultaba esencial para Cuba, es que el país, como la mitad del planeta, resultaba ser un absoluto parásito social y cultural de los Estados Unidos, y no porque los Estados Unidos se propusieran subyugarlo, sino porque los cubanos siempre habían habitado un modelo social desvitalizado y subsidiario que obtenía los rasgos de su contemporaneidad de la creatividad y del impulso ajenos. Cuba no era más que un rincón marginal de Occidente, desovado y moldeado por España, pero culturalmente tomado de la mano de los Estados Unidos a partir de mediados del siglo XIX, cuando la nación yanqui comenzó a alzarse con la jefatura de la civilización occidental. No hay en estas palabras la menor dosis de desdén o censura. No podría ser de otra manera dada la pobreza, la ignorancia, la historia y las características culturales de Cuba. Cuba era un país organizado para la imitación, no para la creación autónoma. Los méritos de Cuba no podrían buscarse en el desarrollo de innovaciones creativas, sino en la naturaleza esponjosa, absorbente, de esa sociedad. En el siglo XIX Cuba hubiera sido incapaz de inventar el tren, pero sí pudo ponerlo en servicio antes que España. En el siglo XX Cuba, por su cuenta, no hubiera desarrollado la televisión, pero sí logró seguir la huella norteamericana a los pocos meses de haberse iniciado las transmisiones en los Estados Unidos. Esa capacidad de asimilación permitía que técnica y culturalmente el país se moviera a corta distancia de los Estados Unidos, manteniendo a su sociedad dentro de un razonable estadio de «modernidad». Es evidente que junto a los antibióticos o la electrónica, el país también importaba muchos de los males de la sociedad norteamericana, pero supongo que ese es el precio que siempre tienen que pagar los habitantes de las culturas subsidiarias. Se adquiere todo, o casi todo, lo bueno y lo malo, porque el tejido esponjoso de las sociedades subsidiarias es incapaz de distinguir matices. Cuando Castro –y retomo el hilo de estas reflexiones– cortó los lazos entre Cuba y los Estados Unidos, dejó a la sociedad cubana sin su savia nutricia. De ahí su urgente expedición a los países del Este en busca de una ubre salvadora.

Sustituir a los norteamericanos

Para Castro y sus seguidores el camino era obvio. Rusia y la Europa del Este sustituirían a los Estados Unidos y Occidente. Donde dije Washington digo Moscú. Donde dije New York, digo Sofía. Así de fácil. Bastaría enviar miles de hombres jóvenes a formarse a esos países y al cabo de un par de generaciones la nación estaría totalmente «desamericanizada», aun cuando fuera a costa de su soviétización.

Así partieron rumbo a Praga, Sofía, Berlín, y sobre todo, Moscú, miles de jóvenes cubanos dispuestos a absorber la técnica y los saberes gestados en el fraterno universo comunista. El proyecto de transculturación permitía que en un plazo razonable los actores actuaran a la rusa, los médicos operasen a la rusa, los soldadores soldaran a la rusa, los psicólogos diagnosticasen a la rusa y los economistas planificaran a la rusa. Castro suponía que había una nítida forma del quehacer comunista, fácilmente asimilable para los cubanos, pero Castro había perdido de vista los más importantes aspectos del problema.

El primero y ya insalvable era que el universo comunista, comenzando por la Unión Soviética, no era en modo alguno un modelo de sociedad original y creativo, sino un lento, vasto y basto apéndice de Occidente, mal maquillado por proclamaciones triunfalistas y por los excepcionales éxitos en el campo de la exploración espacial y en las zonas de la producción vinculadas a la industria armamentista. Ninguna de las revoluciones técnicas y científicas que han conmovido al planeta en el último cuarto de siglo –la aproximada edad de la revolución cubana– ha tenido su origen en el mundo comunista. Ni la cibernética, ni la nueva genética, ni el espectacular desarrollo de la electrónica, ni los enormes adelantos médicos, ni ninguno de los grandes descubrimientos de una época prodigiosa en el campo de la ciencia y la tecnología, han sido paridos dentro del perímetro soviético. Todo eso se ha cocinado y servido en Occidente, y casi siempre en los Estados Unidos. De manera que el primer hallazgo de cada expedición cubana destinada a nutrirse de ciencia y sabiduría en el mundo comunista, es la desalentadora certeza de que la Unión Soviética, en el plano cultural y científico, no sólo es una potencia de tercera categoría –detrás, por ejemplo, de países como Francia y Japón–, sino que también es un mundillo subsidiario arrastrado por

la formidable creatividad del Occidente, sólo que arrastrado de forma distinta a como ocurría en Cuba. Cuba, humildemente, se limitaba a comprar el Chevrolet. Los soviéticos lo copiaban. Lo copiaban mal, pero lo copiaban. Le ponían un nombre soviético, lo eslavizaban ligeramente –lo cual sería, supongo, una manera de deformarlo– y luego se lo mostraban a los azorados cubanos. Existía, si, una forma soviética de construir casas, de operar las amígdalas o de instalar líneas telefónicas. Pero esa forma soviética, esa manera «a la rusa», no era más que una bastarda y torpe imitación del modo occidental de *hacer*, puesto que la innovación original, el modelo primario, se producía inevitablemente en Occidente. Es Occidente quien establece el curso y las reglas del desarrollo, ya sea diseñando la cadena de montaje, descubriendo los antibióticos o lanzando la era de la cibernética. Los soviéticos repiten, como un deformado eco lo que primero se dice en Occidente. Es una espeluznante paradoja constatar que la revolución cubana lleva casi un cuarto de siglo luchando por alcanzar el nivel técnico y científico que tenía precisamente cuando comenzó el desventurado proceso. Pero más trágico aún es saber, con total certidumbre, que mientras el país persista en nutrirse de la fuente soviética, se irá distanciando insensiblemente del perfil técnico y científico de la vanguardia occidental. Con su sometimiento a los soviéticos el castrismo no ha logrado evadirse del liderazgo cultural de Occidente, sino que lo ha adulterado, pasándolo a través de un filtro denso e inútil. Castro no está logrando la desoccidentalización de Cuba, sino más bien el retraso y la deformación de un inevitable proceso. Lo que está ocurriendo desde hace veinte años, es que, sencillamente, Cuba se atrasa con respecto a Occidente. Atraso del que no podrá salir porque su fuente nutricia es muy deficiente. Atraso del que no sabe salir, porque la misma ineficacia que caracteriza a la planificación centralizada, opera en el mecanismo de las transferencias técnicas y científicas. Antes de 1959, de una manera espontánea y natural, toda la sociedad –estudiantes, profesionales, comerciantes– participaba del proceso de adquisición de las técnicas y saberes desarrollados en las naciones líderes de Occidente, mediante un autónomo proceso de asimilación cultural que se había ido creando y perfeccionando a lo largo de los siglos, y que vinculaba a Cuba a sus fuentes de abastecimiento intelectuales, técnicas y científicas a través de una tupida red de vasos comunicantes. Ahora se ha sustituido aquel vasto y orgánico esfuerzo de toda una sociedad por el rígido envío de unos cuantos miles de estudiantes, seleccionados por sus simpatías políticas, o por la recepción de ciertos técnicos del Este que ven en Cuba un paraíso tropical

y no una sociedad imperiosamente necesitada de no perder del todo las características de su contemporaneidad. Como es lógico, esos agentes de las transferencias técnicas y científicas no son suficientes para la laboriosa tarea de mantener a un país como Cuba en un razonable estadio de modernidad y desarrollo.

El empobrecimiento del espíritu

Evidentemente, en el sentido técnico y científico la soviétización de la cultura cubana significa un radical empobrecimiento del país con relación a Occidente, pero el fenómeno no sólo afecta a estos importantísimos aspectos, sino que generalmente alcanza (y malogra) al mundo de las abstracciones humanísticas o de las concepciones teóricas. Una de las más graves consecuencias del marxismo es su carácter esterilizador. Desde 1917 a la Unión Soviética no ha podido llegar, o ha llegado con enormes interferencias, el tenso discurso intelectual de Occidente, ya sean Freud o la antisiquiatría, la fenomenología o el existencialismo, el cubismo o el expresionismo abstracto, el teatro de lo absurdo o la reelaboración del orientalismo, la muerte y la resurrección de Dios, Ortega, Heidegger, Watts, los Beatles, Arrabal, la nueva pedagogía, la nueva psicología, la nueva filosofía, la nueva economía, la nueva, siempre la nueva disciplina, cualquiera que sea, porque la naturaleza del pensamiento occidental, esto es, del pensamiento no embotado por el dogmatismo, se caracteriza por una constante revisión y negación de su propio corpus teórico. El cambio, la mutación vertiginosa, a veces circular, a veces contraria, es la esencia dialéctica del pensamiento occidental. El marxismo, por el contrario, cierra todas las puertas a la aventura de la inteligencia, porque todo lo que lo niegue, aunque sea cierto y evidente, es herético, y por lo tanto, condenable. Cuando Castro suscribe para Cuba la fuente nutricia soviética, rechazando las influencias de Occidente, limita el discurso intelectual de los cubanos al sonsonete monocorde del marxismo. Pero ni siquiera de todo el marxismo, puesto que con igual horror prohíbe la importación del debate que acaece en el seno del marxismo contemporáneo: las tendencias liberalizadoras del eurocomunismo, el experimento autogestionario yugoslavo, el «caso» de los *kibutzin* libres israelíes, la Escuela de Frankfurt, el surgimiento del sindicalismo polaco o las originales reflexiones marxistas de los teóricos de la Primavera de Praga. El castrismo rechaza todo eso con el desdeñoso calificativo de

«revisiónismo burgués». Castro no quiere pensar, no quiere que los cubanos piensen. Si Cuba puede enviar estudiantes a Moscú, siempre lo preferirá a enviarlos a Varsovia. Existe en La Habana una no confesada escala de metrópolis preferidas organizada en relación inversa al grado de libertad espiritual que se disfruta en ella. Moscú primero. Luego Bulgaria. Luego Alemania. Luego Hungría. Luego Praga. Luego –y casi nunca– Varsovia. El castrismo no quiere contaminaciones, y para el castrismo, como para todo hermético sistema de creencias, contaminación es todo aquello que aleja al hombre del más servil aborregamiento.

Las consecuencias políticas

Las consecuencias políticas de esta forzosa y forzada soviétización son varias. Lo primero que nos asalta es la conciencia de su fracaso. Los cubanos están obligados a reverenciar a Rusia, a imitarla, pero lo hacen sin la menor convicción y sin poder evitar la constante referencia a la fuente nutricia *del ancien regime*, a los tiempos de la influencia yanqui, cuyas bondades lejos de desaparecer de la memoria colectiva, aumentan progresivamente con la constatación del estancamiento de la nación. La queja más frecuente que se oye de labios de los cubanos es que el país está congelado desde el minuto en que el castrismo se apoderó de las riendas de la nación. Pese al aislamiento, pese al duro bloqueo que Castro somete a la Isla –mucho más intenso que el que sostienen los propios Estados Unidos–, los cubanos *saben* que el universo que los rodea está vivo y creando. Saben que el tiempo sólo se ha detenido para ellos en aquella madrugada del primero de enero de 1959, cuando muy pocas personas hubieran sido capaces de prever el absurdo destino elegido para Cuba por un puñado de guerrilleros acaudillados por Castro.

Esta desconfianza en la gestión civilizadora de la Unión Soviética se traduce, lógicamente, en una total desconfianza en el comunismo como sistema, aunque ambas actitudes se escondan bajo una espesa capa de cinismo. En veintidós años el castrismo ha sido incapaz de crear una primera generación de cubanos comunistas, y dentro de otros veintidós años estará aún más lejos de ese objetivo. Es probable que aumente el número de afiliados al Partido Comunista, pero ya se sabe que la posesión de ese carnet, bajo la apariencia de una militancia fidedigna, con frecuencia oculta apetencias de mando o disfrute de privilegios, como

claramente se vio con la participación de muchos jóvenes «comunistas» en la estampida de abril del '80 hacia la Embajada del Perú o en el posterior éxodo de los «botes de la libertad».

La «esperanza» del castrismo

Desde la perspectiva castrista sólo hay un ángulo risueño desde el cual la rusificación del país no se yergue como una descomunal estupidez: la supersticiosa creencia de que Occidente, íntegramente, camina hacia su inexorable soviétización. Esto es, exactamente, lo que quiere decir la boba cantinela de «Cuba, primer territorio libre de América». Castro y los castristas *necesitan creer* que Cuba es la avanzadilla de un inevitable destino planetario. En la arbitraria racionalización de la historia que Castro lucubra para su personal gratificación y para justificar el curso de la revolución cubana, se supone que Marx sentó las bases teóricas, Lenin desarrolló la primera fase –el establecimiento de un estado comunista en el Este–, y él –Castro–, puso en marcha la segunda etapa: el asedio a los Estados Unidos en su propio territorio. La cuestión es muy simple: la revolución cubana sólo podría considerarse un hecho exitoso y duradero si Occidente colapsa por la presión de los comunistas, pero los síntomas apuntan exactamente en la dirección opuesta. El cisma chino, la rebelión húngara, el abortado ensayo de los checos, el aplastado sindicalismo libre de los polacos, la presión interna de los disidentes, la constante crisis de abastecimientos, el resurgimiento de las nacionalidades, la aparición del eurocomunismo, prueban que es más razonable encontrar elementos disolventes dentro del bloque del Este que en Occidente. La rusificación de Occidente –única carta de triunfo en poder del castrismo– es una probabilidad mucho más remota que la crisis del mundo comunista producto de sus insuperables contradicciones. El castrismo, pues, no tiene otro destino histórico que el fracaso y la frustración. Es muy difícil prever el cómo y el cuándo de su liquidación, pero no es arriesgado afirmar que por mucho que dure, no dejará su impronta de modo perdurable. De una u otra forma Cuba acabará recuperando su modestísimo puesto entre las naciones de Occidente. La tradición, la historia, la geopolítica y el sentido común acabarán por vencer a la voluntariosa arbitrariedad de los aventureros.

APÉNDICE*

Cronología básica de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba hasta 1959

- S. XVII Comerciantes y contrabandistas de las Trece Colonias visitan frecuentemente las costas cubanas, creando fuertes vínculos al margen de la contabilidad oficial. A lo largo del siglo, piratas y corsarios de todas las nacionalidades – incluyendo a norteamericanos y cubanos– se enfrentan en el Caribe y en la costa atlántica norteamericana.
- 1700 La Florida pertenece a España y es atacada por colonizadores de origen inglés. En 1703 se produce una invasión de 2.000 hombres desde las Carolinas. Son rechazados por pertrechos y hombres enviados desde La Habana.
- 1719 El comercio marítimo de Virginia y las Carolinas se ve severamente amenazado por los corsarios cubanos y floridianos. Un buque corsario cubano llega hasta Long Island y es destruido en un combate naval. En diciembre de ese año una expedición organizada en La Habana ataca los territorios ingleses de Carolina del Sur.
- 1740 El ejército colonial británico, al mando de Ogle Thorpe, sitia San Agustín, pero tropas procedentes de La Habana impiden la victoria inglesa.
- 1741 El almirante inglés Vernon toma la bahía de Guantánamo con su flota. Lleva 600 norteamericanos a bordo, entre ellos Lawrence Washington, hermano del que luego sería primer presidente norteamericano. Sus tropas se abrieron paso hasta Santiago de Cuba. La expedición se retiró tras efectuar un canje de prisioneros ingleses y norteamericanos.

* Para una detallada descripción de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, véase la *Historia de Cuba*, de Herminio Portell Vila, Mnemosyne Publishing Inc., Miami, Florida, 1969.

- 1742 Una expedición formada por cubano-españoles destruye prácticamente todos los establecimientos fundados en Georgia por los ingleses.
- 1744 Unos 113 corsarios norteamericanos se dedican habitualmente a saquear los buques comerciales que viajan a Cuba.
- 1762 El 7 de junio los ingleses sitian La Habana. En el ataque concentran más de 60 barcos, 1.292 cañones y 22.327 hombres. Dos días más tarde sale en auxilio de los británicos una expedición de 3.500 norteamericanos desde New York. El 12 de agosto capituló La Habana.
- 1763 España, Francia e Inglaterra firman la paz. Cuba vuelve a poder de España, pero La Florida queda en manos inglesas. La Luisiana es cedida a España en compensación.
- 1776 Declaración de Independencia de los Estados Unidos. España es aparentemente neutral, pero a través de Cuba ayuda a los insurrectos americanos utilizando su colonia de La Luisiana.
- 1777 Se acentúa la colaboración de Cuba con los norteamericanos insurrectos. El habanero Juan de Miralles es enviado a Filadelfia a establecer contacto con Washington. Se multiplican las relaciones comerciales entre las Trece Colonias y Cuba.
- 1779 El español Bernardo de Gálvez se apodera de instalaciones británicas en el Mississippi. La tropa proviene de Cuba.
- 1780 España se propone recuperar La Florida. Cubanos y españoles toman Mobil y Pensacola. Hacen 2.000 prisioneros ingleses.

- 1781 Es designado el primer «agente de comercio» norteamericano en Cuba. Comienza el lento desplazamiento de España como principal socio comercial de Cuba. En La Habana se produce una colecta de dinero para sufragar al ejército de Washington. Muchas señoras entregaban sus joyas y se alcanza la cifra, entonces enorme, de un millón doscientas mil libras.
- 1783 Se firma la paz entre Inglaterra y los Estados Unidos.
- 1789 Aunque en los años precedentes se había intentado limitar el tráfico comercial entre Norteamérica y Cuba, se autoriza y estimula el comercio de esclavos con buques de bandera estadounidense. Cuba comienza un período de expansión económica sin precedentes.
- 1794 Cuba exporta cien mil cajas de azúcar con destino, básicamente, a Norteamérica. En ese año 41 buques fletados en La Habana llegaron a Filadelfia.
- 1801 Los prohibicionistas españoles lograron disminuir gravemente el comercio entre Cuba y Estados Unidos. El cónsul norteamericano en Santiago de Cuba fue encarcelado y acusado de contrabando. Ese mismo año España cede La Luisiana a Francia en perjuicio de los Estados Unidos. La entrega oficial del territorio se produjo un año más tarde.
- 1803 Estados Unidos adquiere de Francia el territorio de La Luisiana. Las negociaciones las llevó a cabo James Monroe y fruto de esa experiencia será la famosa Doctrina Monroe formulada 20 años más tarde. Muchos de los habitantes blancos, franceses y españoles de La Luisiana se trasladan a Cuba.
- 1805 El presidente Jefferson, en una entrevista con un diplomático británico, muestra su interés en conquistar La Florida y Cuba.

- 1807 El comercio entre Cuba y U.S.A. se había revigorizado. Cuba importó ese año mercancías por valor de trece millones de dólares y vendió cuarenta y tres mil toneladas de azúcar, a pesar de los altísimos aranceles. Por estas fechas comienza el flujo de jóvenes cubanos adinerados con rumbo a las escuelas y universidades norteamericanas. Al regresar a la Isla solían trabajar en el comercio entre los dos países.
- 1808 La invasión de Napoleón a España tiene una grave consecuencia en Cuba y una benéfica repercusión en La Luisiana: más de veinte mil franceses, que unos años antes se habían refugiado en Cuba, regresan a New Orleans en barcos norteamericanos.
- 1809 Estados Unidos, todavía bajo el dinamismo imperial de Jefferson, transmitido a Madison, se prepara para tomar La Florida y Cuba.
- 1817 España es obligada por Inglaterra a firmar la abolición del tráfico de esclavos. La medida oficialmente entra en vigor en 1820, pero la trata clandestina perduraría por otro medio siglo.
- 1818 Orden real que abre las puertas de Cuba al comercio mundial, terminando el monopolio comercial de España.
- 1819 Cuba importa de Estados Unidos el primer buque a vapor. Esta primera «transferencia tecnológica» será un síntoma de un fenómeno que luego caracterizará a la sociedad cubana.
- 1821 La piratería cubana contra buques norteamericanos provoca operaciones de persecución contra los piratas a cargo de buques de Estados Unidos. En esas operaciones se producen algunos desembarcos en la Isla. Sin embargo, se incrementa notoriamente el comercio entre los dos países.

- 1823 El presidente James Monroe proclama la doctrina que lleva su nombre. En esencia viene a decir que ningún poder europeo puede apoderarse de territorio del Nuevo Mundo. Estados Unidos se convierte en garante de esta doctrina. Entre los factores que impulsaron esta concepción estratégica estaba el temor norteamericano a que Inglaterra se apoderara de Cuba. Debe recordarse que La Habana había sido utilizada como trampolín de las fuerzas inglesas en la guerra de 1812-15. En ese año John Quincy Adams, Secretario de Estado de Estados Unidos, advertía la importancia de Cuba para ese país y la convicción de que la Isla gravitaría de forma natural hacia la anexión a los Estados Unidos. Esa pretensión, por otra parte, tenía una magnífica acogida en una buena parte de la clase pudiente cubana. Comienzan a establecerse en Estados Unidos los primeros exilados cubanos provenientes de la *intelligentsia* de la isla: el poeta José María Heredia y el Padre Félix Varela.
- 1825 México y Colombia, libres de la dominación española, conspiran con emigrados cubanos para invadir la Isla y declararla independiente o anexarla a Colombia. Los Estados Unidos, gobernados entonces por Adams, se oponen a la conspiración alegando el peligro de una situación caótica en la Isla. La oposición, norteamericana determina el abandono de la intentona conspirativa. Durante casi 20 años los Estados Unidos preferirán la permanencia de España en la Isla antes que una revolución independiente o la mucho más temida injerencia de Inglaterra.
- 1826 Crecen las relaciones comerciales entre Cuba y Estados Unidos. Numerosos comerciantes norteamericanos se instalan en la Isla, al extremo de que al pueblo de Cárdenas comienzan a llamarlo «American City». Se publica regularmente una gaceta comercial en inglés bajo el nombre de *The Mercantile Weekly Report*.
- 1837 Se establece el primer ferrocarril en Cuba (antes que en España). Se trata de una iniciativa cubana financiada con capital inglés y ejecutada por ingenieros

norteamericanos sobre estudios llevados a cabo por la Sociedad Económica de Amigos del País. En esta fecha las cuatro quintas partes de la exportación de azúcar a Estados Unidos se trasladaban en la marina mercante de ese país.

- 1843 Llega a La Habana un buque de guerra norteamericano –el *Vandalia*– para expresar el apoyo de Washington a la dominación española. En Cuba se vive una feroz represión contra grupos conspiradores, esencialmente negros y mulatos. La represión alcanza a ciudadanos norteamericanos.
- 1845 Estados Unidos vive un período de furor imperial. Ese año se anexa Texas. En los tres siguientes le hace la guerra a México, adquiere California y Nuevo México. Es el marco histórico ideal para que se vigorice el movimiento anexionista de los cubanos que querían terminar con la dominación española. El «Destino Manifiesto» no sólo lo creen ciertos norteamericanos, sino también algunos cubanos.
- 1848 El presidente Polk parece dispuesto a comprar a Cuba y anexarla a Estados Unidos si España accede a venderla. Se funda en New York un periódico de los anexionistas cubanos: *La Verdad*. Se prepara en U.S.A. una expedición contra Cuba dirigida por Narciso López, general venezolano al servicio de los cubanos anexionistas. El centro de la conspiración es New Orleans, los alistados son aventureros norteamericanos y la oficialidad europea. Abundan los veteranos de la guerra contra México. Zachary Taylor alcanza la presidencia norteamericana y hace abortar la conspiración.
- 1850 El general norteamericano Quitman rehúsa dirigir los esfuerzos expedicionarios de los anexionistas. Narciso López recluta tropas en Kentucky y Luisiana para un nuevo desembarco. Al fin, en el barco *Creole* llegan a la ciudad cubana de Cárdenas y la toman, pero deben reembarcar por la resistencia española.

- 1851 Nueva expedición de López, esta vez por Pinar del Río. De sus 406 hombres más de 300 son norteamericanos. Los españoles fusilan al coronel Willian L. Crittenden y otros cincuenta norteamericanos. En New Orleans y Mobil crece la ira contra España. Son atacados consulados españoles en el sur de Estados Unidos. El presidente Fillmore –Taylor había muerto– se opone a los expedicionarios. Producto de la desilusión que provocaba la actitud de Washington, comienzan a declinar las tendencias anexionistas entre la emigración cubana.
- 1852 Ante la proximidad de las elecciones norteamericanas los anexionistas deciden apoyar al candidato Franklyn Pierce y crean lo que acaso sea la primera organización «lobby» en Estados Unidos, la «Orden de la Estrella Solitaria». La misión era hacer propaganda a favor de Pierce y reunir fondos para el candidato. Esta organización está controlada por la Junta Patriótica. Electo Pierce, la anexión de Cuba se convirtió en prioridad de su política exterior.
- 1853 El general Quitman vuelve a ser llamado por conspiradores cubanos. Esta vez acepta ponerse al frente de un cuerpo expedicionario. El plan consistía en liberar a Cuba de España, y que luego la Isla, como había hecho Texas, pidiera su incorporación a la Unión.
- 1854 Las relaciones entre Madrid y Washington se enfrían por causa de Cuba. Pierce amenaza con tomar medidas militares contra Cuba, pero, contradictoriamente, impide los planes de los revolucionarios cubanos invocando la ley de neutralidad. Estados Unidos intenta comprar a Cuba y la propuesta es recogida en el Manifiesto de Ostende.
- 1855 Fracasan los esfuerzos anexionistas de la Junta Patriótica y los renovados intentos de compra de la Isla de Cuba, ahora a cargo del presidente Pierce. El anexionismo dejó de tener una probabilidad razonable en la historia de Cuba, aunque continuó teniendo algunos adeptos.

- 1857 La depresión y crisis bancaria que afectó a Estados Unidos repercutió terriblemente en la economía cubana arruinando a numerosas firmas comerciales y de mostrando la casi total dependencia económica de la Isla con relación a U.S.A.
- 1861 Estalla la guerra civil norteamericana y se aleja aún más la posibilidad de un enfrentamiento entre Washington y Madrid por causa de Cuba. España se declara neutral, pero simpatiza con el Sur. Los puertos cubanos dan abrigo a naves confederadas, pero Madrid se niega a apoyar abiertamente al Sur.
- 1865 El triunfo del Norte y el fin de la esclavitud en Estados Unidos alienta a los antiesclavistas cubanos.
- 1866 Una Real Orden de España autoriza la comunicación telegráfica de Cuba-Estados Unidos-España por medio de una compañía norteamericana.
- 1868 Estalla la Guerra de los Diez Años en Cuba. Se discute en Washington la posibilidad de enviar buques de guerra a la zona en conflicto, pero España se niega a ello por considerar que sería una forma de apoyo moral a los insurrectos.
- 1869 El gobierno de la República en Armas le escribe al presidente Grant solicitando el reconocimiento de beligerancia. En el pueblo de Guáimaro los insurrectos se reúnen para crear la primera Constitución. Prevalece una voluntad anexionista. Las tropas de la provincia de Camagüey llevaban una escarapela formada por las banderas de U.S.A. y de Cuba. En el Congreso americano abundan las declaraciones de solidaridad con la causa de los cubanos.

- 1870 Pese a las simpatías populares con la causa cubana, prevalece en Washington la política de entorpecer la labor conspirativa de los exilados. El presidente Grant, alentado por su secretario de Estado, Hamilton Fish, se escuda en el texto del acta de neutralidad.
- 1871 La represión española en Cuba es terrible y esto sensibiliza a la opinión pública norteamericana. El general cubano Federico Fernández Cavada es condenado a muerte. Había sido coronel del ejército norteamericano en la Guerra de Secesión. Grant intercede por él inútilmente.
- 1873 El barco norteamericano *Virginius* es capturado en aguas inglesas por un buque español. Llevaba más de 100 cubanos a incorporarse a la lucha. El gobierno español de la Isla decretó la muerte por fusilamiento de muchos de los tripulantes y pasajeros, creándose un serio conflicto con Washington.
- 1877 Incidente diplomático entre Madrid y Washington. Cruceros españoles disparan en alta mar contra dos balleneros norteamericanos. Sin embargo, la cancillería de Washington se resistía a las presiones de los exilados y las de «The Cuban League of the United States», presidida por el general Mc Mahon.
- 1878 Los insurrectos cubanos y las autoridades españolas firman la paz. Muere en La Habana en circunstancias poco claras el congresista norteamericano John E. Leonard mientras indagaba sobre la existencia de la trata de negros entre Florida y Cuba. En ese año las exportaciones norteamericanas a Cuba alcanzaron la cifra de casi sesenta millones de dólares, o sea, un noventa por ciento del total de todas las exportaciones norteamericanas al resto de América.
- 1879 Estalla en Cuba la llamada Guerra Chiquita. El jefe militar cubano es el general Calixto García. El levantamiento es sofocado en pocos meses. Una de sus peculiaridades es que entre los insurrectos han desaparecido las tendencias

anexionistas. En Estados Unidos el líder sindical Samuel Gompers pide al Congreso el reconocimiento de beligerancia para los cubanos.

- 1884 Se desata una guerra de tarifas comerciales entre España y Estados Unidos por el mercado de Cuba.
- 1892 Martí crea el Partido Revolucionario Cubano y establece en sus bases la inequívoca voluntad independentista del grupo. Comienza a preparar la insurrección dentro de la Isla.
- 1895 Las autoridades norteamericanas detienen en La Florida, en un punto llamado Fernandina, tres buques fletados por el Partido Revolucionario Cubano con destino a Cuba. Es un fortísimo golpe contra los planes insurreccionales. Unas semanas más tarde –febrero 24– estalla nuevamente la guerra en Cuba. A lo largo de todo el año numerosas propiedades azucareras norteamericanas se ven afectadas por la estrategia militar de los insurrectos: destruir los campos de caña e impedir las zafras.
- 1896 La pugna en New York entre los magnates de la prensa Joseph Pulitzer (*World*) y Randolph Hearst (*Journal*) va a tener serias repercusiones en la formación de la opinión pública, que acabará por llevar a los Estados Unidos a la guerra contra España. Llega a Cuba el general español Weyler, cuya mano dura daría el pie a las historias de la prensa norteamericana. La guerra de Cuba se convierte en el foco noticioso más importante de la prensa norteamericana.
- 1897 La detención y tortura en La Habana de una joven llamada por la prensa norteamericana «Miss Cisneros», agitada por Hearst, envenena a Estados Unidos. Más de doscientas mil mujeres de Estados Unidos le escriben a la Reina pidiendo la liberación de Miss Cisneros, entre ellas la madre del presidente McKinley y la viuda del general Grant. El presidente McKinley no tenía interés

en mediar en la guerra, pero algunos de sus íntimos colaboradores sí lo deseaban, especialmente el sub-secretario de la Marina, Teodoro Roosevelt.

Un aventurero al servicio de Hearst rescató a Miss Cisneros y la joven fue recibida en el Madison Square en un acto sin precedentes.

Se publica en la prensa norteamericana una carta privada del embajador de España a un amigo periodista de Madrid. La carta contiene párrafos ofensivos contra McKinley y contra la sociedad norteamericana. Arrecian las voces de quienes atacan a España. Sin embargo, el gobierno de McKinley continúa obstaculizando las labores de los emigrados. Más de treinta pequeñas expediciones fueron detenidas por las autoridades norteamericanas invocando el Acta de Neutralidad de 1794.

El cónsul norteamericano en La Habana, Fitzhugh Lee, ante los desmanes de los grupos españolistas más acérrimos, pide el envío de un buque de guerra. El subsecretario Roosevelt, temporalmente a cargo de la marina, está muy dispuesto a enviarlo tras convencer de ello al Presidente.

1898

A fines de enero llega a La Habana el buque *Maine*. El 15 de febrero, una explosión repentina destruyó el barco. Murieron 260 personas de una tripulación de 355. La prensa norteamericana acusa a España de sabotaje. Roosevelt comienza a preparar la campaña del Pacífico. En Estados Unidos existe un clima emotivo propicio para la declaración de guerra. El presidente McKinley vacila y hace una oferta a España para comprar la Isla de Cuba. Ofrece 300 millones de dólares. La temerosa monarquía española es incapaz de negociar una propuesta tan impopular para el país.

Roosevelt comienza a preparar a sus Riders en lo que sería una formidable campaña de relaciones públicas que lo llevaría, pocos años después, a la Casa Blanca. El candidato demócrata William Jennings Bryan intenta también servirse de la guerra inminente para su promoción personal, pero los hábiles manejos de los republicanos, entonces en el poder, lo mantienen en Jacksonville. Es Teodoro Roosevelt, al término de la guerra, quien desfilaría glorioso por la Quinta Avenida

de New York al frente de un regimiento de caballería en el que no faltaban atletas y vistosos jugadores de polo.

El 20 de abril el Congreso proclamó una «Joint Resolution» en la que el primer artículo establece que «Cuba es y por derecho debe ser, libre e independiente», en el tercero autoriza al Presidente a preparar la guerra y en el cuarto se afirma que Estados Unidos no desea anexar la Isla a su territorio. El 25 de abril el Congreso adopta otra resolución que comienza diciendo: «Sea la guerra...». La guerra terminaría en agosto y se limitaría a unas escaramuzas en Oriente y a la destrucción de la flota española.

El 10 de diciembre se firma el Tratado de París entre Washington y Madrid, mediante el cual España renuncia a su soberanía sobre Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. Recibe a cambio una compensación económica y la garantía norteamericana de una justa defensa de los intereses españoles en esos territorios.

- 1899 El primero de enero comienza oficialmente la ocupación norteamericana de la Isla. El censo que llevan a cabo revela una crítica situación social y económica en el país. Esta primera ocupación terminaría el 20 de mayo de 1902, y durante ese período se logran notables avances en materia de sanidad, educación y organización administrativa.
- 1901 El senador Orville Platt pasa en el Congreso una enmienda a la Ley de Presupuestos del Ejército con la que limita la soberanía de Cuba y le reconoce a Estados Unidos el derecho de intervenir en la Isla para misiones de pacificación y a establecer bases navales (carboneras) en la Isla. Mediante presiones de diversa índole los cubanos se ven obligados a incorporar el texto de la Enmienda a la Constitución que habían redactado ese mismo año.
- 1902 Es electo primer presidente de Cuba D. Tomás Estrada Palma. El 20 de mayo toma posesión de su cargo y termina la primera intervención norteamericana.

- 1906 La reelección de Estrada Palma provoca el estallido de un conato de guerra civil. A petición del presidente cubano el Gobierno norteamericano interviene en la Isla con el objeto de pacificarla.
- 1909 Termina la segunda intervención. Los norteamericanos entregan el poder a un gobierno libremente elegido.
- 1912 Se produce en Cuba la «Guerrita de los negros», conflicto racial que produjo unos tres mil muertos, casi todos negros o mulatos. Los Estados Unidos ejercen presiones diplomáticas para evitar la represión y desembarcan tropas en Oriente.
- 1917 Se produce en Cuba el movimiento revolucionario conocido como «La Chambelona». Los insurrectos tratan de ganar el apoyo de Washington; el gobierno del presidente Wilson decide apoyar al gobernador legítimo. Quinientos marines desembarcaron en Santiago de Cuba. Luego siguieron otros 2.600. (Esa dotación permaneció en la Isla hasta 1923). La entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial coincidió con estos acontecimientos. El precio del azúcar subió vertiginosamente.
- 1921 Los precios del azúcar se desploman y el caos económico se apodera de Cuba. Se obtienen préstamos de Washington para paliar los efectos de la crisis.
- 1925 El Congreso norteamericano admite la soberanía cubana sobre la Isla de Pinos, cuestión que había quedado pendiente desde el inicio de la República y que había dado lugar a protestas por parte de los cubanos. Se hace patente una nueva forma de antiyanquismo, producto ahora del análisis marxista. En 1925 había sido fundado en Cuba el Partido Comunista. La Universidad de La Habana se convierte en el foco intelectual «antimperialista».
- 1928 La ilegal reelección del presidente Machado provoca disturbios en Cuba. En ese momento las inversiones norteamericanas en la Isla se calculan en mil ciento

cuarenta millones de dólares, controlando casi todos los servicios públicos, una gran parte de la industria azucarera, el 75% del sector bancario y casi toda la gran industria minera. El 22% de los trenes cubanos estaban en poder del capital norteamericano.

1931 Se intensifica la lucha revolucionaria contra Machado. Se hacen visibles varios grupos marxistas, entre ellos el Ala Izquierda estudiantil y el Partido Comunista. El gobierno de Washington está ahora bajo la presidencia de Franklin D. Roosevelt. El Departamento de Estado envía como embajador a Benjamín Summer Welles para que medie en la crisis. La depresión de 1929 había sumido a Cuba en la miseria.

1933 El embajador norteamericano Summer Welles intenta mediar entre el gobierno y la oposición para propiciar de forma incruenta la sustitución de Machado. Tanto Machado como los grupos radicales de izquierda acaban rechazando la gestión del diplomático.

Se produce la caída del régimen ante la insubordinación de las Fuerzas Armadas, los atentados terroristas y las masivas manifestaciones. Roosevelt, que había inaugurado la «política de buena vecindad», no recurre al envío de tropas y prefiere confiar en la habilidad de su embajador para evitar la radicalización del proceso político, pero esto no es sencillo de obtener. En cualquier caso, el poder en Cuba, a la caída de Machado, emana de la Embajada norteamericana. Es el 12 de agosto.

Septiembre, 4. Los sargentos acaudillados por Fulgencio Batista, dan un golpe militar. Tienen la colaboración de grupos estudiantiles radicales. Se teme (o se solicita) una intervención armada de Estados Unidos. Unos treinta buques de guerra de Estados Unidos merodean la costa cubana. Hay en el país una situación casi caótica. Después de algunas maniobras, gobierna durante cuatro meses el Dr. Ramón Grau. Por primera vez controla el poder en Cuba un grupo que no tiene el beneplácito de los Estados Unidos. Washington le niega el reconocimiento, lo que probablemente contribuya a debilitar el régimen.

- 1934 Washington reconoce el gobierno del coronel Mendieta. Comienza la recuperación económica del país. Es abrogada la Enmienda Platt por Washington y La Habana. Termina el período de las intervenciones norteamericanas directas y comienza a disminuir la influencia de Washington en la vida política del país. Simultáneamente, también comienza una «cubanización» de los recursos económicos del país. Batista será el «hombre fuerte» de Cuba hasta 1944. Se firma en Washington la Ley Jones-Cooligan que distribuye cuotas azucareras. Cuba se ve beneficiada por un precio preferencial para su azúcar, pero, por otra parte, el país deberá dar preferencias a las importaciones de Estados Unidos.
- 1941 Tras el ataque a Pearl Harbour, Cuba –en un gesto casi simbólico– le declara la guerra a Japón, Alemania e Italia. La economía de la Isla, como siempre ha ocurrido, se beneficia de la guerra. El gobierno de Batista le concede facilidades militares a los Estados Unidos en diversos puertos y aeropuertos del país. El precio del azúcar y el monto de la zafra se fijaba entre La Habana y Washington.
- 1945 La bonanza de los precios azucareros determina el progreso económico del país y el crecimiento proporcional de la riqueza de los cubanos propietarios. Este año la cuota cubana de azúcar se fija en un 28,6% del consumo norteamericano.
- 1947 Por presiones de Washington sobre el gobierno de Grau, se disuelve una expedición militar organizada por exilados dominicanos y destinada a combatir a Trujillo.
- 1952 En marzo 10 se produce en Cuba un golpe militar contra el gobierno democráticamente electo de Carlos Prío. El golpe lo dirige Fulgencio Batista. Washington no hace nada por evitarlo, entre otras cosas porque desde 1934 progresivamente se había debilitado casi totalmente el control político del Departamento de Estado norteamericano sobre los asuntos cubanos.

- 1953 Batista se aprovecha de la Guerra Fría y se convierte en un ferviente anticomunista para conseguir la ayuda norteamericana. Es nombrado embajador de U.S.A., Mr. Arthur Gardner, amigo personal del dictador. En julio 26 Fidel Castro ataca el cuartel Moncada.
- 1956 Batista parecía en control de la situación política pese a la creciente oposición. Los intereses norteamericanos veían un buen aliado en el Presidente golpista. En Miami y New York aumentaba la colonia de exilados cubanos. Por estas fechas se acentúa la presencia del gangsterismo norteamericano en los casinos de juego. A comienzos de diciembre desembarcó Castro en la provincia de Oriente.
- 1957 Un artículo de Herbert Matthews en el *New York Times* comienza a darle notoriedad a Castro en los Estados Unidos, Castro asegura no ser comunista. En el Departamento de Estado de Washington se producen cambios importantes para los acontecimientos cubanos. William Wieland y Roy Rubottom, responsables de asuntos cubanos, no sienten simpatías por Batista. La Agencia Central de Inteligencia (C.I.A.) entra en contacto con la oposición. Comienza la presión sobre Washington para que dejara de suministrarle armas a Batista.
- 1958 Estados Unidos decreta el embargo de armas al régimen de Batista, pero permanece en Cuba la misión militar. Tropas de Raúl Castro raptan a unos treinta marineros y *marines* norteamericanos cerca de la base de Guantánamo. Poco después fueron liberados por orden de Fidel Castro. Después de las fraudulentas elecciones de noviembre de 1958 el régimen de Batista comienza a desmoronarse vertiginosamente. La C.I.A. y el Departamento de Estado intentan buscar una solución política que impida el acceso de Castro al poder. Batista comienza a tramarse su huida. Esta se produce durante la noche del 31 de diciembre de 1958. Unos días más tarde, Castro, triunfante, entraría en La Habana al frente de una columna de su ejército de guerrilleros.

LAS RAÍCES DE LA CATÁSTROFE

I

Luis Ortega, en esa prosa rápida e inteligente que lo ha hecho famoso, propone una interpretación de la historia de Cuba tan aguda como inexacta. Según Ortega en el seno de la sociedad cubana operaban dos fuerzas contrapuestas: una blanca y occidental, «ascendente», que intentaba mantener la Isla dentro de un perfil europeo de civilización, y otra africana, tercermundista, que pretendía reducir el país a una mera fábrica de azúcar y aguardiente. El castrismo, en ese modelo de análisis, vendría a ser el triunfo definitivo de la tendencia «descendente». El trágico fin de la vocación de pueblo grande que ciertos cubanos abrigaron.

A mí me parece que es al revés. El castrismo es la última expresión, la caricatura final de los delirios de grandeza cubanos. Hay mucho más sentido político en la humildad rumbosa de los *west indies* que en los hinchados proyectos nacionales (e internacionales) de la clase dirigente cubana. Un simple inventario económico e intelectual –sobre todo intelectual– de ese pobre país demostraba que la Isla apenas podría ser algo más que una fábrica de azúcar, una hacienda de ganado, un amable balneario y –tal vez– una cómoda posada para americanos y canadienses cansados del frío, a menos que se produjese un cambio sustancial de la mentalidad social de los cubanos. Todo lo demás era fantasía, imaginación desbocada, tropicalismo hervido en el café con leche de El Carmelo y de los «airelibres» de 12 y 23. Desarrollar a Cuba convertirla en una nación educada y creativa, digamos como Holanda, era cuestión de décadas, tal vez de siglos, y hubiera requerido una profunda modificación de ciertos rasgos culturales lamentables, pero, mientras tanto, ese país no necesitaba napoleones de bolsillo sino administradores responsables y disciplinados. No hay absolutamente nada malo en ser de Bahamas. No hay una pizca más de grandeza en la tragedia de los machacados cubanitos que en la pastosa insignificancia de un señor de Curazao. Más aún: el señor de Curazao tiene sobre el señor de La Habana una tremenda ventaja: sabe sus limitaciones. Conoce su mínimo peso específico sobre el planeta y no se le ocurre la sangrienta bobería de liberar-hermanos-oprimidos, a no ser que el castrismo, como en el caso de Grenada, le inocule el horroroso dengue moral del «davidismo». Si alguna virtud tienen las islas mansas del Caribe es, precisamente, la mansedumbre. Esa es una magnífica señal

de madurez. No hay nada reprochable en ser la «azucarera del mundo» ni en exportar «calipso», ni en dedicarse a mover el trasero al ritmo percutido de tambores de lata. Cada uno vende lo que puede. España hace treinta años es más importante por la Costa del Sol que por el sepulcro del Cid, pero ese fenómeno de modesto encogimiento ha permitido que por primera vez en su historia los españoles coman dos veces al día.

Cuba, pese a la temperatura heroica que cocinaba el país, no era más que Varadero, Tropicana y Bacardí. Y no podía ser más que eso porque se trataba de un mundillo subsidiario que obtenía del exterior toda su iniciativa creadora. Era un país hábilmente mimético, pero nada más que eso. Para llegar a ser una nación creadora, intelectual y científicamente constructiva, aportadora, carecía de las básicas virtudes sociales que caracterizan a la escasa docena de pueblos importantes del planeta: rigor, pasión por la excelencia, disciplina, previsión, sentido de la proporción, respeto por la jerarquía, tolerancia, fair-play y amor por la cultura. Había, sí, una cierta viveza criolla, una cierta agilidad mental, pero con eso no se construye una nación «ascendente». Con eso, si acaso, si no hay tiros, si las cosas marchan bien, apenas alcanza para administrar un balneario, exportar sacos de azúcar, tabacos, discos de Pérez Prado y alguna que otra baratija.

El problema cubano, el maldito problema cubano, no puede ser otra vez visto como una pugna maniquea entre cubanos buenos y malos, blancos y negros, ascendentes y descendentes, europeos y tercermundistas, sino como lo que es: el resultado nefasto de una patológica mentalidad social aquejada de desmesura, barbarie, irrespeto y –sobre todo– delirios de grandeza. La desgracia no está en las percusiones rítmicas de los pobres negros, sino en la demencia mesiánica, en la hipertrofia de nuestra propia apreciación histórica, en nuestra manía de vernos el ombligo a través de un microscopio. Esto, por cierto, ha sido el propio Luis Ortega quien lo comenzó a denunciar, con singular brillantez, en su ensayo clave de la literatura cubana contemporánea: *El sueño y la distancia*.

II

Dije, más o menos, que los cubanos hemos sido víctimas de una visión delirante y desmesurada de nuestra peso específico en la historia. Dije –y repito– que muy poco le debe el planeta a nuestra sociedad, y que mejor nos hubiera valido admitir un manso destino de *west-indies* antes que intentar sangrientas aventuras que a nada conducen, salvo al desgarramiento y al horror. Esto, claro, lo he escrito con dolor de mi alma, como suelo escribir, pese al humor aparente, convencido –por ahora– de la verdad esencial de la aseveración. ¡Ojalá que las hazañas militares que ha conocido ese desdichado país hubieran tenido su equivalencia en profundas hazañas sociales! Ojalá que la capacidad de sacrificio de ese pobre pueblo hubiera tenido una historia paralela de flexibilidad, diálogo y convivencia. Pero nada de esto ha sido así. Cuba es un país que sabe morir con heroísmo, que arrasa Bayamo, que se pudre en las prisiones sin una queja, pero que ha sido, al mismo tiempo, incapaz de organizarse racional y civilizadamente en un estado de derecho.

Pero además es un país de economía abierta, muy vulnerable, sujeto a los embates de un mercado externo, sin fuentes de energía, con baja productividad y mediocres –si no malos– hábitos laborales, ahora definitivamente emponzoñados por el castrismo.

Cuba es y era un país de escaso nivel cultural, sin centros significativos de investigación, con una universidad poco exigente, dedicada a graduar profesionales moderadamente competentes, pero que fue incapaz, en dos siglos de existencia, de parir una idea original, o de alentar un movimiento cultural autónomo. En 1959, en el orden cultural, el país no era otra cosa que un apéndice de los Estados Unidos, pendiente y dependiente del impulso creativo del vecino, más o menos como hasta 1820 no fue otra cosa que el calco remoto del modelo social español, agravado por su condición de colonia. No podía tampoco ser de otra manera, puesto que la sociedad cubana había sido desovada por la Madre Patria con todos sus defectos, y no todas sus virtudes, dada la viciada relación política que les unía.

Carlos M. Luis, como refutación parcial a cuanto digo, me recuerda al notorio grupo de escritores agrupados en torno a la revista *Orígenes*, y Vicente Echerri me subraya figuras insignes como Luz y Caballero, Martí o Varona. Nada de esto está reñido con lo anterior. En Cuba se ha escrito bien y se ha pintado bien desde el siglo XIX, sin que eso contradiga el carácter subsidiario de la sociedad cubana. Más aún: no hay isla del Caribe que no tenga sus artistas venerados, alguno de ellos, por cierto, Premio Nobel de Literatura (Saint John Perse). En Cuba podría existir *Orígenes*, pero en República Dominicana existía «La poesía sorprendida» y en un islote próximo nació Pizarro, uno de los grandes pintores del impresionismo. La ficción y el arte plástico, como las habas, se cuecen en todas partes, y el establecimiento de escalas jerárquicas no es otra cosa que el producto de circunstancias arbitrarias casi siempre borrosas. Es razonable que el movimiento cultural cubano fuera mucho más poderoso que el de Antigua, pero esa diferencia era esencialmente cuantitativa, no cualitativa, y de ello existe una prueba irrefutable: réstesele a Occidente la literatura y la plástica cubana y no habrá ocurrido eso que llaman una «pérdida irreparable». Carpentier y Portocarrero, son perfectamente prescindibles. Tan prescindibles como algún buen novelista –que lo habrá– jamaicano o de otra de las excrecencias geológicas caribeñas. Nuestros hombres insignes –y los tenemos– son rigurosamente locales.

Pero hay algo que determina el signo último de esta humilde posición que defiendo: carezco de cualquier forma de deslumbramiento ante las hazañas épicas. Creo que nuestras guerras de independencia fueron heroicas, pero ojalá nunca las hubiéramos padecido. El país perdió un 10 por 100 de su población, quedó prácticamente en ruinas, pero la mayor desgracia fue haber propiciado la fundación de la república en culto neurótico a la valentía de ciertos guerreros audaces. Es cierto que la ceguera española, esa legendaria incompetencia política de Madrid, le cerró la puerta a cualquier evolución incruenta del sistema, pero todavía hoy, a un siglo de aquellos sucesos, pagamos el precio de haber crecido en olor de heroísmo. El patriotismo de los guerreros, o el guerrerismo de los patriotas, no puede ser otra cosa que una anécdota entrañable, pero adjetiva a la constitución de un cuerpo social sano. Para los cubanos, en cambio, las guerras, esas terribles guerras constituyen el núcleo fundacional de la nacionalidad. La semilla germinó en un espantoso charco de sangre. El hilo de esa vieja sangre todavía nos persigue.

Quizás la única ventaja que el castrismo le traiga a los cubanos es la posibilidad de replantearse el país serenamente. De nada valen los trompetazos triunfalistas porque el análisis de nuestra realidad histórica y social niega cualquier visión delirante. Cuba no era un infierno, pero tampoco era un paraíso. Cuba no era más que otra isla del Caribe, pobre, atrasada y llena de problemas. Cuba tenía y tiene soluciones, pero todas requieren la complicidad del sentido común y la moderación. Todas necesitan de un clima de convivencia que no puede fructificar en la mentalidad social que padecemos. ¿No es evidente que hemos sido víctimas de nuestros íntimos demonios? ¿Qué partido político, que élite de poder se planteó en Cuba la necesidad de una profunda revolución espiritual que comenzara por levantar un inventario realista de lo que el país era y podía ser? ¿Quién le dijo nunca a los cubanos que la transformación de la sociedad debía ser el resultado de un proyecto nacional cuidadosamente meditado, fundado esencialmente en la disciplina voluntaria, en la búsqueda de la excelencia, en el esfuerzo mancomunado y en el logro de objetivos a corto, medio, largo y larguísimo plazo? ¿Qué caudillo revolucionario proclamó la necesidad de incorporar al país a las revoluciones tecnológicas y científicas que conmovían el planeta y que comprometían la esencia de la propia Cuba? No: la sociedad se transformaría a pistoletazos, porque la pobreza y la injusticia podían eliminarse con el abracadabra de las revoluciones improvisadas. Los radicales creían que los males del país se borraban con unas cuantas acciones drásticas, los menos radicales ni siquiera distinguían los males del país. Nadie le habló nunca a ese pueblo serenamente, en voz baja, con humildad, porque tal vez no hubiera logrado hacer oír su voz.

La alegre pero patética algarabía política republicana fue una caravana superficial que culminó en el horror del castrismo, murallón final en el que se estrellaron todas las estupideces gritadas a lo largo de un siglo de diagnósticos fáciles y triviales.

A mí no me divierte lo más mínimo enfrentarme críticamente a la historia de mi país. Tampoco tengo la menor vocación anexionista, y si sufro de pesimismo no es debido a una malvada jugarreta de la vesícula, sino a síntomas que me parecen evidentes. Ojalá pudiera escribir sobre un pueblo grande, próspero y jubiloso que aporta a Occidente su creatividad y resuelve sus diferencias dialogando, pero ese país no existe. Pudo haber existido. Pudiera existir, pero para ello la primera condición es que el presupuesto se ajuste a la realidad, al amargo reconocimiento

de que no éramos más que un pueblo insignificante del Caribe, periódicamente encharcado en sangre y atropellos.

Crear esto no me impide amar a Cuba, pero sí determina el ademán con que la amo: esa desalentada ternura que suelen inspirarme las causas más desesperadas.

III

Vamos a aclararnos: escribí, con amargura, que Cuba era (y es) relativamente pobre, y algunos cubanos se mostraron irritados. Anoté, pesarosamente, que el país carecía (y carece) de centros de investigación y de buenas universidades, y otros cubanos, buenos cubanos, se sintieron ofendidos. Se me habló de Finlay, de Heredia, de Villaverde; citaron a Martí, «mi inevitable compatriota», como decía Coronel Urtecho de Darío; se mencionó al doctor Castellano, al doctor Bustamante, al doctor Albarrán, a todos los doctores, de Varona a Mañach, de Poey a mi querido Leví Marrero. Se apuntaron cien nombres ilustres, merecidamente ilustres, como si esa nómina admirable de varones distinguidos –nadie ¡ay! recordó a Doña Gertrudis– refutara las dos afirmaciones evidentes: Cuba –repito– era y es un país pobre (y un pobre país) carente de centros de investigación significativos y de universidades rigurosas en las que se cultiva y estimula el surgimiento de ideas originales. Pero ahora añado una observación más dolorosa: si nuestro aldeanismo nos impide percatarnos de estas inocultables evidencias, jamás podremos abandonar la postración, la dependencia y la «subsidiaridad» –déjenme crear la palabreja– en que nos hallamos.

¿Cómo puede negarse lo que verifica la simple observación de los hechos? ¿Cómo puede defenderse la gestión intelectual de una institución bicentenaria que en su larga existencia no incubó un solo aporte a la historia intelectual de Occidente? Es cierto que en ese país el señor Carlos de la Torre se convirtió en el primer malacólogo del mundo y mi pariente José María Heredia llegó a ser el más grande poeta romántico de lengua española, pero eso no indica que en Cuba hubiera ciencia o literatura. Hubo y hay intelectuales de primer rango, espíritus científicos

o escritores valiosos, pero no como el producto de una densa capa cultural sino como el resultado de la tenacidad y el talento individual de ciertas voluntades descollantes. Confundir a Finlay con «ciencia cubana» es algo así como tomar el rábano por las hojas. Suponer –por otra parte– que la obra de Martí, de Zenea o de Carpentier demuestran la existencia de una gran literatura cubana es un razonamiento tan arbitrario como suponer que Capablanca fue la predecible consecuencia del ajedrez criollo.

En primer lugar no podía haber una gran literatura cubana porque jamás cuajó ese estamento clásico que está presente en las pocas literaturas nacionales que existen en Occidente. No había un Siglo de Oro al cual referirse ni un linaje literario nacional capaz de abastecer al país de referencias propias. Nuestras musas invariablemente viajaban al extranjero para ser preñadas. Nuestros escritores desdeñaban a nuestros escritores con ese horror totémico que caracteriza a los pueblos pequeños. Ni iba Miguel de Carrión sobre la huella de Villaverde, ni Labrador Ruíz marchaba sobre la de Carrión, como hoy Cabrera Infante o Viera Trejo inscriben sus novelas o cuentos en unas coordenadas estéticas trazadas fuera del ámbito cubano. Hay magníficos escritores cubanos, pero la paternidad que reconocen –en literatura es el hijo el que reconoce al padre– es siempre foránea: Rimbaud, Faulkner, Hemingway, Camus, Baroja, Joyce, Borges, jamás otro compatriota. No había un patrimonio común o si lo había, nadie se servía de él. Lo que sí ha existido y existe es un notorio grupo de escritores, de magníficos escritores, lo cual es casi milagroso porque Cuba carecía de editoriales, de librerías y de bibliotecas, obligadas consecuencias de otra carencia aún más dramática: el país carecía de lectores. Y todo esto lo explicó, con su inmenso talento, mejor que nadie, Virgilio Piñera, en *Aire frío*, esa obra maestra del teatro cubano. La tragedia de ese Oscar, la tragedia de ese poeta culto y refinado –el propio Virgilio– muerto de hambre en medio de un Habana ciega y sorda al talento, fue la tragedia de Lezama, de Lino Novás Calvo, y de cuantos cubanos han incurrido en la funesta manía de pensar. El tejido nacional, sencillamente, los rechazaba como a elementos ajenos al sistema. ¿cómo se puede negar esto?

Y cuanto digo de la literatura, también es cierto con relación a la erudición académica. Las obras de Fernando Ortiz, de Ramiro Guerra o de Leví Marrero no se deben a una atmósfera cultural amorosamente abonada por la sociedad cubana, y mucho menos estimulada en el semiestéril

universo intelectual de la universidad cubana, sino a la indesmayable voluntad de servicio de ciertos *individuos* aislados e ignorados, que no recibían por sus esfuerzos otras recompensas que la íntima satisfacción de haber cumplido con ciertos deberes intelectuales.

Podría extenderme con los mismos razonamientos y con iguales conclusiones a otros aspectos de eso a lo que llaman «cultura cubana», pero no veo, francamente, la necesidad de la reiteración. Sólo falta, tal vez, una observación final: algunas personas, al refutar mis puntos de vista, me han llamado «plumífero traidor», me han remitido sin mucha imaginación al «basurero de la historia» y me han injuriado con no pocos insultos. Otros se han limitado a debatir respetuosamente. Para los segundos ya la mano franca y agradecida por sus comentarios. Para los primeros una mínima llamada de atención: estoy seguro que uno de los factores básicos de nuestra mentalidad social – ese *fatum* que nos condena, como pueblo, a la pobreza, a la tiranía y a la ignorancia– es esa irascible intolerancia que los cubanos suelen exhibir a ambos lados del estrecho de La Florida. Una sociedad culta –no un páramo en el que heroicamente sobreviven ciertos hombres cultos– necesita alentar las disidencias, cultivar la autocrítica y fomentar el diálogo civilizado. Sin esa actitud jamás abandonaremos el campanario maquillado con delirios de grandeza en el que hemos vivido. Martí solía decir «ser cultos para ser libres». A mí me gustaría invertir la proposición y añadirle dos palabras: ser libres (de intolerancias) para ser cultos. No hay otra manera.

PROYECTO PARA UNA NUEVA UTOPIA

Para poder afrontar su devenir con un mínimo de confianza y esperanza, cuando se vive en medio de la crisis, todo estado necesita que su más responsable *intelligentsia* formule un sereno juicio crítico sobre las ideas y creencias vigentes, identifique el rumbo o la pérdida de rumbo de la nación, y proponga, entonces, un nuevo proyecto de utopía que señale la singladura correcta. No doy a «Utopía», en este caso, la connotación de sueño irrealizable o vano, sino la de morada feliz en la que se cumplen los dos objetivos primordiales de cualquier estado: generar un flujo creciente de prosperidad y distribuir esa riqueza inteligentemente, con arreglo a la equidad y a la compasión. Es decir, doy a «Utopía» la significación de posible Arcadia si los hombres fueran justos, si sus actos fueran meditados, y si el azar los acompañare. Ya sé que en la práctica la historia no se desarrolla de acuerdo con las buenas intenciones, y sé que la sociedad no sigue el curso que en forma atropellada le trazan los ideólogos –esos pensadores *de lámpara* que decía Martí, como subrayando que ignoraban la luz del sol–, pero eso no nos exime de la última responsabilidad que cae sobre las mejores cabezas de un país destrozado: pasar un honrado balance del estado de las ideas y creencias, para presentar luego, sin desmayo posible, un nuevo presupuesto, una nueva definición de la felicidad nacional y de los medios para alcanzarla, aunque sin olvidar, ni por un momento, que la búsqueda de una forma superior de convivencia jamás justifica la imposición por la fuerza de modelos ideales de estado. A Utopía sólo se puede marchar por la persuasión y el libre albedrío, so pena de arribar al Leviatán totalitario.

Una visión en escorzo

No puedo y no quiero detenerme en la historia ideológica de Cuba, pero vale la pena trazar una rápida visión en escorzo. A principios del siglo XIX, cuando los criollos blancos de la Isla comienzan a manifestar su inconformidad con la realidad política y social del país, perciben los males insulares como el resultado de la torpe gestión colonial española. El éxito político, la Cuba utópica que procuran, se consigue terminando con la corrupción administrativa, logrando un régimen que garantice las libertades individuales, una apertura del estrangulado comercio exterior, el acceso de los criollos instruidos al aparato de gobierno, y un incremento de la inmigración blanca que equilibre el peso demográfico de los negros esclavos y libertos, para evitar la posibilidad de una revolución «a la haitiana».

Pocos años y muchos fracasos después –a mediados del XIX–, cuando se comprobó en La Habana que no se podía alcanzar un mejor destino en el triste papel de provincia ultramarina de un país crispado y arruinado por guerras terribles, sin la menor flexibilidad para ejercer sus responsabilidades coloniales –governaran en Madrid los liberales o los conservadores–, los criollos añadieron un elemento decisivo a los juicios de la generación anterior: la condición *sine qua non* para alcanzar la utopía tenía que ser la de romper amarras con Madrid y vincular la Isla a la pujante nación americana, que entonces, en medio de una explosión de progreso, avanzaba arrolladora hacia el sur y el oeste del continente.

Pero ese ilusionado proyecto de anexión durará escasamente dos generaciones. La amargura de las tropas mambisas del 68, que en el campamento de Agramonte se echaron al monte con una escarapela cubana en el hombro izquierdo, y la norteamericana en el derecho, ya se comprobó en el 95, cuando muy pocos líderes insurreccionales cubanos pensaban en algo que no fuera una república libre e independiente.

En el 98, al fin, el *Maine* hizo libre a Cuba, pero no absolutamente independiente. Con el crucero y los centenares de muertos, se hundió también el proyecto de una soberanía ilimitada, hecho que marcó ideológicamente a los cubanos, porque a partir de entonces, y hasta 1934, uno de los obstáculos que aparentemente impedían el pleno alcance de la felicidad nacional, era la existencia del derecho que asistía a los Estados Unidos a intervenir en nuestras disputas intestinas. No entro ahora a calificar esos hechos, puesto que en otros papeles me he ocupado del tema, y sólo me limito a consignarlos.

¿Cuáles fueron, en nuestra república, en síntesis, las avenidas que conducían a Utopía? En primer término, continuaba siendo válido el diagnóstico colonial: era indispensable eliminar la corrupción administrativa, sanear el poder judicial, poner a salvo la universidad del reñidero político, eliminar las reelecciones y los pucherazos, adecentar la vida pública mediante la eliminación del juego, y modificar las leyes de trabajo e inmigración. Es curioso, tristemente curioso, que el racismo decimonónico que hacía temblar a los cubanos blancos ante una posible haitianización del país, se conservara en el corpus ideológico de la nación, y se manifestara,

modificado, en 1934 con la orden de expulsión precipitada de decenas de miles de infelices inmigrantes haitianos y jamaicanos. Hoy, después de los horrores del episodio del Mariel, tal vez los cubanos estemos más capacitados para entender no sólo el daño que nos hacen, sino el que nosotros mismos, en algún recodo de nuestra historia, sin piedad ni miramientos, hemos hecho a otros seres humanos totalmente indefensos.

Con la revolución del 30, en fin, había surgido, vigoroso, el nacionalismo, y junto a él, precisando objetivos, modulándolo, irrumpía una cierta influencia marxista, patente desde 1925, fecha de fundación del partido de los comunistas cubanos. La utopía cubana tiene ahora un empaque aparentemente científico, basado en acreditados textos revolucionarios. A la prosperidad y la justicia se transitaba, como antes, por los mismos caminos señalados desde la colonia, pero se añadía además el objetivo de la cubanización de la economía, la promulgación de una reforma agraria, la diversificación de la producción y de las exportaciones, un mayor control estatal de precios y salarios y un papel mucho más vigoroso del estado de la dirección de la economía y la sociedad. Se apoderó de los cubanos la generalizada creencia de que la prosperidad aumentaba en la medida en que creciera el poder regulador del gobierno, pero a esa dudosa premisa en beneficio del estado *fuerte*, los grupos más radicales añadieron ciertas supersticiones: a Utopía se llegaba, además, eliminando la presencia extranjera y sustituyendo las corruptas élites capitalistas por la pureza inmaculada de los revolucionarios jacobinos.

Esa es, sucintamente, la carga ideológica que hereda Castro en 1959, y que le señala su camino de Utopía. Pero una vez en él, a los pocos meses de iniciada la revolución, Castro descubre que trae pocas alforjas para su largo viaje revolucionario, y decide, a espaldas del pueblo, acogerse al modelo de estado comunista, única coartada ideológica que le permitiría el ejercicio *sine die* de la dictadura personal dentro de un marco teórico coherente. El resto de la historia nos es dolorosamente familiar, de manera que prescindo de insistir en él. Me interesa más saltar a 1982, a nuestro minuto histórico.

Hoy ocurre algo terrible e inédito en nuestro país: la experiencia castrista ha sido tan devastadora que ha dejado a la nación sin derroteros ideológicos, sin caminos previsibles para alcanzar Utopía. Castro, ensayando hasta el agotamiento todo el recetario ideológico de que disponían los

cubanos, ha desterrado del corazón de sus compatriotas la esperanza en el logro de un país próspero y justo, ahogando en el mayor descrédito siglo y medio de reflexiones políticas y docenas de sobrios proyectos torpemente ejecutados por la *nomenklatura* cubana, mientras cerraba a cal y canto el surgimiento de cualquier fecunda disidencia en la concepción del destino de la nación. Es como si a la Isla le hubieran impuesto la fatídica advertencia que Dante colocaba a la puerta del infierno: *aquí yace toda esperanza*. Se admite en privado, por los personeros del régimen, que el comunismo ha fracasado cruel y estrepitosamente, pero no se presenta ni se tolera ninguna alternativa de rectificación, como si se hubiera abierto paso la triste convicción de que el país, simplemente, es inviable.

La piedra angular de un proyecto utópico

Y eso no es cierto. Todo este largo preámbulo es sólo para llegar a pronunciar esta tajante afirmación: eso no es cierto. Cuba es viable. Pero a renglón seguido debemos reconocer, humildemente, que tal vez todos nuestros proyectos de utopía, desde Félix Varela hasta Fidel Castro, han estado lastrados por un fatídico error: basaban sus hipótesis en una equivocada apreciación de la realidad cubana. A lo largo de los años todos nuestros ideólogos han supuesto que lo que separaba a los cubanos de la prosperidad y la justicia eran defectos en la normativa jurídica, o en la estructura económica del país, o en la compleja trama de intereses internacionales en la que Cuba se veía sujeta y limitada. Se suponía que los males que aquejaban a los cubanos yacían fuera de los propios cubanos, un poco como el *fatum*, el inexorable destino de los griegos, radicaba en la caprichosa voluntad de las deidades olímpicas. Y yo creo que la experiencia nos dicta una enseñanza contraria a esa percepción: el problema esencial de los cubanos, el núcleo dramático de donde derivan todos nuestros quebrantos, está en nosotros mismos, en nuestra mentalidad social, proclive siempre a la violencia, opuesta a la moderación, incapaz de negociar compromisos, insolidaria con el prójimo, víctima contumaz de la improvisación y del repentismo, negada siempre al cauteloso diseño de proyectos de largo alcance. El pertinaz fracaso de nuestras instituciones es el esperable producto del fracaso de cada uno de nuestros ciudadanos. Es la consecuencia del fracaso de cada uno de nosotros, a lo largo de toda la república, como ciudadanos responsables de formar y proteger el bien común. No podemos continuar buscando en factores externos las razones de nuestra relativa pobreza

material, a la parcial falta de justicia y la cruel violencia de nuestra sociedad. Es cierto que la torpeza del marxismo puede hoy explicar la penosa situación de Cuba, pero no explica los fracasos de ayer y no explicará las desdichas de mañana, cuando ensayemos otros modelos de estado, una vez terminada la pesadilla del fidelato. El problema está dentro, muy adentro, y el trayecto más corto a Utopía, consiste, en primer lugar, en corregir nuestra mentalidad social. Ya no es posible justificarle a nuestro pueblo el horror de la sociedad cubana con argumentos extraídos de la economía o de las ideologías políticas. La revolución que hoy nos toca proponer es la más difícil de cuantas puedan ofrecérsele a un pueblo, porque nos está vedado el halago fácil o la imputación de responsabilidades a fuerzas ajenas a nuestro medio social. Ya no nos queda otro recurso que la más consternada sinceridad. No hay tarea más ingrata, pero tampoco más urgente, que la de convocar al examen implacable de nuestra propia mentalidad social hasta que asumamos, con toda humildad, la conciencia de nuestros errores de comportamiento. La democracia no es el producto de un frío acuerdo político, y la prosperidad no es el resultado de una correcta organización económica sugerida por los libros de texto. Una y otra son la consecuencia de una cierta mentalidad social. Ni siquiera es verdad que un país, para ser democrático, tiene que traspasar cierto umbral de riqueza, porque ahí está el ejemplo contradictorio de la India, donde la complejísima trama social y la pobreza extrema y endémica no han logrado demoler el modelo democrático de gobierno. No puede aceptarse, tampoco, que las peculiaridades naturales de Cuba condenen a la Isla a la pobreza. El examen frío de los datos también puede negar la prosperidad a un país como Japón, superpoblado, carente de energía, fragmentado en centenares de islas y recientemente devastado por las bombas atómicas. La viabilidad de Cuba como nación próspera y justa, sólo depende de la voluntad de rectificación de los cubanos.

Esto quiere decir, en síntesis, que la revolución que hay que proponerle a nuestro pueblo es la más singular de cuantas se han propuesto: una revolución psicológica, íntima, personal. Con la misma convicción que los cubanos de los años cuarenta y cincuenta creyeron que el camino a Utopía pasaba por la honradez en el manejo de la cosa pública, hoy hay que convencerlos de que no existe solución colectiva a nuestros males si antes no se pone en marcha una profunda modificación de la conducta individual. Esta revolución, obviamente, no es política, y ni siquiera ética, en su estricto sentido, porque no se trata de convertir cubanos malos en buenos, sino de

predicar y prescribir el tipo de conducta personal en el que puedan florecer la democracia y la prosperidad. La democracia sólo puede cultivarse en el diálogo pacífico, en la tolerancia y en la voluntad de compromiso. La prosperidad inevitablemente surge en un prolongado clima de orden, autodisciplina y previsión. Irónicamente, en estas complicadas cuestiones de estado no hay más secretos que esas simples verdades de Pero Grullo. No me refiero, por supuesto, a la resurrección de aquella frankensteiniana operación de construir «hombres nuevos» que propuso el Che Guevara, originada en la acción impetuosa del estado, impuesta desde fuera por el aparato coactivo del poder, sino a una modificación del quehacer ciudadano producida por la voluntaria admisión de un desolador diagnóstico: o cambiamos nuestra mentalidad o estamos permanentemente condenados al fracaso.

Tal vez ahora sea pertinente preguntarse, por qué existe ese foso lamentable entre la mentalidad social que padecemos y queremos modificar, y el modelo político, social y económico en el que queremos vivir. La respuesta a esta pregunta es muy difícil, pero yo me atrevo a aventurar una hipótesis: la democracia, como sistema político, y la búsqueda de la prosperidad y el progreso, como objetivos del estado, son el producto de la evolución de ciertos pueblos del norte de Europa, que asumieron esos rasgos de convivencia tras milenios de lenta evolución. Esas sociedades, al cabo, han terminado por imponer sus valores a la casi totalidad del planeta, y nosotros no somos la excepción. Nuestros valores políticos y sociales, la definición que aceptamos como válida de las palabras libertad y progreso, no han sido cocidos en el horno milenario en que se formó nuestra mentalidad social. Hemos asumido los valores, pero no la psicología que los engendró. Eso nos sitúa en una clara alternativa: o renunciamos a los valores o modificamos nuestra psicología. Las dos operaciones son difíciles y dolorosas, pero la segunda me parece más razonable. El grado de homogeneidad a que ha llegado la civilización no deja oportunidad para escapar a la fuerza centrípeta que ejercen los centros directores del planeta. En Cuba, a noventa millas de los Estados Unidos, es prácticamente imposible huir del influjo de ese modelo político y social, lo que nos precipita al reconocimiento de unos hechos incontestables: es absolutamente indispensable aprender a jugar el juego sosegado de los pueblos orientados en la dirección de la democracia y el progreso. Y ese aprendizaje sólo puede realizarse mediante una radical modificación de nuestra conducta ciudadana. Hay que convocar a los cubanos a una revolución del hacer y el quehacer personales.

Esta puede ser, en definitiva, la piedra angular sobre la que acaso deba fundarse nuestra nueva utopía. Tiene la bastedad y la rudeza de las primeras reflexiones, y a todos corresponde la lenta tarea de pulirla, rebajarle los cantos y ajustarla a la realidad cotidiana, hasta que sirva de sólido cimiento a un extenso y detallado proyecto nacional que encauce nuestro común destino. Sé que mis palabras más se parecen a los mensajes religiosos que a los políticos, porque van dirigidas al corazón de cada cubano, y llevan implícitas el reconocimiento de que en todos nosotros existe una culpa original, y la proposición de un tipo de conducta que nos redima, y la promesa, al final del dédalo de la historia, de una gloriosa resurrección de la patria como compensación a los sacrificios personales, pero es posible que los hombres de nuestra tierra entiendan ese lenguaje, porque al fin y al cabo les resultará entrañablemente familiar. En todo caso, las reflexiones recogidas en estos papeles, este primer esbozo de una nueva utopía, encajan perfectamente en los más nobles objetivos que puedan concebirse: decirles a los cubanos que Cuba es posible. Decirles que todavía existen caminos luminosos. Pedirles que no renuncien nunca a la esperanza.

ASUMIR LA HISTORIA, RESCATAR LA REPÚBLICA

El primero de enero de 1959 todos creímos que se hundía el batistato. Y no era cierto. Se hundía la República, nuestra doliente república, difícilmente surgida en 1902, después de medio siglo de sacrificios. El castrismo se proponía, secretamente, poner en marcha una profunda tarea de descrédito de nuestra historia republicana, como si los casi sesenta años transcurridos desde el 20 de mayo de 1902 hasta el año nuevo del 59, no hubieran sido otra cosa que un deleznable interregno entre la gloriosa gesta mambisa y la gloriosa gesta de la Sierra Maestra.

Comenzar en cero

Castro se proponía hacer tabla rasa de la historia republicana, borrarla, enterrarla e inaugurar una etapa sin vinculaciones con el pasado. No se trataba de liquidar a Batista, sino de liquidar a Prío, a Grau, a Bru, a Céspedes, a Hevia, a Machado, a Zayas, a Menocal, a José Miguel Gómez, a Estrada Palma, porque ni siquiera se ha salvado del desprecio aquel viejo maestro, honesto, bueno y terco que inauguró la República con más patriotismo que suerte. Nada ha quedado en pie. A los niños se les enseña que la «república», siempre escrita entre comillas, no fue más que un fangoso cenagal, mediatizada por la influencia yanqui, expoliada por políticos deshonestos y empobrecida por la codicia de los capitalistas. La historia digna, limpia e independiente, comenzaba la madrugada del primero de enero de 1959, con un padre de la patria, Castro, que sólo admitía a su misma altura un inevitable compatriota: Martí. O cierto Martí: el Martí de las siempre mal citadas frases antiyanquis.

¿Por qué esa operación de escamoteo de la historia? En primer lugar, me temo que los peores caudillos revolucionarios padecen el mismo lamentable síndrome: querer hacer añicos el pasado. Querer iniciar la historia para no compartir la gloria con los antepasados. Querer ser el punto de partida de una etapa. Querer ser como un pequeño Dios que ordena el caos de la nada, que hace la luz con una escueta orden, que crea un mundo nuevo en siete días con sus siete noches de delirante génesis revolucionaria. ¿Cómo Castro, con infinita egolatría, no iba a ceder a la tentación de erigirse en Dios-Creador de un mundo inmaculadamente virginal? Cuando se pertenece a una historia lineal y vinculante se entra, necesariamente, en una trama de valoración jerárquica dictada por la tradición institucional. Un Castro inserto en la historia republicana estaría a la derecha, a la izquierda, arriba o abajo de Batista, de Prío, de Zayas, de Laredo Bru,

pero no podría evitar que las coordenadas por las que se le juzgara pasaran por las líneas invisibles de los hombres que le precedieron. Esa obligada servidumbre de cualquier sistema de valoración es una rotunda humillación para un hombre como Castro. Castro no es el *primo inter pares*, sino el *primo* a secas, el primero y único, sólo sujeto a la reverencia martiana, porque no hay cubano, ni siquiera Castro, que se atreva a reclamar mayor grandeza que la del Apóstol. Las enfermizas urgencias psicológicas de los caudillos mesiánicos, no sólo los incitan a proyectarse hacia el futuro en busca de la gloriosa posteridad, sino además los llevan a intentar destruir el pasado, porque el sentido último del descomunal esfuerzo que realizan, es el de quedar solos en la historia, clavados, inmóviles e inmortales, sin nadie detrás, sin nadie delante, con el yo colosal elevado por encima de todos y de todo. Hay algo ciertamente lamentable en esa patética batalla de los caudillos mesiánicos. Esa psicología pugnaz, perpetuamente condenada a competir por crecientes parcelas de poder y de gloria, esa siquis que no descansa en su búsqueda de singularidad, y que aleja la meta cada vez que se aproxima a ella, porque ya no le alcanza lo que obtiene, está inevitablemente condenado a la frustración. Tal vez algunos de ustedes se sorprendan por esta afirmación, pero estoy convencido de que Castro está hoy tan lejos de la sensación del éxito personal, de la noción de haber vivido una existencia fructuosa, como cuando no era más que un universitario revoltoso, porque los objetivos vitales que Castro persigue, y los hombres contra los que compete, se mueven incesantemente en la línea de un inalcanzable horizonte.

La odiada república

Sin embargo, pese a lo monstruoso que parezca, Castro no está solo en su tarea de odiar y destruir la historia republicana. Castro ha contado con la indirecta complicidad de muchos cubanos que crecieron, que crecimos, detestando la breve historia de nuestra república. Tal vez nunca supimos hacer esa fina y necesaria distinción entre los hombres y las instituciones. Entre el presidente que autorizaba o condonaba un hecho censurable, y la muy respetable presidencia; entre el legislador venal o el juez corrompido, y el respeto a la ley. No se enseñaba, en Cuba, ciertamente, a discriminar entre la actuación de los hombres y el espíritu de las instituciones. Y eso era grave, porque la firme permanencia de las instituciones acaba por domar las faltas de los hombres. ¿Qué eran, en el orden político, aquellos Estados Unidos que Martí describe en sus

admirables «Escenas norteamericanas», sino una república encharcada en los peores vicios? Había robos, cohechos, malversaciones, fraudes electorales, violencia. Pero todo ello, en gran medida, se fue corrigiendo porque los norteamericanos han tenido, a través de doscientos años, la afortunada posibilidad de seleccionar continuamente a los administradores del patrimonio común, mientras veían robustecerse a las instituciones. La práctica política norteamericana de hoy no es ni remotamente perfecta, pero es infinitamente mejor que la de hace cien años, y considerablemente más honrada que la de hace medio siglo. Contrario a la aseveración del poeta, en política, por lo menos en política norteamericana, cualquier tiempo pasado fue peor.

Mal, muy mal, hicimos todos en denigrar el ámbito institucional en el que nos movíamos. Las instituciones de la República debieron estar siempre por encima del juicio contra ciertos condenables actos de nuestros gobernantes, y aun cuando se actuara frente a la ilegalidad electoral de Machado o el golpismo de Batista, el norte debió ser la rápida restauración del marco institucional y no la creación de un orden nuevo, porque el costo social y humano de erigir un orden nuevo casi siempre resulta insoportable. Cuando yo era un chiquillo de quince años, en medió del vendaval revolucionario del 59, solía justificar lo que ocurría con un sonsonete que entonces repetía mecánicamente, pero supongo que sin entender del todo sus graves consecuencias: «la revolución es fuente de derecho». Hoy me doy cuenta que eso, precisamente, es lo malo de las revoluciones: que son fuente de derecho, porque el derecho debe ser el producto de la sosegada evolución de las costumbres, o del pacto civilizado entre los hombres, y no el arbitrario resultado de la inconsulta voluntad de los vencedores. Cuando hace unos momentos proclamé mi personal devoción por Carlos Márquez Sterling, no fue por un mero ejercicio de cortesía retórica, sino porque intuyo que en 1958 este valeroso político, frente a la mayor parte de la opinión pública, incluso la mía de entonces, se dio cuenta que era preferible remendar humildemente la maltratada armazón institucional de la nación, antes que correr los riesgos de derribar toda la estructura.

Y el tiempo ha demostrado que tenía razón. No puede un país jugarse alegremente su destino por amor a la efímera gloria del sacrificio heroico. No hay virtud política alguna en lanzar una revolución tras otra, una convulsión tras otra, porque la política debe ser el arte del compromiso, la concesión mutua, la negociación serena. Es difícil en un país como el nuestro, en el que

incesantemente se le rinde culto a la violencia, defender la lenta pero incruenta evolución de la sociedad, pero ojalá, si algo aprendemos tras la experiencia castrista, esto sea una doble lección, cuya primera parte nos inculque el supremo horror a la violencia, y la segunda nos enseñe a asumir humilde y responsablemente nuestra historia pasada, con todas sus flaquezas, con todos sus errores y con todos sus aciertos, porque esa historia, cualquiera que sea, es la única arcilla con que contamos para la edificación de una patria madura, civilizada, esto es, humanamente habitable.

Asumir la república

Cuando llegue el día de la libertad, y tengamos que enfrentarnos, otra vez, a la grave tarea de contribuir a organizar la convivencia entre los cubanos, debemos dar nos cuenta que es mala cosa inaugurar segundas, terceras o cuartas repúblicas. Hay que asumir el pasado de una manera vinculante, y entender que ni Gómez, ni Menocal, ni Zayas, ni Machado, ni Batista, y ni siquiera Castro, son fenómenos extirpables de nuestra vida histórica. Mientras analicemos nuestro pasado con ese infantil maniqueísmo que divide nuestras crisis políticas, en cubanos buenos y cubanos malos, en patriotas y en vendepatrias, en tiranos y en libertadores, estamos condenados a insistir en los errores. Nuestra historia, como la de todos los países, ha sido llevada a cabo por hombres de carne y hueso, que unas veces actuaban con acierto y altruismo, y otras veces erraban y contribuían al perjuicio colectivo. No puede olvidarse que el lamentable machadato fue la obra de muchos de los gloriosos mambises de nuestra Guerra de Independencia. No puede olvidarse que el desafortunado batistato fue el producto de numerosos revolucionarios del 33. No podemos ignorar que el castrismo que devino dictadura, represión e ignominia, ha sido el fruto de aquellos valerosos e idealistas muchachos que se alzaron contra los abusos y arbitrariedades del ilegítimo gobierno de Batista. Porque cuando uno reflexiona someramente sobre la historia de Cuba, lo primero que percibe es la dolorosa evidencia de que el oprimido de hoy es siempre el opresor de mañana, como en una pesadilla circular en la que los héroes y los tiranos se mezclan y confunden en un continuo baño de sangre que no cesa, que no restaña, que no cicatriza.

A la república, pues, hay que asumirla toda, con un juicio sereno que no intente exculpar, pero sí entender. Un juicio que parta de la responsable premisa de que la más importante tarea de los

hombres de gobierno no es reclamar la cabeza del adversario derrotado –esa despreciable actitud jacobina– sino preservar la convivencia pacífica de los ciudadanos, regular persuasivamente sus conflictos e impedir que las pasiones encarnen en la violencia. La justicia es muy importante, pero sólo será eficaz si se ejerce flexiblemente y en la dirección de la generosidad y la comprensión. No hay en esto la menor dosis de sensiblería, sino el más astuto cálculo político. Cuando regresemos –porque regresaremos– no debemos pensar, nunca más, en comenzar de cero. Nuestra historia es la que es, con sus criollos esclavistas, con sus anexionistas, con sus autonomistas, con sus tibios reformistas, con su Enmienda Platt, con sus políticos, unas veces gloriosos, otras veces condenables, con sus revolucionarios transformados en carceleros, con sus defectos y virtudes. Nada debe excluirse, nada debe borrarse. Bueno o malo, bueno y malo, es el patrimonio común y la sustancia que conforma nuestro presente y que nos permitirá elaborar nuestro futuro.

Será dentro de un año, dentro de cinco, dentro de veinte, tal vez más tarde, pero regresaremos. Para entonces, los que sobrevivan, o los que estén dispuestos al viaje de retorno, tienen todavía otra patriótica tarea que realizar en el exilio: serena y respetuosamente, sin odios, sin rencores, como se sirve a la patria, amorosamente deberán recoger los huesos del general Machado en Coral Gables, los huesos del general Batista, en España, los huesos de Miró Cardona en San Juan, los huesos de Prío en Miami, los de Urrutia en New York, para enterrarlos a todos, de una vez y por todas, en el suelo que les vio nacer. Ese día, ese santo día del perdón y el olvido, ese día adulto de asumir la completa historia del país, será el día de jurar que lucharemos para que nunca, nunca más, un cubano tenga que morir bajo el sol ajeno.

EL PENSAMIENTO DE JOSÉ MARTÍ

La veneración a Martí es una de las fuerzas centrípetas de la nacionalidad cubana. Tal vez, junto a la insularidad que fatalmente otorga la geografía, el martianismo que dan la tradición y la cultura cubana sea el otro gran elemento cohesivo del ser cubano. No es extraño que Martí sea el único punto de referencia que ni tirios ni troyanos combaten. Para los cubanos todo es discutible, todo es parcelable en antagonismos, menos la figura del Apóstol. Esta subordinación total y absoluta se explica en el fenómeno mencionado: negar a Martí es tanto como renunciar a un ingrediente –tal vez el básico– de la cubanía. No es extraño que los elementos más opuestos, los caracteres más distantes, las ideologías más antagónicas, cuiden siempre de acreditarse como «martianos». Los cubanos pueden ser liberales o conservadores, derechistas o izquierdistas, radicales o moderados, pero, en cualquier caso, tienen, insoslayablemente, que mostrar su adhesión a Martí. Este ritual –a veces grotesco, por lo que tiene de profanación–, es un inexorable requisito de esa liturgia política.

Hace unos años, cuando, a pesar de todo, el país no se había dividido en dos bandos irreconciliables, la cita con Martí se circunscribía a una reiteración del testimonio nacional de respeto y veneración. En cambio, de un tiempo a esta parte, Martí se ha convertido en un instrumento de lucha. Ha cobrado nueva vida. Ha reactualizado su vigencia. Ha dejado de ser la sombra paternal de la República para ingresar en un plano mucho más inmediato. Es importante saber cómo obraría Martí; cómo condenaría; cómo aprobaría; cómo sancionaría la actual coyuntura histórica. Si fuera posible convencer a todos los cubanos, convencerlos sin lugar a duda, de que Martí militaría en tal o más cual bando, el sector que lograra su afiliación, automáticamente desguarnecía de contenido ético a sus rivales. Aquella tonadilla de principios de siglo que señalaba que «si Martí viviera otro gallo cantaría» es mucho más que una patética ingenuidad: es la confesión de la absoluta confianza en las decisiones del Apóstol, la subordinación a sus innegables atributos de estadista o a su probada buena fe.

Bien: queda fijada esa extraña relación entre Martí y el pueblo cubano. En alguna medida Cuba es un país en torno a un hombre. Esta circunstancia, paradójicamente, va a producir un curioso resultado: los cubanos saben poco de Martí. Es decir, saben lo que conlleva a reforzar esa simbiosis Martí-nacionalidad. Saben que fue un poeta; que fue periodista; que vivió desterrado; y que en el destierro organizó el capítulo definitivo de la larguísima Guerra

de Independencia –que no fueron tres, sino una, fragmentada por las contingencias. También saben los cubanos que Martí albergó un espíritu noble; que sufrió estoicamente prisión y fracasos; y que, a trechos, en medio del vendaval, pudo amar tan intensa como sinceramente. Hasta aquí la imagen popular del Apóstol. Con eso basta para alimentar el vínculo secreto. Lo demás, que es lo sustancial, es cuestión de especialistas. No sólo de especialistas martianos, esto es, de eruditos patrióticamente ligados al objeto de sus estudios, sino también de especialistas más o menos objetivos.

Todo este preámbulo era necesario a los efectos de sustentar lo siguiente: la carga emocional que rodea la figura de Martí la hace inaccesible a la mayor parte de los cubanos. La panorámica que desarrollaré trata honradamente de saltar sobre este obstáculo y brindar lo que a mi parecer fue el pensamiento martiano. No intentaré repetir sus hazañas o contar su archisabida biografía; tampoco se trata de hacer un discurso patriótico, sino de anotar las directrices cardinales del pensamiento de Martí. En las medidas que se logren conocer las ideas de Martí, su visión de la realidad y su interpretación de lo abstracto, se estará contribuyendo a despejar incógnitas hoy extrañamente acuciosas.

Antes de explicar, pormenorizándolo, el pensamiento del Apóstol, veremos –y esto es ineludible– la estructura que lo sustenta y que, en rigor, lo determina. No es posible seriamente hablar de pensamiento filosófico, político o religioso como si se trataran de entidades individuales con sus particulares fuentes de oxígeno. Esto nunca es cierto: primero se forma una estructura, digamos, mental, a partir de la cual, y sobre este molde, se espesa el tejido ideológico en cualquiera de sus variantes; esto es, en lo político, en lo religioso o en lo filosófico. Con un rigor implacable –que no otra cosa es la congruencia–, esa estructura determina el signo y el peso específico de estos sectores ideológicos, a los que luego iremos delimitando. Ahora vamos a lo ineludible: la estructura básica, ese primer plano mental del Apóstol.

La estructura

En la adolescencia Martí tuvo un maestro excepcional: Rafael María Mendive. Mendive ejercía sobre sus discípulos una especie de magisterio moral que iba mucho más allá de la mera transmisión de la cultura. Mendive era un ejemplo viviente. Un modelo; y, para el adolescente Martí, la autoridad indiscutible en todos los órdenes de la vida. La adolescencia –Goethe insistió en ello– es la etapa culminante de la formación. Lo que el hombre en definitiva será es lo que su adolescencia le permita ser. Tal vez ser adulto no sea otra cosa que cumplir, o no cumplir, con los proyectos que la niñez, y sobre todo, la adolescencia, potenciaron.

Esto de que los maestros fueran formadores de hombres y no meros informadores, no era nuevo en Cuba. Antes bien, Mendive continuaba toda una brillante tradición de Maestros – con mayúscula–, es decir, maestro en el sentido más ancho de la palabra. En Cuba, a partir de José Agustín Caballero, desde fines del siglo XVIII, se comenzaron a desarrollar focos culturales en torno a mentores excepcionalmente brillantes. Generación tras generación estos pequeños grupos logran articularse sobre goznes humanos que no se conformaban con debatir abstracciones filosóficas, sino que también predicaban en la esfera urgente de lo cotidiano. A José Agustín Caballero no le bastaba con uncir el pensamiento filosófico moderno al carro de la cultura cubana, lo que es de suyo importante, sino que influía en la formación y conducta de sus discípulos. De su forja surgió el padre Varela. También Varela fue Maestro con mayúscula. También, entre Descartes y Pascal, supo hablar de honradez, de patria, de rectitud y de moral, de decencia y de integridad, de la hombría de bien y del compromiso con el deber. Puede decirse que la conciencia cubana –la cubanía– surgió al conjuro de esas palabras. La ética a veces tiene su fórmula de magia blanca.

Luego sería Saco; más adelante, Luz. José de la Luz y Caballero es ya una impresionante síntesis entre el filósofo y el santo laico. De Luz y Caballero quedan los volúmenes de sus escritos filosóficos, pero, claro, se ha perdido lo que más impacto hiciera en los jóvenes que se formaron de su barro: sus hermosos y encendidos discursos en defensa del decoro, la honradez, la inteligencia insobornable y la justicia. Entre sus discípulos había uno que

absorbía la lección y el estilo: Rafael María Mendive. Esto supo Mendive transmitir a Martí. No tanto la formación académica; no tanto la filosofía en cuanto a Ontología se refiere sino en cuanto a Axiología.

Toquemos el tema de nuevo: Mendive es el eslabón que enlaza a Martí con el tronco de la mejor cubanía. Esa cubanía surgía como una consecuencia del contacto entre una serie de Maestros ilustres y sus discípulos. Estos Maestros proyectaban una imagen vital de evangelización laica. Eran, dentro de sus particulares dimensiones, apóstoles. Mendive fue uno de ellos. A Mendive debe Martí que aquella estructura mental básica de que hablábamos hace un rato, fuera de textura moral. Es decir, el cañamazo del pensamiento martiano, la piedra miliar de su ideología, la clave de sus ideas, serán dados por su estructura de valores, a la cabeza de los cuales, definiendo el resto, se inscriben los de contenido ético.

La primera sospecha que trae esta afirmación que acabo de hacer viene no sé si de la Filosofía, o –como mejor me inclino a creer– del lenguaje un poco mezquino de que fatalmente se sirve la Filosofía. He dicho que en el principio eran los valores éticos. Sobre ellos recortará Martí el resto de su pensamiento, hacia ellos, en su procura, disparará Martí todo su quehacer vital. Ellos –los valores éticos– serán esencia, pero ocurre que los valores «valen», no «son». Por estructura de valores se entiende el orden de prioridades con que el hombre se relaciona con las cosas y con las ideas. ¿Es posible trasmutar lo que no es más que un sistema de medición de cosas e ideas, en las cosas y las ideas mismas? Sí, porque, a pesar de Scheler y Ortega, no estoy tan seguro de que los valores «valen» y no «son». Para Martí, los valores son esencia y objetivos. Ahora lo veremos.

Cosmovisión martiana

Hay una palabra del alemán que se posó en nuestra lengua y nadie ha querido espantarla; españolizando su fonética suena más o menos así: Weltanschauung. Weltanschauung es mucho más que «Cosmovisión», «mentalidad social» o «visión general». Es todo eso y un poco más. Es algo así como la actitud con respecto al Universo.

Analicemos la de Martí. Empecemos por decir que Martí postulaba una visión antropocéntrica del cosmos. Para él el hombre es el centro del orden cósmico y la justificación de todo lo creado. Esto está mantenido sin jactancias ridículas, antes bien, interpretando este rol como una responsabilidad insoslayable. No se trataba de una gracia otorgada, sino de una encomienda a llevar a cabo. Toda cosmovisión presupone un orden, orden es jerarquía y la jerarquía, vista por el anverso, enseña el rostro amable de los privilegiados; mientras que por el ineludible reverso se asoman las servidumbres. El privilegio de ser hombre –y de ser centro– para Martí tenía su precio, tenía sus dolorosas servidumbres. Para el Apóstol, el orden cósmico en que el hombre quedaba inserto era satisfecho en tanto y en cuanto el hombre actuaba con rectitud, con honestidad o con hidalguía. Obrar bien era un deber, pero no sólo con sus semejantes, sino con la Creación entera. Como la Tierra gira sobre su eje cada veinticuatro horas; como la luna cumple con su eclipse o el Sol con su equilibrio; el hombre, con el acatamiento del deber, se engarza adecuadamente en la maquinaria cósmica. Cuando Martí hablaba de la imperiosa necesidad de sujetarse a los deberes éticos, cuando obedecía su propia conciencia, sentía que no de balde pasaba por el mundo; sentía que concurría a las servidumbres que le imponía su oficio de hombre. Ser hombre duele, y en la medida que duela, se es hombre. El eje de la creación pasaba sobre las espaldas de los hombres; pero ese eje, que dignificaba, que honraba, que concedía privilegios, pesaba incalculablemente, llagaba, hería o, como luego atestiguara el manigal de Dos Ríos, alcanzaba a matar. El temor de no haber sido lo suficientemente claro me obligaba a repetir la proposición: tal vez invirtiendo el trayecto, Martí dedujo su cosmovisión de sus valores éticos, vislumbrando un orden natural en que el hombre ostentaba el centro, pero que al mismo tiempo le exigía el estricto cumplimiento de un código ético, es decir, el acatamiento alegre de penosos deberes, definidos siempre dentro de los esquemas clásicos de la civilización cristiana. He mencionado a Cristo y aprovecho la coyuntura para pasar –no para saltar–, para transitar suavemente a una idea contigua: la idea religiosa.

La idea religiosa

Tras haber perfilado lo que fue la cosmología martiana –que arrancamos escrupulosamente a su obra y no a nuestra imaginación– es inevitable arribar a la siguiente conclusión: Martí fue un espíritu tremendamente religioso. La espina dorsal de toda creencia religiosa es gemela a la que sustenta la cosmología del cubano: un orden universal, del cual el hombre es centro y al que ese hombre le debe cierto tipo especial de comportamiento. Por otra parte, al suponer que el humano es el centro de la creación, Martí le confiere trascendencia; y al cabo, no es difícil hacerlo, recipiente de algo que le sobreviva, es decir, un alma inmortal. Hay un orden universal que obedece a Dios –del cual nunca Martí parece dudar–; hay un hombre trascendente; ese hombre tiene un alma; y ese hombre, para conjugarse adecuadamente con el resto de la creación, está obligado a cierta conducta. ¿Se puede concebir un espíritu más religioso? ¿Le falta a Martí algún requisito para que podamos llamarlo «espíritu religioso»? Ni siquiera le falta la militancia religiosa, pero de eso hablaremos más adelante, porque se trata de una militancia sui géneris, especialísima.

Martí, además de este dualismo que hemos descrito, era profundamente cristiano. Pero era cristiano en el único sentido que le permitía su estructura mental: era cristiano en un plano puramente ético. Mejor aún: sus valores éticos enraizaban –no podía ser de otro modo– en el cristianismo. El perdón, la renuncia a la vanidad, el compromiso con la suerte de los humildes y, por sobre todo, el amor, era una funda a la medida para la concepción martiana de la existencia.

¿Por qué renunció a su confesión católica? ¿Por qué no militó en el protestantismo? No fue, como dicen algunos, por su incapacidad para transigir con los dogmas, porque a su manera, como todo el que tiene y sostiene creencias al margen de la razón, Martí fue dogmático. Si creía en la existencia de Dios, en la trascendencia del hombre y en la supervivencia del alma, creía en todo lo fundamental; el resto, claro, es accesorio. Si abandonó el catolicismo desde muy joven y luego no se adhirió al protestantismo –excluyó otras religiones porque nunca serían una opción razonable dentro de la circunstancia martiana–, fue porque las iglesias cristianas organizadas se habían alejado precisamente de la ética del cristianismo. Es un

evidente hecho histórico que la oficialización del cristianismo por Roma, en el siglo IV, inició una gradual ruptura entre la sencilla ética cristiana y la propia estructura de la Iglesia que dura hasta nuestros días, aunque es de justos señalar los crecientes esfuerzos que desde 1891, año de la promulgación de «Rerum Novarum», hace la Iglesia por reencontrar sus raíces. Todos los reproches que Martí le hace al catolicismo se impulsan en las contradicciones de la propia Iglesia. Hubiera podido ser católico o protestante, hubiera podido militar en una iglesia organizada, si la organización no pugnara con sus valores éticos. Martí acudió a la cita con la cavidad religiosa lista para ser satisfecha. El catolicismo o el protestantismo faltaron, pero acertó a pasar otra religión, otra religión, que, según veremos, cuadraba a los objetivos de Martí: el patriotismo.

La religión del patriotismo

Voy a utilizar las palabras de Martí: «La patria es agonía y deber». Aquí va otra afirmación llena de riesgos: lo menos nítido del pensamiento martiano es su idea de la patria. El *leitmotiv* de Martí, quién lo duda, fue la libertad de Cuba. Martí confesaba que sólo era intransigente en lo tocante a la libertad de la patria. Pero queda desafiante la pregunta: ¿qué era la patria para Martí? Vuelvo a retomar las palabras del Apóstol: era agonía y deber. Era un vehículo para entregar todo el esfuerzo creador; era una manera de sacrificarse, hallando en el sacrificio el ejercicio pleno de la hombría. La patria era una forma de cumplir con el deber de cada hombre. Cumplir con el deber es acatar todos y cada uno de los valores éticos. Aquí hay una inversión de la concepción social que pasmosamente ha pasado inadvertida a los estudiosos. Hasta Martí, la asociación entre los hombres era el resultado de la búsqueda del bien común: las libertades que se inmolaban eran una consecuencia de esta búsqueda. Martí, siempre abroquelado en su castillo ético, invierte los términos: los hombres se asocian para el sacrificio, que, como consecuencia, traerá el bien común. Pero lo primero es el sacrificio. La patria, claro, es agonía; es, claro, deber. Ahora es pertinente una digresión. ¿Cómo surge en Martí la obsesión –y esa es la palabra– por la patria? Al subyugar su espíritu a los valores éticos, Martí, siempre a través de Mendive, descubre que Cuba es exactamente la negación de esos valores positivos. Los valores son bipolares; coexisten y se complementan bondad y maldad, justicia e injusticia, heroísmo y cobardía, responsabilidad e

irresponsabilidad. Frente a una idealización de los valores positivos, Martí hace encarnar los negativos a la cruda realidad cubana. Pero todavía se mueve en un campo puramente teórico. Al fin, un día, por una carta que le escribiera a un traidor de apellido Castro, y en la cual, más que su traición, le reprocha que ésta viniera de un discípulo de Mendive, el joven Martí va a dar a la cárcel acusado del delito de infidencia. Fue en la cárcel donde Martí se convirtió a la religión del patriotismo. Fue en la cárcel donde se sintió llamado a predicar la buena nueva. Fue en las Canteras de San Lázaro donde tuvo su Pentecostés. Las llagas del viejo Castillo, la mirada del negro idiota y los dolores de aquel niño de doce años condenado a prisión, le sirvieron a Martí de Camino de Damasco. Entró como un hombre joven y salió como Apóstol. La semilla que Mendive, en la escuela, echara al surco, parió en la cárcel.

Para Martí la patria es agonía y deber; es ara, nunca pedestal; es altar donde el hombre debe ofrecerse en sacrificio. Anoten las palabras: ara, agonía, deber, sacrificio, altar. Por el vocabulario se llega a una conclusión evidente: el concepto «patria», para Martí, encaja dentro del más ortodoxo pensamiento religioso. Martí se figura a la patria como otros se figuran el catolicismo o el budismo. No es una metáfora afirmar –y lo repito enfáticamente– que el patriotismo es la religión de Martí. El hueco que dejara su ausencia de militancia religiosa lo llena el patriotismo y, además, lo llena desde los mismos supuestos. Tal vez con más intuición que análisis se le ha llamado Apóstol. Eso básicamente es: apóstol, exégeta de un evangelio laico recortado sobre moldes religiosos.

¿Qué es esa omnipresente llamada al sacrificio y a la agonía sino las columnas de más fuste en cualquier templo religioso? ¿No parten todas las religiones de la creencia de que a Dios se le sirve y se le honra con nuestro sacrificio? Dijo Martí: «En la cruz murió el hombre un día: en la cruz ha de aprenderse a morir todos los días». Jesús llegó, como culminación de su prédica, a ofrecerse en sacrificio supremo. Ese estupendo sacrificio era indispensable –dentro del pensamiento cristiano– para la salvación de la Humanidad y para que el hijo del carpintero José cumpliera íntegramente su misión. Martí articula su religión patriótica sobre idénticas coyunturas, y a la postre, sólo se cumple con su Gólgota. El «para mí ya es hora» que escribiera poco antes de su muerte es su oración en el Huerto de los Olivos, es su agónico prelude del sacrificio total.

Tal vez será ridículo aclarar que no estoy estableciendo paralelos entre Jesús y Martí, sino explicando lo que, a mi juicio, ha sido un trasvase del pensar religioso al plano de las concepciones sociales. Esta confusión entre entidades de signo distinto van a redondear algunos rasgos aparenciales de Martí, como correlato de su peculiarísima personalidad. Esta religión patriótica en la que se alista, y por la que siente el clarinazo apostólico, le conferirá una forma especial, un repertorio de ademanes, y un estilo con que comparecer ante la vida, y muy especialmente ante sus compatriotas, que son, en alguna medida, sus correligionarios. El Apóstol religioso –da lo mismo Pablo, Ignacio o Mahoma–, cuando percibe la llamada de Dios y descubre que ha sido elegido para una misión fabulosa, cuya exigencia inmediata es la de una entrega total, adopta una actitud singular: la gravedad. El Apóstol, el Profeta, el Mesías, tienen siempre una forma grave de aparecer. El primer adepto de un Apóstol es él mismo. Si fracasa en la autoconvicción jamás podrá calar en la conciencia del prójimo. Esta gravedad establece, tajantemente, un distanciamiento, una jerarquía a la que «los demás» responden. La gravedad apostólica identifica a los elegidos. Martí, a los dieciocho años, cuando lleno de ira, como una especie de Jeremías redivivo, escribe ese patético y escalofriante documento que es *El presidio político de Cuba*, ya está gesticulando con gravedad de Apóstol. Personalmente, si tuviera que salvar una sola obra de Martí, no sería *Ismaelillo* ni las mejores *Escenas Norteamericanas*; no sería su panegírico de Cecilio Acosta o su esperanzador discurso «Los pinos nuevos»: sería ese puñado de hojas temblorosas, escritas al calor de los recuerdos más lacerantes. En *El presidio político en Cuba* hay mucho más que un alegato enérgico: hay una voz muy grave y muy honda, de quien, apenas adolescente, ya se reconoce como redentor de su pueblo. Nunca traicionará Martí esta imagen y a ella le debe el predicamento que logró entre los hombres que le acompañaban. ¿Cómo se abrió paso Martí, con su modesto historial revolucionario, entre hombres que llevaban más de diez años de pelea intensa y de renombre ganado con talento y coraje, hasta ponerse al frente de la insurrección? ¿Cómo, con tan corto expediente, se abrió paso entre la selva política? La respuesta no es difícil: aparecía, mágicamente, con todo el ceremonioso hieratismo del apóstol religioso. A su andar solemne guardaban respetuoso silencio. Sólo así se explica. Ahora toca desplazarnos al microcosmo político, a lo que serían las ideas político-filosóficas de Martí.

Ideas político-filosóficas de Martí

Las ideas hinchadas todos las conocemos: Martí aborrecía la monarquía como institución y se adhería fervientemente al esquema republicano. Creía en el ejercicio de la libertad, pero siempre dentro de un orden político. Hablaba de fundar una República y probablemente se imaginaba esta República desde las concepciones del liberalismo romántico. Esa República sería «con todos y para el bien de todos», aunque en su solidaridad reiterada con los humildes presuponemos una orientación de contenido social apuntando hacia una más justa distribución de las riquezas. Hasta aquí lo que Martí descubrió de su pensamiento político. No dijo mucho más.

Eso parece ser todo, pero no es más que el comienzo. Primero anotemos una razón de estrategia política que recomendaba silencio a Martí: la misión que se había impuesto era sumar voluntades, no enconarlas. Cualquier particularización ideológica tendía a disolver aún más el sensitivo bando separatista. Si se lee con cuidado el Programa del Partido Revolucionario Cubano saltará a la vista su vaguedad ideológica. Esta vaguedad contribuía a la guerra. Esa era la ventaja táctica de la nebulosa ideológica. Pero había algo mucho más importante. Martí nunca adoptó un recetario político. Conocía de cabo a rabo las ideologías en juego, pero jamás se afilió a un credo político, económico o filosófico, porque la estructura de su pensamiento le llevaba a un peculiar eclecticismo cuya mecánica permite llamarlo «utilitarismo espiritual». Expliquémosnos.

Martí sostenía unos principios éticos –de los que tanto hemos hablado– contra los cuales debía girar la muy subalterna actividad política. Cuando, alguna vez, con la autoridad que le investía, pidió como primera ley de la República «el ejercicio pleno de la dignidad del hombre», resumió de un plumazo su ideario político. Lo resumió si sabemos deducirlo correctamente. Esto es lo que creo haber hecho cuando hace unos segundos afirmé que Martí era un «utilitarista espiritual». Un utilitarista, de acuerdo con las definiciones urgentes a que debemos acudir, es aquél que supone que la moral está regida por la utilidad, al tiempo que define la utilidad en términos de placer. Para el utilitarista lo bueno es lo que causa algún

tipo de placer y lo malo algún tipo de dolor. No entro más a fondo en la cuestión, porque en realidad no interesa.

Bien: el utilitarismo de Martí se montaba sobre un esquema parecido: para Martí lo «bueno» en política era lo que resultaba útil a la realización de unos objetivos éticos nítidamente definidos y que, obviamente, anulaban *per se* cualquier método que escapase a la esencia misma de esos objetivos. A contrario sensu, lo «malo» era lo inútil o lo opuesto al cabal cumplimiento de esos objetivos éticos. Con ese fundamento utilitarista llegó a un previsible pragmatismo. Las doctrinas políticas eran apreciadas en función de su utilidad a los valores éticos. Martí, llegado el caso, hubiera podido coincidir con Marx en lo tocante a la posesión de los medios de producción, porque la legitimidad o ilegitimidad del derecho de propiedad nada tiene que ver con la esfera de los valores éticos. Sin embargo, nunca hubiera podido coincidir con Lenin en cuanto a la necesidad de establecer una dictadura que cuidara el trayecto del socialismo al comunismo. Que unos hombres opriman a otros en virtud de una supuesta lucha de clases, sí chocaba brutalmente contra los objetivos éticos de Martí. Hoy se esfuerzan algunos señores por presentar a un Martí precursor de tiranías, torciendo de la manera más deshonesta lo que sin duda fue el pensamiento martiano. Para llevar a cabo el escamoteo, presentan las facetas del antimperialismo y la solidaridad con los menesterosos, honrosamente presentes en su obra, olvidando la triste vigencia que hoy vuelven a tener el antimperialismo y amor a los humildes, aun cuando se trate de otro imperio y aun cuando la pobreza se ha extendido a casi todo el pueblo.

He presentado un Martí político que ha enyugado utilitarismo y espíritu y que se sirve pragmáticamente de todo lo que beneficie a sus objetivos éticos. Luego, la fórmula quedaría más o menos así: el Martí político fue un «utilitarista espiritual», cuyo método de trabajo coincidía con lo que pudiera llamarse pragmatismo.

Al concretar esta imagen del hombre político queda una verdad al descubierto: el agudo anacronismo político de Martí. Martí vive fuera del pensamiento político de su época. La generación de Martí se movía dentro de los límites del pensamiento materialista. Estos vientos materialistas soplaban tanto desde Europa como desde los Estados Unidos, aunque al

tablado hispanoamericano lo conmovían los que, concretamente, provenían de Francia. Puestos a la tarea poco útil de buscarle filiación, aunque sea tangencialmente, al pensamiento de Martí, habría que pensar en la corriente anglosajona de Bentham, Mill y Spencer, pero esto, lejos de toda ortodoxia y en aspectos muy aislados. Antes de ahondar en el anacronismo de Martí, conviene hacer una salvedad: el último tercio del siglo XIX fue, para todos los cubanos, un fantasmagórico anacronismo. La independencia de Hispanoamérica fue un evento de principios del siglo XIX, de ahí que cuando la marea revolucionaria alcanza a las Antillas, cincuenta años más tarde, traiga una atmósfera enrarecida y espectral. El vocabulario político-filosófico, las ideologías, y hasta el instinto con que los cubanos se echaron al monte, traían cincuenta años de retraso; los mismos cincuenta años que Cuba, con respecto a Hispanoamérica, había permanecido congelada en la colonia. Paradójicamente, la única idea medianamente nueva surge durante los primeros conatos insurreccionales de mediados de siglo y fue, precisamente, contrarrevolucionaria: me refiero al anexionismo.

¿Por qué Martí no se mueve con su tiempo? ¿Por qué no es positivista como sus amigos mejicanos? ¿Por qué no es positivista como su amigo Enrique José Varona, la cabeza más alerta de su época? ¿Cuáles son los tintos y cuáles las diferencias con el pensamiento de sus coetáneos? Empecemos por los rasgos afines: en primer término, la idea subyugadora del progreso. Martí, como los positivistas, vive subyugado por la idea del progreso. Una parte sustancial de su obra va dirigida a explicar a los sudamericanos, a través de sus famosas crónicas, el desarrollo de la industria y la ciencia en tierras de los Estados Unidos. Martí, a veces con una hermosa ingenuidad, se «asombra», a la manera platónica, de los ingenios mecánicos que van apareciendo. También coincide con el positivismo en su predilección por el orden. Téngase esto bien claro: Martí era un devoto del orden y del imperio de la ley. Sólo en casos extremos entendía que era justa la demanda de violencia y de la ruptura de los preceptos legales. Ese acatamiento a la ley, por una parte, y a la justicia por otra –que desde *Las Leyes de Platón* sabemos que son amargamente distintas–, a veces hace crisis en su espíritu, como cuando reseña, en dos formidables crónicas, el proceso que les costaría la vida a los anarquistas de Chicago. Por una parte estaba la increíble sordidez en que vivía el proletariado del siglo XIX. El capitalismo más despiadado y explotador postraba a estos hombres en la más abyecta miseria. De entre ellos surgían voces inconformes y cundía, como

consecuencia, la prédica anarquista. De la teoría pasaron a los hechos y se realizaron actos terroristas. Un grupo fue apresado y condenado a muerte. En su primera crónica, Martí describe los delitos imputados y las causas que los motivaron. Es muy duro al enjuiciar los hechos, y muy generoso al describir los atenuantes. En la segunda crónica, Martí reprocha la brusca reacción de la justicia. Buscaba el equilibrio. Equilibrio es la clave dialéctica del orden.

Si en la pasión por el progreso y el orden, aspectos puramente adjetivos, coincidía con el pensamiento de su época, en lo sustantivo se alejaba.

La generación de Martí se afincó en el más crudo materialismo. Las mejores cabezas de América, casi sin excepción, navegaban a bordo del positivismo. Comenzaban por negar la existencia de Dios, del espíritu o de una ética que no estuviera atada a las contingencias de lo relativo. Justo Sierra, Enrique José Varona, Manuel González Prada y otros menos conspicuos, se amarraban esperanzados a la alborada de la ciencia positiva. En Iberoamérica el positivismo fue el más robusto vástago del materialismo y trascendió de la especulación filosófica a las realidades políticas. Cada vez que esta proyección tuvo lugar, los resultados fueron catastróficos: los tiranos Porfirio Díaz, Guzmán Blanco, García Moreno y Rafael Núñez –cada uno con sus matices peculiares–, decían inscribir sus nombres en las filas del positivismo. De manera que el positivismo, aparentemente, lo mismo servía para hundir a los pueblos que para salvarlos. Como curiosidad valga el siguiente detalle: cuando Augusto Comte –padre y Sumo Sacerdote del Positivismo– fabricó, un poco delirantemente, su santoral positivista, señaló a tres «santos» hispanoamericanos: Simón Bolívar, Toussaint Louverture y... Rosas, el sombrío estanciero argentino. Comte, un tanto simbólicamente, pautaba lo que luego sería la aplicación de sus doctrinas en Hispanoamérica. Frente a ese cuadro de luces y sombras que fue el positivismo, Martí se mantuvo ineludiblemente al margen. También, y por las mismas razones, rechazó las dos vertientes del pensamiento comunista de su época: la que acaudillaba Miguel Bakunin y la de Carlos Marx. Ahora viene a cuento una reflexión breve: la época de ser comunista, como la de ser positivista, fue precisamente la de Martí. Los razonamientos de Marx, de una lógica implacable si se aplicaban a la realidad de su tiempo, pero fallidos cuando se proyectaron al futuro, eran una

utilísima clave para enfrentarse al mundo. Lo mismo puede decirse de la vertiente bakuniniana. Martí vivió en medio de ese bullir revolucionario, y aun cuando compartía la devoción por la justicia que generalmente anima a los revolucionarios, aceptando, inclusive, como bueno el diagnóstico del extremismo de la época, se negó a transigir con la terapéutica que estos grupos propugnaban. Si se pusiera en juego el torpe maniqueísmo con que malintencionadamente se juzga a los hombres, se pudiera concluir que, a la luz del pensamiento político de su época, Martí fue un «conservador». Pero nada de esto encaja en la realidad: no es posible juzgar a Martí con la vara revolucionaria de la época, por una razón básica: los revolucionarios de entonces perseguían objetivos diferentes a los que Martí avizoraba. Al final de la senda de Marx, Bakunin, Kropotkin, Proudhon o González Prada, se alzaba la Justicia. El objetivo era un mundo justo y la justicia se definía en términos de una equitativa distribución de la riqueza. Para Martí esto contaba, no hay duda, pero sólo como un recodo en el trayecto, y ni siquiera el más importante. Martí iba a lo que él creía que era la raíz del hombre mismo; ese hombre para el que quería procuraba una vida libre y digna, protegido de cualquier forma de tiranía, y en donde pudiera darse al cumplimiento de su rol, digamos, cósmico.

Este divorcio entre Martí y el pensamiento de su época, en la ancha perspectiva de la historia, beneficia a Martí. Al perseguir objetivos que escapan a las peripecias de lo inmediato, Martí se salva, por el anacronismo de su pensamiento sea absolutamente superado. Curiosamente, no hay más distancia entre el pensamiento de hoy y el pensamiento de Martí que entre el pensamiento de los coetáneos de Martí y el propio Apóstol. Sin embargo, el marxismo, el bakuninismo, y en rigor todo el pensamiento económico que se desprende del análisis materialista de la sociedad capitalista, está definitivamente superado. Ser marxista en nuestros días es tan absurdo como ser positivista o como ser aristotélico. Si aparentemente sobrevive la doctrina es gracias a un curioso método filosófico, pariente cercano de la escolástica, que adopta –cuando se puede– las realidades vigentes a unos presupuestos rígidos o –cuando no se puede– sencillamente desecha o ignora esas realidades. Es decir, desde la seriedad del análisis, el marxismo murió hace mucho tiempo y hoy es sólo el pretexto delirante para que la oligarquía del partido o del ejército –dependiendo del país y la circunstancia– ejerza el poder sin contención. Mientras esto ha ocurrido al marxismo, el martianismo mantiene cierta relativa vigencia, y la mantendrá

indefinidamente, porque en su biología no hay lugar a envejecimientos. La abstracción es un estupendo preservatorio.

Idea jurídica de Martí

Dediquemos un párrafo al Martí abogado. Casi siempre se olvida este ángulo del Apóstol. Y es razonable que esto ocurra. Martí nunca pudo ejercer la carrera. Sólo por unas semanas en el bufete de Viondi, pudo habérselas con los códigos y con los delitos, pero se dedicó a conspirar. Fue, por cierto, en el bufete de Viondi donde Martí decidió, tras luchar con su ausencia de vanidad, encabezar la lucha. Muchas veces he sospechado que a esa decisión no fue ajena el monótono ejercicio de la carrera, porque Martí, que era un espíritu justo, era, tal vez por serlo, lo más opuesto a la jerga leguleya del Derecho español.

Sin embargo, en torno al Derecho y a la Justicia regó Martí, en toda su obra, miles de opiniones que servirían para perfilar su idea jurídica. Pero concretémonos a citar su comentario al Código Civil de Guatemala y a subrayar un apotegma admirable. Ha dicho Martí en esa glosa del Código guatemalteco: «la justicia es la adecuación del derecho positivo al derecho natural». Con eso basta. Y, además, con esa frase basta para entender el pensamiento jurídico de Martí. La sentencia «justicia es la adecuación del derecho positivo al derecho natural» comprende una definición muy concreta de lo que es justicia y, al mismo tiempo, una fórmula que subordina la ley escrita a la ideal. Por todo lo que hemos dicho de la estructura del pensamiento martiano, no puede sorprendernos el mecanismo en que articula su pensamiento jurídico. No podía ser de otra forma. Pero ahora vayamos a lo más transitado de su obra: a sus ideas estéticas.

Ideas estéticas de Martí

Martí tuvo un temperamento artístico que se vio afectado por esta «voluntad ética» de que tanto hemos hablado. La zona más revisada de su pensamiento es, precisamente, la que determina su concepción artística. No vamos, por lo tanto, a pormenorizar, sino bastará con apuntar algunas generalidades.

Martí visitó con mayor o menor fortuna toda la gama del quehacer literario. Fue poeta, dramaturgo –en prosa y en verso–, novelista, periodista, ensayista, crítico, etc. Manejaba una prosa singularísima, lejos de toda prescripción estética, al margen de capillas literarias. También poseía una asombrosa cultura, una enorme información y una moderada imaginación. Ahora bien, todo eso conjugado, sólo logran un gran cronista y un buen poeta. En lo demás, falla. Martí resulta pobre como novelista y más pobre aún como dramaturgo.

La debilidad del Martí creador se asienta, como es obvio, en su absoluta subordinación a los valores éticos. Martí supedita lo bello a lo bueno y lo feo a lo malo. Es, en todo momento, un escritor radicalmente comprometido. Lo mismo cuando funge de novelista –género al cual desdeñó por lo que tiene de mimético– que cuando intenta obra dramática, utiliza la letra más como pretexto que como texto. El teatro le sirve para ensalzar el amor a la patria o a la virtud; la novela para subrayar los aspectos venerables del hombre. Aun hasta la crítica pictórica –que es un mundo a propósito de forma y colores– está teñida de un profundo eticismo: a veces parece que el asunto es lo que más interesa a Martí de los cuadros. Cuando vierte al español una novela norteamericana –no olvidemos que traducir es una forma de crear–, lo hace pensando en lo que de positivo traerá a los mexicanos conocer la anécdota californiana que cuenta la obra. Todo lo literario aparece sujeto a las prioridades que le dicta la ética. Es en verso –por todo lo que el verso tiene de espontáneo, especialmente en Martí– donde menos pesan las cuestiones éticas, pero no del todo se libra su poesía del rigor de su eticismo.

En torno al Martí poeta hay una vieja disputa entre los que le consideran modernista, o precursor del Modernismo, y los que le suponen al margen de esa corriente literaria. Por muchas razones, pero básicamente por lo apuntado, creo que Martí nada tiene que ver con el Modernismo. No es este el lugar de entrar a fondo en la cuestión –y ni siquiera creo que valga la pena–, pero no está de más mencionarla. En primer lugar, la presunción de que Martí encuadrara sus ideas estéticas dentro de un marco preciso de referencia, sería tanto como quebrar su básica estructura mental. La vaguedad que informa el pensamiento político-filosófico, o su idea de patria, o su idea religiosa, toca el mundo de sus concepciones estéticas. Esta vaguedad –insisto– no es un defecto, sino la consecuencia de subordinar su pensamiento a una estructura de valores y, también, una

toma de conciencia muy definida frente a eso tan misterioso y escurridizo que es el fenómeno humano.

Para último he dejado la idea geográfica o idea de la frontera.

Idea de la frontera

Hoy, cuando se quiere presentar a Martí como precursor de la revolución cubana, se invoca con frecuencia su llamada de alerta frente al imperialismo norteamericano. Esto justifica una reflexión sobre el asunto.

Martí se sentía, un poco a la manera romántica, fraternalmente ligado a todos los hombres. Luego, geográficamente, este lazo se reducía e intensificaba, circunscribiéndose al Nuevo Mundo; después, más cerca de su corazón, pensaba en lo que él llamara Nuestra América, es decir, Hispanoamérica; y, por último, con todas sus fuerzas, era cubano. Previo a la cubanía es justo destacar un matiz antillano que especialmente incluía a Puerto Rico.

De manera que el «antiyanquismo» que se le atribuye a Martí nada tiene que ver con ese odio desmelenado y racista que hoy se predica. Martí no era capaz de odiar al español, así que mucho menos al yanqui. Rechazó, eso sí, la posible injerencia de los Estados Unidos en Cuba o en Hispanoamérica. Es probable que si Martí no hubiera revitalizado el pensamiento separatista, los anexionistas hubieran convencido a los intereses norteamericanos de la conveniencia de apropiarse de Cuba.

Martí, con toda su entereza, enronqueció alertando a los pueblos de América, a los cubanos, y a los propios norteamericanos, de las maniobras imperialistas que algunos políticos delirantes y algunos ambiciosos intereses financieros querían llevar adelante. Se puede extender este epígrafe sobre el antimperialismo en Martí. Ahora bien, esta postura de Martí no tiene que ser justificada, paliada o explicada por los cubanos que optaron, como Martí, por el exilio. Martí quería evitar que toda América en general, y que Cuba en particular, cayeran bajo el dominio económico o el control militar de una gran potencia. Lejos de

rechazar la prédica antimperialista del Apóstol, es hoy, con más fuerza, cuando hay que esgrimirla. El –creo–, no hubiera hecho otra cosa.

IDEA DE LA ANTILLANIDAD

Entre el texto de este ensayo y el primero que recoge este libro hay ciertas contradicciones interpretativas de menor cuantía. Se explican por un hecho clave: este ensayo fue escrito hace 10 años. De entonces a hoy he variado ciertos criterios, pero, no obstante, he preferido respetar el texto original, dado que en modo alguno traiciona mis creencias esenciales de hoy.

La frontera en Hispanoamérica

Hablar de Hispanoamérica como cosa única, monolítica, es algo que a todos gusta. Cuando la oratoria se encrespa –mala cosa–, la metáfora casi siempre empieza en el Río Grande y termina en la Patagonia. El medio lo rellenamos con un coloso imponente que calma nuestros espíritus con una rara sensación de poder. Pero Hispanoamérica no es eso. Existe en gran medida como hecho lingüístico, pero es poco serio referirse al «hombre hispanoamericano», dirigirse a «Hispanoamérica» o esperar reacciones «hispanoamericanas». El-legado-de-la-raza, la-sangre-del-espíritu y otras expresiones más o menos rimbombantes son viejas momias de nuestro museo retórico. Hispanoamérica no es una. Está partida en trozos irreparables. La geografía, las culturas prehispánicas, las clases de emigraciones que nutrieron sus censos, el grado de desarrollo económico, la importancia que les diera España durante la colonización, la influencia de los factores religiosos, la proximidad del mar o de la montaña, el frío o el sol, todos –y muchos que no nombro– son elementos que intervinieron –e intervienen– en la balcanización hispanoamericana. Aquel cura erudito que intentó, hace dos siglos, una historia hispanoamericana partiendo de las parroquias, no andaba muy descaminado. A su manera ingenua y torpe ensayaba una especie rudimentaria de estructuralismo para acercarse a eso que llaman Hispanoamérica.

Sería innecesario y aburrido apuntar las distancias entre un bonaerense de origen italiano y un peón de la ruralía de Jalisco, pero acaso serviría para recordar el precario equilibrio del que pone un pie en el Río Grande y el otro en la Patagonia. La pirueta es elegante, pero peligrosa.

Todo este preámbulo, tal vez demasiado brusco, y al que parcialmente se le pudieran oponer, con éxito, un sinfín de razonamientos, datos y hechos históricos, sirve como primera justificación de este capítulo. Se trata de definir la «antillanidad». De tratar de demostrar su existencia y a conceptualizar el fenómeno. Esto es, a reducirlo a esquemas lógicos y coherentes. Acaece, sin embargo, que a estas misteriosas entidades de nacionalidad, supranacionalidad o regionalidad les ocurre como a los protones: sabemos que están ahí, que tienen su carga eléctrica, que se comportan de cierto modo, pero nadie los ha visto. Son artículos de fe científica. El misterio opera en favor del filosofante de la historia que pone tienda interpretativa. Lo escurridizo de su

objeto de estudio sirve como coartada para las más atrevidas afirmaciones. Si a la Filosofía de la Historia se acudiera con la probeta y no con la intuición y el ingenio, no hubiéramos gozado las espléndidas *España invertebrada* o *La realidad histórica de España*. Ni Ortega con sus fogonazos luminosos, ni Castro con su erudición. «prueban» esencialmente lo que dicen. No creo que yo pueda «probar» de una manera irrefutable, como se prueba en los laboratorios, los rasgos que perfilan a ese trozo de América que forman las Antillas. Llego tarde al espectáculo –como todo comentarista de la historia– y debo conformarme con brindar –con brindarme– algunas explicaciones de los hechos.

En el principio era Canarias

¿Existe el hombre antillano? A pesar de que padezco de un horror insuperable a las abstracciones, a las entelequias de pura consistencia verbal, debo suponer que el antillano, en primer término, es un ente de textura lingüística. El carnet de identidad viene acuñado por peculiaridades fonéticas. Esto, que es lo menos importante, resulta, sin embargo, lo más evidente. Henríquez Ureña trazó, en su momento, varias zonas lingüísticas hispanoamericanas, una de cuyas parcelas era el Caribe.

Integran este «modo de hablar» Panamá, las zonas costeras de Colombia y Venezuela, parcialmente la península de Yucatán, Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. Este capote lingüístico, esta área de entonación –porque las grandes diferencias entre las zonas lingüísticas de español de América son básicamente de entonación; a los oídos de cada uno los demás «cantan»–, esta área de entonación, en fin, nos obliga a la primera discriminación: el habla antillano no hace al hombre antillano. No lo define. El costeño de Venezuela o Colombia no tiene vela en este entierro. Un antillano, por lo pronto, no es una criatura, que habla de tal o más cual modo. Este matiz del idioma –el habla antillana– es el unigénito lingüístico de Islas Canarias, reforzado con genes andaluces. España, tan propensa a llamar a los territorios de América con los nombres de la Península –Nueva Granada, Nueva España, Nueva Castilla, Nueva Córdoba, Nueva Gerona, Nueva Zamora y cien otras– pasó por alto la más evidente «nueva»: Las Antillas debieron ser llamadas Nuevas Canarias. No ocurrió así porque estas islas africanas eran casi tan desconocidas para el español de la Conquista, como

las que descubriera Colón. Canarias pasa a formar parte de España en el Siglo XV. La conquista y la colonización del archipiélago canario es el primer capítulo de la conquista y colonización de América. El «criollo» –el español nacido en posesiones de ultramar– es un invento canario. El mestizo extrapeninsular tampoco nació por vez primera en América. Los «guanches» y sus conquistadores hispanos se adelantaron en varios años, con el imperdonable olvido de no contar con un notario como el Inca Garcilaso.

En 1496 los Reyes Católicos incorporaban Canarias al reino de Castilla. La decisión, en parte, se debía a la posición de las islas. Con el descubrimiento de América el archipiélago canario pasaba de ser la extremidad del mundo a ser su ombligo. La postrer visión española que tuvo Colón en su primer viaje fue la fundación canaria de La Gomera. A reserva de comentar más adelante este hecho, anotemos que la incorporación de Canarias a España no surge del reconocimiento de una identidad nacional común, sino del valor estratégico que alcanzan las islas en un momento dado. Las Canarias son algo así como la llave de las Indias. Un territorio que se define y «existe» en función de otro distinto. Un encrucijada que, como todas, sólo sirve para elegir caminos definitivos.

El desarrollo paralelo de Las Antillas y las Canarias es total. Ambos archipiélagos vivieron la sicosis del asedio, pirata. Drake –el «Draque», una especie de «coco» diabólico en el folklore rural puertorriqueño– visitó ambos grupos de islas. La escuadra inglesa arrebató Jamaica, tomó La Habana y fracasó en Canarias. Nelson pasó a la historia como «el manco de Tenerife». Los isleños de América y África paliaron los efectos restrictivos de los monopolios creados durante el mercantilismo con la práctica del contrabando. Ambos archipiélagos fueron nidos de contrabandistas. En ambos la Corona española era vista como algo remoto y distinto. Si el desarrollo gemelo de ambas porciones se presta a reflexiones que no me detendré a hacer, valga anotar que hay un aporte canario «objetivo» al perfil antillano, que va desde los hábitos alimenticios hasta el folklore, pero además hay un aporte «subjetivo» de enorme importancia. Por ejemplo, en la valija del canario viajó a América la «imagen» popular del antillano. Esto es, la imagen que tiene el español promedio del antillano. Me explico: pídasele a un castellano o a un catalán una rápida descripción de un canario. Pintará un ser vago y algo torpe, entregado a la mollicie y oscuramente culpable de poseer un clima ideal. A continuación ruéguesele que

describa a un cubano, dominicano o puertorriqueño. Dirá más o menos lo mismo. La misma criatura indolente, víctima de los mismos prejuicios, saldrá a flote. El canario –junto con el gofio– llevó su marchamo vidrioso. Donó su imagen de incuria, tan falsa en Las Palmas como en Santo Domingo, pero inevitablemente sostenida por el hombre medio de la Península.

La sociedad «puente». La encrucijada

Todo comenzó cuando Colón mandó a dar de palos al marino que afirmó que Cuba era una isla y no un continente. A las Antillas ser «islas» les ha significado no ser América del todo. El fenómeno no es nuevo. Inglaterra ha pagado –y ha hecho pagar– su condición insular. No voy a caer en la ingenuidad de Ganivet en su *Idearium* –la de acreditar a la peninsularidad española más cosas de la cuenta–, pero sí hay que detenerse en este hecho.

Las Antillas perdieron su valor *per se* cuando se convirtieron en puente al continente americano. Durante todo el período de la Conquista de Cuba, Santo Domingo o Puerto Rico fueron la última posada segura. Un lugar pobre y de escasos recursos en que recalar en tránsito hacia el Perú fabuloso, hacia El Dorado, hacia la tierra de Moctezuma. Durante la colonización se asignó al archipiélago el papel de guardián. Unas veces éramos llamados «Llaves de las Indias Occidentales» y otras «Baluartes del cristianismo». Nuestro papel fue el de cancerbero. El de vigía. El de protector de lo realmente importante: el continente.

Sería un disparate decir que las Antillas no pertenecen al continente americano, pero no lo sería tanto afirmar que es la menos «americana» de las parcelas hispanas del Nuevo Continente. A ello contribuyó España con ese nombramiento de «llave», con esa condición de «puente» entre España y América. Mientras en el continente los emplazamientos tenían carácter permanente, y por lo tanto se echaban las bases de los futuros nacionalismos, las Antillas vivían en una atmósfera de interinato que retardó el surgimiento de la identidad nacional. Aquellos adjetivos de «siempre fiel» o de «obediente» con que se calificaban a Cuba y Puerto Rico en el siglo XIX se debieron precisamente a la debilidad congénita del sentimiento de nacionalidad.

Hemos señalado los cromosomas canarios en los rasgos aparenciales de la antillanidad. Ahora acabamos de mencionar un elemento constitutivo de nuestra sicología: la debilidad de nuestra identidad nacional. Y el origen de este fenómeno: el carácter interino de nuestra historia, nuestra condición de «puente» o «llave». La posición geográfica de las Antillas determinó el signo de nuestro papel en la historia americana –el de guardián que ya hemos señalado–, al tiempo que nuestras características –tres islas pequeñas y sin grandes recursos naturales– reforzaban ese pesimismo decadente.

He dicho hace unos instantes que las Antillas eran lo menos «americano» de la porción hispana del Continente. El criollo de las Antillas –ingrediente clave del engendro americano– no estuvo contaminado por la presencia ponderosa de las culturas precolombinas. Los indios antillanos que no fueron aniquilados en la contienda bélica, fueron culturalmente arrollados y se incorporaron, por la vía del mestizaje, a los usos europeos, bien que dentro de un matiz rudimentario y tosco. Esta ausencia de un mítico pasado indígena –no creo que los hatueyes o agüeybanas puedan tomarse en cuenta seriamente– y de un sólido aporte de hombres de esa raza incidió sobre nuestras radicales diferencias. No sólo estábamos geográficamente alejados de América, sino se nos hacía imposible compartir los mitos de la indiofilia criolla y liberal. Nótese que los fragmentos continentales ayunos de respetables culturas precolombinas, como es el caso de Venezuela, pudieron espiritualmente adherirse a la carga histórica de sus vecinos. El Precursor Miranda podía delirar por la restitución de un Incanato que abarcara toda Suramérica, sin detenerse a sopesar la existencia de vínculos históricos entre el Cuzco y Caracas, porque la continuidad de la tierra firme le servía para desplegar sin riesgos su fantasía. A nosotros, antillanos, no nos era dable la maniobra. La hermosa ficción indiófila podía volar sobre el Continente, pero naufragaba inexorablemente en el Caribe. Pachamac, gran caminante, no aprendió a nadar. El aislamiento –nunca mejor empleada la palabreja– de las Antillas fue en gran medida espiritual. La geografía podía más que la historia.

El propio Miranda no tuvo una perspectiva de las Antillas diferente de la que describo. Éramos –insisto– «otra cosa». Cuando el gran venezolano tocó las puertas del *Foreign Office* británico en su infatigable conspiración, ofreció, a cambio de la ayuda por liberar a América, una recompensa

singular: la Isla de Puerto Rico. Puerto Rico no era América para Miranda. O por lo menos era «menos» América.

En nuestro siglo XX, llena su bien nutrida cabeza de buenas intenciones, llegó Víctor Raúl Haya de la Torre a La Habana. «Esto no es América» dijo al poco tiempo a sus íntimos. Por lo pronto no era la Indoamérica que soñaba el peruano. Sin duda no cabía en sus planes de integración continental.

Dependencia e independencia

Evidentemente Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo han seguido trayectos diferentes en su decursar histórico. Pero cada una de las islas ha protagonizado, en los últimos siglos, papeles de signo parecido. Francia, injertando Haití en el costado dominicano, precipitó el hecho de la independencia en esa Antilla. Luego vendría la dominación haitiana y la guerra amarga de liberación. Presumo que sin el catalizador francés, Santo Domingo hubiera reaccionado a *tempo* antillano, como Cuba o Puerto Rico. Campeaba en las tres islas la falta de confianza en el destino propio y la certidumbre de que los problemas económicos eran prácticamente insolubles sin el tutelaje de alguna metrópoli poderosa. El autonomismo, pujante en Cuba y en Puerto Rico, vino a ser la consecuencia de esa actitud fatalista. Los dominicanos, empujados a la independencia por el vendaval haitiano, no tuvieron oportunidad de ser autonomistas, pero no faltaron voces que apoyaran la restauración de la monarquía española o que pidieran la incorporación a Estados Unidos. En Cuba, digámoslo de una vez, las mejores cabezas, en términos generales, se afiliaron al autonomismo. En Borinquen se llamaban Baldorioty de Castro o Muñoz Rivera. En Cuba Montoro, Giberga o –durante una etapa– Enrique José Varona. Eran patriotas incuestionables, pero sin fe en los destinos de una patria que se les antojaba irreparablemente desvalida. Si el autonomismo no llegó a ser una forma de gobierno estable en las Antillas más se debió a la torpeza de los gobernantes españoles de aquel entonces que al ánimo levantisco de los antillanos. La incomprensión de los cánovas y sagastas, sumada a la estupidez de los capitanes generales a cargo de la isla, que la gobernaban como si fuese un cuartel, no dejó más caminos que la insurrección. El partido autonomista cubano acabó disolviéndose en la manigua o en el exilio. Al

de Puerto Rico le hubiera ocurrido otro tanto de no haber aparecido otro actor en escena: el yanqui.

¿Por qué la hora de la insurrección llega a dos de las Antillas con medio siglo de retraso? Por todas las razones apuntadas: porque nuestra condición de encrucijada, de camino y no de destino, retardó el surgimiento de la identidad nacional, porque ésta surgió débil y temblorosa: porque nuestros vínculos solidarios con el continente se asordaban en la barrera marítima; porque nuestro aislamiento nos impedía participar de la mitología continental relacionada con un fabuloso antepasado indígena: porque desconfiábamos –y desconfiamos– de nuestras fuerzas para la aventura de la independencia. Muy negligente tuvo que ser España en el manejo de las colonias de ultramar para dar lugar al hecho insólito de que la historia retrocediera cincuenta años.

La antillanidad como fórmula política

Las Antillas, como parcela homogénea, fueron un invento de España. Las culturas precolombinas afincadas en las islas no tenían, por supuesto, una perspectiva global del archipiélago. Los caribes, taínos o siboneyes –hasta donde sabemos– fueron pueblos de escasas y mal afincadas poblaciones, con una débil noción de territorialidad. La visión total de las Antillas –ya lo hemos dicho– como entidad unívoca fue el resultado de la perspectiva española. Desde su atalaya de conquistador o colonizador el archipiélago emergía como unidad política y administrativa. La Audiencia, por ejemplo, podía estar en Santo Domingo, y allí acudían cubanos y puertorriqueños a litigar. O podía instalarse en Puerto Príncipe, Cuba, y eran entonces los dominicanos los que se trasladaban a la mayor de las Antillas. O acaso se trataba de otorgar los grados académicos y examinadores cubanos viajaban a Puerto Rico. Este trasiego –lo he dicho en algún libro– contribuyó a crear una manera antillana de ser. Homogeneizó la zona. Uniformó el habla y el repertorio de ademanes. Reforzó la perspectiva común. Andando el tiempo, cuando llegó la hora de la guerra y los cubanos y puertorriqueños se echaron al monte, se tuvo la conciencia de que se emprendía una misma aventura. Los gritos de Yara y Lares se coordinaron. En aquel entonces los versos de Lola Rodríguez de Tio, si bien lamentables desde el punto de

vista literario, reflejaban una auténtica circunstancia histórica: las balas se recibían en el mismo corazón.

La federación antillana fue el sueño de todos los revolucionarios independentistas de la segunda mitad del siglo XIX. Era cuestión de instinto. Las islas, unidas, podían hacer frente al pesimismo y a la falta de fe rampantes. La unión era algo así como una suma de posibilidades para oponerlas a los razonamientos de los autonomistas o de los neoanexionistas que se encandilaban con el brillo norteamericano. Hostos, Martí, luego De Diego, suscribieron la tesis de la federación. Betances, en París, no discriminaba entre cubanos y puertorriqueños. El dominicano Gómez dirigía la tropa mambisa. La sensación de poderío que emanaba de la unidad de las tres islas hubiera servido para desacreditar a los fantasmas de la antillanidad.

Para Martí, más alerta que ningún otro de los peligros que se cernían sobre la patria en embrión, la unidad antillana era vital no sólo como fórmula de robustecimiento de la nacionalidad, o de fe en la independencia, sino como punto de partida de un objetivo histórico para las tres islas: muro de contención frente al imperialismo norteamericano. Juntas resistirían el empujón que se avecinaba. Juntas servirían a la causa americana.

Esta doble función de la unidad antillana merece cierta reflexión. Es lógico suponer que el hechizo del aislamiento se conjuraba dentro de una comunidad de islas. El territorio crecía, la población aumentaba y la economía sumaba fuerzas. La imagen valetudinaria y el sentimiento de *self-pity*, que dicen los yanquis, daba paso a un hombre más seguro de sí y de sus fuerzas. Un hombre que podía desterrar las ideas autonomistas o anexionistas y que era capaz de confiar en sus propios recursos.

En torno a la segunda función que Martí confería a las Antillas –la de valladar frente a los norteamericanos– es curioso señalar cómo el Apóstol cubano adopta una españolísima interpretación. De nuevo surgía la concepción de «encrucijada», de nuevo cobraba voz y aliento el papel de «llave», de «baluarte» que tuvieron las islas. Se trataba ahora de poner represa a los desbordamientos imperiales de los Estados Unidos. Martí, con una concepción ética del mundo –

y con una consecuente actitud épica– buscaba a la nación antillana una causa, una razón de ser más allá del nacionalismo.

En América fracasaron todos los intentos de federación llevados a cabo por los criollos. Morazán, fusilado en San José de Costa Rica, y Bolívar, sólo y triste en Santa Marta, son buenas muestras de nuestra insolidaria naturaleza. Sin embargo, la federación antillana acaso hubiera corrido mejor suerte. Se trataba de un anticuerpo para luchar contra los propios males seculares de las Antillas. Una paradójica unión para derrotar nuestras dolorosas coincidencias psicológicas. Entre todos parecía menos ardua la tarea de limpiar la conciencia nacional. Dos circunstancias lo impidieron: las ambiciones de Estados Unidos y, sobre todo, la rencorosa actitud de España al dar fin a la guerra hispano-cubano-americana. España pudo y debió rendirse a las tropas cubanas tras el hundimiento de su flota. La negociación directa con los insurrectos cubanos hubiera impedido que la derrota española sólo fuera un cambio de soberanía para Cuba y Puerto Rico. A fin de cuentas los ejércitos estadounidenses sólo aceleraron un destino inexorable. La victoria cubana era cuestión de tiempo. Lo que comenzó con el desembarco de seis hombres en Playitas, en el año 1898 era ya un fogueado ejército de decenas de miles de mambises, dueños absolutos del campo, de muchas ciudades secundarias y al acecho de las grandes capitales. El trato directo con los cubanos hubiera evitado la intervención política-militar de los Estados Unidos más allá del fin de las hostilidades. Todo lo que en seguridad, entereza y confianza en el esfuerzo propio ganaron los cubanos durante su guerra de independencia, lo perdieron con la injerencia norteamericana. De nuevo las seculares servidumbres de la antillanidad se apoderaron de los cubanos. En ese minuto se echó por la borda la posibilidad de reunir a las islas en una unidad de destino. Si el año '98 –crucial más para las Antillas que para España, que a fin de cuentas sólo ponía en juego unas colonias– hubiera visto nacer la república de Cuba, probablemente Puerto Rico hubiera seguido el mismo camino. No puede olvidarse que el objetivo básico del Partido Revolucionario Cubano, máximo de la guerra, era la liberación de Cuba y Puerto Rico.

Aparece el yanqui

Como Malta en el Mediterráneo, las Antillas han sido víctimas de la perspectiva geográfica. El «valor estratégico» puede ser una de las calamidades más tenaces con que tropiece una región.

Cuando España alzaba el catalejo veía en las Antillas la *llave* de las Indias. Cuando miraba el yanqui veía las llaves de su traspatio. La trinchera de su costa sur, en la que no convenía la proximidad de una potencia extranjera. La historia del *Maine*, la crisis del '98 y el rumbo de Cuba y Puerto Rico son harto conocidos para insistir en detalle. Lo que me interesa destacar en estos rasgos antillanos que vamos perfilando es la actitud de los isleños frente al nuevo dios tutelar que aparece en el Olimpo. El autonomismo puertorriqueño cambia de metrópoli. Los anexionistas lo imitan. El autonomismo cubano, que se ha disuelto en la cruenta lucha independentista, renace bajo nuevas formas. Se acepta el padrinazgo yanqui como una circunstancia feliz e inevitable. El Congreso en pleno reza por la salud del presidente McKinley; la fe en una patria totalmente independiente prende en pocos pechos. Nuestra inseguridad secular, nuestra falta de una inequívoca conciencia nacional se ponen de manifiesto ante la sobrecogedora presencia del nuevo coloso. Puerto Rico adopta y se adapta al nuevo autonomismo. Cuba, en rigor, no irá muy lejos de su vecina en su destino político. Santo Domingo recibe –y no con ira– una larga intervención yanqui. Al cabo de los siglos las constantes de la antillanidad daban sus frutos reales bajo diferentes apariencias. Luego veremos que en nuestro minuto histórico poco ha cambiado el panorama.

Martí percibió el irresistible peso específico de los norteamericanos y el daño que produciría a las Antillas caer en su esfera de influencia. Trató el cubano de insuflar el optimismo y la fe en la empresa de unas Antillas independientes. Poner tienda aparte se le antojaba la única solución. Un hombre pudo ser el factor aglutinante de las islas, pero murió en 1895 y la historia no se escribe en subjuntivo. Tengo para mí que Martí hubiera acabado por contagiar a los antillanos. Creo que su perspectiva risueña comenzaba a germinar en el ánimo de muchos. Pero –ya lo he dicho– murió. Murió y el autonomismo creció en Puerto Rico, la guerra de independencia de los cubanos contra España terminó siendo una paz de dependencia de los Estados Unidos. Una vez en Cuba y Puerto Rico no tardaron los norteamericanos en poner pie en República Dominicana. Las Antillas, desarboladas, empequeñecidas, se entregaban a las consecuencias de sus debilidades congénitas.

La antillanidad hoy

Con el tiempo los rasgos de la antillanidad se han acentuado dolorosamente. No nos engañemos: no es mucha la gente que en Puerto Rico ha podido librarse del enfoque tradicional. Serán cada vez menos. La suerte de sus vecinos del Oeste ha servido como una especie de advertencia contra cualquier opción que no sea la que dicta la inseguridad, la falta de recursos, el miedo y el aislamiento. Cuba, que pudo ser nacionalista, y pudo romper con la dependencia psicológica que la ataba a los Estados Unidos, acabó ratificando los viejos esquemas de la antillanidad con el ayuntamiento a la metrópoli rusa. Todos los agoreros que negaban la posibilidad de una patria independiente se solazan con la conversión de Cuba en un desdichado satélite soviético. Castro, a su manera –manera brutal y totalitaria– encabeza un nuevo estilo de entreguismo derrotista. Una nueva forma de neoanexionismo. El anticastrismo, cogido en las redes de la dependencia de Estados Unidos, bascula hacia el extremo contrario, hacia el tutelaje de siempre, cuya ausencia sólo ha demostrado su indispensabilidad. A la postre tirios y troyanos han hecho patente unos esquemas de pensamiento que anclan en la penosa mentalidad colonial de siempre. Lo que en Cuba es espectáculo bochornoso no es muy diferente a lo que se escenifica en República Dominicana. La última intervención contó con el apoyo de una parte sustancial del pueblo. Es innecesario argüir sobre la vigencia de esos rasgos antillanos.

Destino de la antillanidad

Sería ridículo a estas alturas entonar una palinodia de esperanzas. Hablo presa del más doloroso escepticismo. La antillanidad, con sus fantasmas alucinantes, con sus miedos ancestrales, con sus temores, está ahí tipificándonos, pero no por mucho tiempo. Sería absurdo pensar en la hipotética reconstrucción de un destino común. Puerto Rico, apostando al naipe americano fabrica una circunstancia ajena a sus primeros cuatro siglos de historia. Cuba, al adoptar un nuevo patrono y suscribir el comunismo ruso –no creo que ninguna persona seria pueda repetir la estupidez de «modelo cubano», o «vía socialista a la cubana»– se aleja del contexto histórico antillano para meterse en un callejón sin salida. República Dominicana, sola, con una economía en crisis, sin posibilidades de encajar en mayores y más robustos mercados no tiene un brillante porvenir en perspectiva. La antillanidad, esto es, unas formas peculiares de aparecer ante América, una

manera vinculante de enfrentar la historia, está en crisis. Lo ha estado siempre. Su sustancia es mala arcilla para fundar pueblos.

LOS MALES OCULTOS DEL CASTRISMO

Hay un castrismo universalmente condenado, hecho de cárceles, paredones, actos de repudio, empobrecimiento y otras desdichas evidentes. Pero tal vez ese castrismo, a pesar de su carga de abusos y brutalidades, no sea el peor. Hay otras consecuencias mucho más hondas y duraderas que amenazan seriamente la posibilidad de que alguna vez se constituya en Cuba una sociedad habitable. Estas reflexiones van encaminadas a enunciar brevemente esos perjuicios y lo que sigue es algo así como un índice trágico y parcial de los males profundos que el castrismo ha inoculado en el cuerpo social cubano.

La percepción pesimista del destino nacional

Más de dos décadas de castrismo les han secado a muchos cubanos la esperanza en un exitoso destino como pueblo. Ese generalizado desconsuelo pone en duda la propia viabilidad de la Isla como entidad nacional encaminada hacia la prosperidad material y la felicidad espiritual. Esa actitud pesimista es totalmente nueva en la historia de Cuba, puesto que pese a los errores y catástrofes políticas y económicas de la república, siempre primó el criterio de que la Isla –de *corcho*, según la apreciación popular– saldría adelante a pesar de los contratiempos. Existía la muy extendida superstición de que el país «era rico», de que el cubano «era listo» y de que a largo plazo a la nación la esperaba un radiante porvenir. Ese sano optimismo –sin duda exagerado–, pero sin el cual es imposible acometer un proyecto nacional constructivo, ha dado paso al más radical pesimismo. El presente castrista se percibe como un terrible fracaso, pero el futuro se avizora como algo tal vez peor. Un enorme porcentaje de los nuevos emigrantes, aun antes de echar raíces en el extranjero, tiene la secreta decisión de no regresar jamás a aquella tierra, gobiérnela Castro o sus adversarios, exista en ella el comunismo o el capitalismo. Ni siquiera hay nostalgia. Más bien se resume cierto comprensible rencor porque se asocian los recuerdos a espantosas experiencias vitales. No se trata, por supuesto, de «malos» cubanos. Esa sería una injusta calificación. Se trata de cubanos muy heridos, muy lastimados, muy adoloridos, que han hecho del olvido una obsesión personal.

La aparición de este pesimismo en la historia de Cuba es una terrible desgracia, porque la primera condición que exige cualquier clase de empresa para desarrollarse exitosamente es que quienes la intenten crean en ella. No hay sociedad próspera y sana si el pueblo que la habita no

participa de un común optimismo. Es una terrible paradoja que el castrismo, que comenzó con el más alto índice de confianza colectiva en los destinos de la patria, haya servido para desterrar cruelmente la esperanza del corazón de los cubanos. Pero es así.

La percepción negativa del prójimo

El castrismo ha generalizado entre los cubanos la más cruda insolidaridad. Allí –y en vastas zonas de la emigración– se ha instalado una nefasta actitud de «sálvese el que pueda» y se pisa y se atropella al prójimo para salvar el pellejo de un invisible incendio que crepita por todas partes. El pesimismo no sólo se manifiesta en no creer en el destino de la patria, sino en tampoco creer en «los cubanos», en el vecino de carne y hueso. La ingenua y tradicional aseveración de que el cubano era *noble* se ha transformado en la torcida presunción de que el cubano es malvado.

El implacable modelo de Estado castrista ha convertido a demasiados cubanos en comisarios, carniceros, apaleadores, chivatos, humilladores de toda índole, gentes que han maltratado a sus prójimos con excesiva crueldad y durante demasiado tiempo. Aquella sorprendente expresión con que invariablemente se intentaba zanjar las disputas apelando a la «cubanía» de los partícipes ha perdido hoy cualquier significado. Lo natural es que «entre cubanos» se hagan mucho daño. Lo normal es esperar del prójimo alguna irreparable canallada. No sólo se ha perdido la fe en la patria como entidad abstracta, sino que también se ha perdido la fe en el compatriota. De un risueño prejuicio positivo se ha pasado a un horrendo prejuicio negativo. Mala arcilla para juntar a un pueblo.

La destrucción del modelo paradigmático

Cada vez que los horrores del castrismo han embarcado rumbo al extranjero a un ciudadano instruido, educado, formado en la cosmovisión y en los valores de las clases medias y de la burguesía, ha dilapidado insensiblemente una parte importante del capital humano que ese país atesoraba. Cada cubano sacramentado por la formación técnica y habituado a las complejidades de la vida urbana y a la «sofisticación», –qué horrible palabra– del siglo XX que era expulsado o marginado, ha sido una terrible pérdida para todo el país. Costó siglos de

sufrimientos y luchas darle a esa sociedad una tenue, pero creciente, capa de ciudadanos – habitantes de las ciudades– asimilables a los de los pueblos líderes del planeta. Mas con la mayor irresponsabilidad el castrismo ha ido borrando esos estratos sociales, retardando desde hace casi un cuarto de siglo el surgimiento de élites de vanguardia en cualquier campo de la actividad ciudadana.

¿Cómo se repone esta caudalosa humanidad destruida por el castrismo? ¿Cómo se restituye a esa sociedad el desaparecido producto de muchas décadas, de siglos de lenta decantación cultural? La primera observación que en estos tiempos hace todo viajero que recorre la Isla, tiene que ver con el evidente encanallamiento y vulgaridad de esa sociedad. A lo largo de toda la república se pudo ver una sostenida evolución de los valores burgueses y de las clases medias –únicos que al fin y al cabo han probado a lo largo de la historia ser capaces de crear una atmósfera social confortable–, pero desde 1959 a la fecha, el país se va deslizando hacia la más rampante incivilidad. ¿Por qué? Porque el castrismo ha disuelto, ha eliminado la capa ciudadana que servía de modelo vital al resto de la nación. El castrismo arrancó de raíz el tejido social que lentamente adiestraba y transformaba a la población menos educada e instruida del país en los usos, costumbres y creencias de los niveles sociales más civilizados, propiciando un fluido proceso de migración social de estimable eficiencia. Es probable que en 1959 ese estrato social medio y burgués alcanzara a una tercera parte de la población, y haberlo constituido era la mayor hazaña social del país. Castro y sus incompetentes secuaces lo han destruido sin reparar en el daño terrible que le infligían a la nación cubana al eliminarle su grupo paradigmático.

El Estado enemigo

He apuntado que el castrismo ha producido un muy pesimista cambio en la percepción del futuro del país y una modificación también negativa en la percepción del compatriota. Pero, además, como era de esperar, el castrismo ha agravado la percepción popular del Estado. Hoy, el Estado, en cualquiera de sus manifestaciones, es un enemigo al que se le puede –cuando se puede– engañar, robar o perjudicar sin que esto produzca en el cubano la menor crisis de conciencia. El Estado no se percibe como una perfeccionable empresa común, sino como una torpe, extraña,

ajena y arbitraria estructura de poder que suministra pocos bienes y malos servicios, mientras demanda incómodas y mal pagadas jornadas de trabajo, y –lo que es peor– constantes ceremonias rituales de adhesión ideológica, expresadas por medio de desfiles, actos, reuniones, aplausos, trabajo voluntario o abyectas y frecuentes sonrisas aquiescentes.

No es de extrañar, dada esta percepción del Estado, que millones de cubanos se entreguen sin remordimiento a la tarea de destruir el medio social en que viven. El castrismo ha provocado la total alienación de los cubanos en tanto que ciudadanos, convirtiéndolos en legiones de destructivos vándalos. Centros escolares, oficinas, medios públicos de transporte, modernas o rústicas herramientas de trabajo, nada escapa al poder destructor de un pueblo que no se identifica con el pavoroso Estado que día a día le oprime y le obliga a las más denigrantes genuflexiones.

Debido a ello la noción del bien común no existe. La propiedad pública es una incomprensible abstracción. Sólo el perímetro individual, por razones del más arraigado egoísmo, merece cuidado y respeto. Este Midas al revés que ha resultado ser Fidel Castro intentó acabar revolucionariamente con la deshonestidad de un puñado de políticos que solía robar al Estado, pero lo que ha logrado es que millones de cubanos se conviertan en enemigos y expoliadores irreconciliables de ese mismo Estado. Quien con el comunismo quiso aumentar la conciencia solidaria de los cubanos, ha provocado el surgimiento de un individualismo feroz e ingobernable que lima y desbasta implacablemente cualquier común esfuerzo constructivo. Superada algún día la trágica anécdota del castrismo, ¿cómo se reinstaura entre los cubanos una percepción del Estado mínimamente saludable? ¿Cómo se convence a millones de seres secularmente insurgidos contra un Estado que aborrecen de que la convivencia en libertad sólo es posible conjugando deberes y derechos, protegiendo la parcela pública con el mismo respeto con que se protege la privada? Me temo que esas preguntas no tienen una respuesta fácil. Es más, me temo que ni siquiera tienen respuesta. No existe fórmula alguna para revitalizar la conciencia cívica.

La destrucción del pasado

No contento con ofrecer un presente de privaciones y fracasos, no contento con destruir la esperanza de un futuro mejor, desalojando del corazón cívico de los cubanos una de sus mejores virtudes, el castrismo también ha demolido el pasado republicano, dejando al país sin asideros históricos que sirvan de punto de partida para la tarea de la reconstrucción nacional. En esa ruina social a que ha sido reducida Cuba, ni siquiera es posible la noción del «renacimiento», esa útil idea de «resurgimiento nacional» que sirve a los países en sus horas críticas, porque renacer o resurgir implica siempre un estadio anterior de plenitud ciudadana en el que ya tampoco creen los cubanos. No se trata, ¡Dios mío!, de que los cubanos aborrezcan su presente o su futuro, sino que también aborrecen su pasado, lo que no deja espacio para hincar la rodilla y soportar el esfuerzo descomunal de restañar las heridas e intentar reconstruir la nación.

Numerosos países a lo largo de la historia –Japón, Alemania, España, Italia– han debido sobreponerse a terribles catástrofes políticas, pero siempre contaron con un legendario Siglo de Oro, con una Arcadia feliz que pudiera servir de punto de referencia en la búsqueda de Utopía. Y es que todo país necesita alimentarse de esta sana mitología para trazar su derrotero histórico. El castrismo ha privado a los cubanos de ese vital recurso.

La orientalización de Cuba

Todo comenzó con *El acorazado Potemkin*. (No hay imaginación, siempre comienza con *El acorazado Potemkin*.) El clásico expresionista del cine ruso es algo así como la avanzadilla cultural. Luego viene lo otro: el Bolshoi, los ballets folklóricos, una tirada masiva de *Los diez días que conmovieron al mundo*, una exposición científica soviética, etc. Hasta ahí, nada que objetar. Un país se enriquece con esta clase de embajadas culturales. Cuba necesitaba hibridizar sus experiencias con otras que no fueran americanas. Necesitaba reforzar con otras influencias el enorme peso específico yanqui. Pero Cuba, a pesar de todo, es un pedazo del Caribe español, adscrito a la historia de la región, al contexto americano, y al tronco ibérico. Al más famoso texto castrista, *La historia me absolverá*, apostilló un agudo periodista cubano una frase entre

melancólica y humorística: «Sí, pero la geografía te condena.» La geografía nos condena a todos: a los yanquis en el sudeste de Asia, a los ingleses en el Medio Oriente, a los franceses en África. En su momento condenará a los chinos en Albania y a los rusos en Cuba. El 90 por 100 de los soviéticos no está muy seguro en dónde «cae» Cuba. El 90 por 100 de los cubanos no sabe si Minsk es una ciudad soviética o una piel que se ponía la burguesía. Este radical y mutuo desconocimiento está plenamente justificado por la total falta de contacto entre esa porción del mundo y el Caribe. No había lazos. La revolución, contra natura y a toda prisa, quiere crearlos: En una década, la mitología comunista estilo soviético con sus desfiles militares, sus enormes retratos de Lenin y Marx, Brezhnev, sus héroes, sus cosmonautas, sus historias, han sorprendido la azorada retina del cubano. ¿Qué calificativos cosecharía el gobernante occidental que hiciera desfilar sus tropas frente a unos retratos de Adam Smith, Jefferson y Gerald Ford? En Cuba hay un verdadero bombardeo de cultura «oriental». La Unión Soviética es algo así como la nueva y adoptiva Madre Patria, los países del Este parecen vecinos. Se habla y escribe de Corea del Norte como si estuviera en Isla de Pinos. Los gobernantes de Ulan Bator –capital de Mongolia, hago la aclaración para el 98 por 100 de los lectores– son recibidos en La Habana a bombo y platillo, mientras las revistas, con la mayor naturalidad, se refieren al remoto país como si se tratara de Venezuela. Hay algo demencial en este afán de olvidar el entorno histórico y cultural de la Isla. Demencial y alienante. Demencial porque insensiblemente se están ignorando los más obvios perfiles de la nacionalidad y la historia. Alienante, porque con todo servilismo se está copiando la *mise-en-scene* rusa.

Aquel triste espectáculo de los años cuarenta, en el que el mundo vio desfilar bolivianos y peruanos al «paso de ganso», se repite en Cuba dentro de la modalidad soviética. Cuba, que es una isla tropical y mulata del Caribe, que no tiene el menor punto de contacto con la cultura y tradición eslavas –sé que hay otros ingredientes, pero estoy simplificando– quiere confundirse con Europa oriental. Si esto no es alienación, que baje Marx y lo vea.

Me imagino que dos factores han disparado a la revolución por este camino: primero, la imitación. Todos los satélites europeos practican la más servil imitación de la metrópoli; segundo, el deseo de borrar de la memoria del cubano todo vestigio del anterior entorno sociocultural. Cuando se habla de Estados Unidos es para mencionar a sus gangsters o sus

crímenes vietnamitas. Cuando se habla de Latinoamérica es para destacar los progresos hechos por el poder de los grupos afines al castrismo. Lo demás se ignora y se sustituye por unas misteriosas historias polacas o búlgaras.

La reacción del cubano es un poco de extrañamiento en el sentido brechtiano del término. El espectáculo está ahí, y lo ve o se lo cuentan, pero no logra despertar sus emociones. Lo que le exhiben es un drama frío, logarítmico, cerebral, que no le va ni le viene. A Valentina Tereshkova acaba por llamarla «tres escobas», terminando por tirar a chacota la rara monserga.

El desconcierto de un guajiro en la Sierra Maestra ante la historia de unos héroes lituanos del trabajo es algo que por elemental piedad debería ahorrarles el régimen. El esperpento se parece al de los papúes de un villorrio de Oceanía aplaudiendo a la reina inglesa –que nada tiene que ver con su circunstancia política–, pero más grotesco aún si cabe.

¿Quiénes son los directos responsables de este absurdo montaje? ¿El pastiche es algo que pide Moscú o es algo que La Habana brinda? Un poco de todo. La Habana gesticula sin elegancia para dar muestras de su acatamiento. Moscú, por su parte, es una metrópoli exigente y celosa de su jerarquía. Su jefatura, además, se calibra dentro del mundo comunista por la posición y tamaño de los retratos en los desfiles, por los centímetros cuadrados de prensa alabardera y otras quisquillosas señales. La Habana juega su juego, como Alemania, Checoslovaquia o Polonia. El juego, claro, no es recíproco. Brezhnev no anda por ahí con un sombrero de guano, ni *Pravda* se dedica a contar vida y milagro del extraño apéndice antillano. Es Cuba la que se «orientaliza» saltándose paladinamente quince mil kilómetros de distancia real, cultural e histórica.

En este sentido opera –lo sé– la superstición del internacionalismo proletario, pero puestos a organizar dictaduras comunistas, menos alucinado y un poco más digno hubiera sido respetar la entidad cultural e histórica de la Isla. Entre otras cosas, porque el decorado soviético choca con la estética caribeña. Todos esos carteles, esos desfiles, esos héroes musculosos e infatigables son muy expresionistas, muy acorazado Potemkin. «Asumir» de un trago a Europa oriental es incurrir en el pastiche político. No tiene –ni por lo visto quiere– la dirigencia cubana cómo zafarse de la orientalización en que ha metido al país sin que la acusen de

antisovietismo, pero es evidente que de todas las agresiones al sentido común cometidas en estos años azarosos y delirantes ésta es de las mayores. Hágase cargo el lector de que mañana su país suscribe una fórmula revolucionaria de origen, tradición y *entourage* neozelandés. Supóngase que desde mañana el cine, la prensa, la radio comienzan masivamente a darle información épica de ese remoto universo. Usted se quedaría estupefacto. Esa palabra, por cierto, tiene la misma raíz que estúpido y que estupefaciente.

Un país asincrónico

Aunque me he propuesto no utilizar como referencia el pasado y juzgar a la revolución *per se*, por su aquí y su ahora, es inevitable, de vez en cuando, lo que un cineasta (o un pedante) llamaría un *flash back*. En 1959, Cuba –seamos justos, sus centros urbanos– vivía sincronizada al sistema temporal de Occidente. La ciencia, la técnica, las corrientes estéticas, las modas literarias, las otras modas, la música, llegaban a la Isla con bastante rapidez. A veces –muy pocas–, como en el caso de la música, Cuba aportaba además de tomar. Supongo que la proximidad con Estados Unidos y la esponjosa naturaleza del cubano serían responsables de este fenómeno, pero no era diferente en el siglo XIX. En sus memorias, el italo-cubano Orestes Ferrara da cuenta de su sorpresa al encontrar en la manigua, durante la lucha contra España, a una serie de criollos perfectamente familiarizados con el último libro europeo. El primer traductor de Kant fue un cubano, y cosas así. Rarezas de factura demencial.

Cuba –repito– vivía a tiempo occidental. No se me escapa que me estoy refiriendo al cubano de La Habana, Matanzas; Camagüey o Santiago, puesto que el guajiro de la Sierra Maestra habitaba en el siglo XVIII, pero estas diferencias están presentes en el 95 por 100 del planeta. Los que conocen Moscú y las aldeas de Mongolia Exterior saben de estas cosas. Trotski, en su momento, escribió páginas lúcidas a propósito de las contradicciones entre espacio y tiempo. El tiempo cultural no existe en las sociedades que no se modifican –los bosquimanos– y transcurre lentamente entre los grupos que apenas cambian de hábitos y formas de vida (los campesinos de Cuba o del Cáucaso). No

obstante, a Estados Unidos se le juzga por Nueva York y no por los sioux, más o menos como al «hombre» del siglo XX se le juzga por un señor de Bruselas y no por su contemporáneo hotentote.

Todo este rodeo –esencial para entendernos– era para afirmar, enfáticamente, que el trallazo revolucionario ha desencajado a Cuba de su sistema temporal. En primer término, el país vive cuasi-congelado en la mágica fecha de 1959. La invariable mitología revolucionaria, los mismos rostros, los mismos nombres, las mismas ideas, se suceden como en un cuento escrito por Borges. Es el tiempo circular que cubre la Isla como una campana neumática. No estoy haciendo literatura, sino describiendo un fenómeno real. Los cubanos no se enteraron de las formidables y decisivas corrientes antiautoritarias de la década de los sesenta. Todo lo positivo que pudo dejar en Occidente el sacudidor movimiento hippy, con su desmitificación de las jerarquías, el orden y la obediencia, fue celosamente ocultado. La significación del mayo francés de 1968 –*la última ratio*, no el guirigay de la barricada– es un fenómeno remoto para los cubanos. Las ideas vigentes, los nudos de tensión, la última poesía, el último cine, el último teatro, la última literatura que no encajan dentro de la retórica marxista, la antisiquiatría, el feminismo militante, la modificación liberadora de la conducta sexual –el sexo se da de baja en la ética en estos prodigiosos años–, Marcuse, Watts; Goodman, Fromm, el renacimiento de cierta vaga religiosidad, el orientalismo espiritual, el yoga, el redescubrimiento de Nietzsche, el Zen, el análisis de la subcultura, la contracultura, el cine *underground*, la literatura *underground*, la pornografía, los alucinógenos. Todo lo que de trivial, estúpido, profundo, nocivo o benéfico configura nuestro tiempo ha sido ignorado por el pueblo cubano. La dirigencia revolucionaria, esa genial casta de superhombres, se ha dedicado sistemáticamente a taponar rendijas. Que nadie se entere de nada, que no salga una línea en un periódico, que no llegue un libro o un disco corruptor. Que la juventud no se desvíe de los sagrados caminos del marxismo-leninismo. Al abusivo, injusto y estúpido bloqueo material de los Estados Unidos, los jefes cubanos han superpuesto un igualmente calificable bloqueo espiritual. Ellos saben y definen lo que les conviene a los cubanos, ellos deciden lo que es bueno o malo, ellos protegen las frágiles neuronas de los pobrecitos criollos, criaturas incapaces de emitir juicios de valor.

El resultado de este monstruoso aislamiento –Cuba, a pesar de todo, está en el corazón de las Américas– es una desagradable sensación de anacronismo. Se sabe que el mundo que circunda la Isla avanza a un tiempo vertiginoso y distinto, arreado, es cierto, por Estados Unidos y Europa occidental, pero esto no cambia las cosas. El cubano se asfixia en la jerga boba del marxismo-leninismo, cogido entre los dogmas, las prohibiciones y los temores teológicos de una nueva escolástica. Vive un tiempo cultural que no es el que le corresponde por su geografía y por su tradición. Esa penosa cara de niño asustado que pone el emigrado cubano ante una calculadora electrónica de bolsillo, o su estupefacción frente a las ideas demoledoras y luminosas de Szasz, Laing o Carl Rogers, o el ñoño horror ante el erotismo de una revista *avantgarde*, reflejan su gallináceo pasado de avestruz caribeña. Tendrá entonces que reinsertarse en su tiempo. «Volver al mundo», como dicen las monjas de clausura cuando cuelgan los hábitos. Montarse en la máquina de H. G. Wells para remontar una de las más decisivas épocas del mundo moderno y llegar al presente, viaje que no siempre se logra, porque la sincronización del hombre con su época debe ser un proceso natural y espontáneo. Los que quedan encapsulados en la Isla no tendrán siquiera esa posibilidad. A no ser que ocurra lo de Praga, en su primavera dolorosamente abortada, y alguien abra la ventana para que una bocanada de aire barra los fantasmas.

El encogimiento del entorno

Para entendernos tendremos que aprobar varias hipótesis de trabajo. Aceptemos –no es tan arbitrario– que una medida del progreso es el espacio vital que potencialmente tenemos a nuestro alcance. Me refiero a la prosaica posibilidad de desplazarme en el espacio del punto en que me encuentro a otro libremente elegido. Aceptemos que sucesivamente la bestia de carga, la rueda, el navío, el avión y la nave espacial son hitos en el progreso humano. Aceptemos –y ya estamos llegando– que en la medida en que el hombre hace uso de esos hallazgos *disfruta* del progreso. Me parece evidente que un inglés que pasa una semana en las Baleares o un catalán que acude en su coche a Perpignan está *ejerciendo* el progreso, *usufructuándolo*, muchísimo más que un aldeano de las Hurdes, culturalmente autoconfinado al perímetro de su villorrio. En inglés hay una frase de admiración con la que se califica a cierta gente de gran movilidad: la «Jet Society». Por ahora esto resume la idea.

¿Y qué diablos tiene que ver el espacio con la revolución cubana? Mucho. Cierta tipo de dictaduras herméticas producen una especie de asfixia moral. Esto no es una frase. ¿Por qué la loca estampida de los cubanos hacia los barcos, aviones, salvavidas o rústicas balsas que los alejen de Cuba? Por muchas razones. Aquí va una de ellas: porque se asfixian. Y una de las causas de la asfixia es la limitación de movimiento en el espacio. El extraño malestar que ha producido en el cubano un súbito encogimiento de su ámbito vital. La revolución, por cuestiones de economía y por su naturaleza simplista, ha reducido, de golpe, la capacidad de movimiento de los cubanos. Entre los reglamentos y el desastroso sistema de transporte, cursar el más sencillo trayecto es una calamitosa operación. Este problema es gravísimo en La Habana, donde vive un 20 por 100 de la población del país, y donde existían, por cierto, unos hábitos de desplazamiento más generosos. *Obviamente, no me estoy quejando del transporte.* Eso puede ser más o menos deficiente –en Cuba es tremendamente deficiente–, sino del terror claustrofóbico que le provoca a un bípedo urbano del siglo de las naves espaciales saber que su vidita va a transcurrir pastosamente entre los muros metafísicos de las dos «cuadras» que separan la vivienda de su trabajo. Saber que su autonomía itinerante no tiene nada que ver con la de su prójimo de Caracas, San Juan o Madrid, puesto que la revolución –a la que ni por asomo se le ocurre que el hombre tenga ciertas necesidades no descritas en El Capital– lo ha confinado a un diminuto potrero en el que apenas puede estirar las piernas. Habrá que añadir el término parroquialización para describir el fenómeno que se ha apoderado de los cubanos, pero existe y es terrible. Asfixia.

No son estos todos los males ocultos del castrismo, pero sí son, probablemente, los peores, porque atentan contra la esencia misma de la nación cubana. Cuba está muy enferma. Esa sociedad está radicalmente podrida y es preferible tomar cuenta de ello antes de formular cualquier proyecto político. Lo primero, las medidas de urgencia de cualquier grupo que se proponga el reemplazo del castrismo tienen que estar orientadas a la restauración del espíritu social de los cubanos. Es absolutamente imposible crear un espacio urbano habitable si antes no se produce el milagro de la revitalización de la conciencia ciudadana y la devolución a esa pobre gente de cierto grado de esperanza en el destino colectivo. No se trata solamente de sustituir la ineficacia de la centralización planificada por la agilidad del modelo capitalista, y ni siquiera se trata de eliminar los mecanismos represivos creados por el comunismo sustituyéndolos por el

estado de derecho burgués y democrático –lo cual es necesario–, sino de la titánica y mucho más difícil tarea de construir un pueblo civilizado y aceptablemente solidario a partir de una azorada masa de ciudadanos incrédulos y cínicos. El único factor de cohesión que el castrismo ha dejado vigente es el miedo al Estado, y el único generador de obediencia que existe en el país es el temor a las fuerzas represivas, o sea, exactamente, los elementos que hacen repugnante al sistema, exactamente los elementos que hay que borrar de la faz de esa sociedad si algún día se intenta la difícil empresa de vivir en libertad y sin las crispaciones de la ira.